

BARBA JACOB

EL HECHIZADO

Fedro Guillén



286

ACULTA, DCB

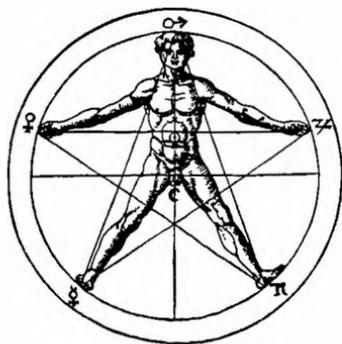
GOBIERNO DEL ESTADO DE TABASCO

Barba Jacob

El hechizado

Barba Jacob

El hechizado



Fedro Guillén

1992
GOBIERNO DEL ESTADO DE TABASCO

ict
Ediciones

FT
928.286
673
673
111 160226

92
B37
C85

Guillén, Fedro

Barba Jacob, El Hechizado/Fedro Guillén.
Villahermosa, Tab.: Gobierno del Estado de
Tabasco, Instituto de Cultura de Tabasco, 1992.
144 P.: (Creación/Ensayo)

1. Guillén, Fedro - Biografía.
2. Poetas colombianos. I.T. II.Ser

Primera edición: 1992

D.R. © 1992. Gobierno del Estado de Tabasco
Instituto de Cultura de Tabasco
Dirección de Editorial y Literatura
Calle Sánchez Magallanes, Fraccionamiento
Portal del Agua, lote 1, C.P. 86000
Villahermosa, Tabasco

Las opiniones expresadas por el autor en esta obra son de
su exclusiva responsabilidad

Impreso en México
ISBN 968-889-226-2

Yo mismo he pensado cuán interesante habría de ser un artículo en que un autor –si fuera capaz de ello– nos describiera con todos los detalles cómo una de sus creaciones alcanzó, paso a paso, el estado definitivo.

Muy a pesar mío no soy capaz de decir por qué jamás ha sido entregado al mundo semejante informe.

Edgar Allan Poe.
*La Filosofía de la Composición**

Hace un cuarto de siglo, al escribir mi Vida de Beethoven, no pretendí hacer una obra de musicología. Estábamos en 1902. Pasaba yo por un período penoso, pródigo en ese tipo de tormentas que destruyen y renuevan. Había huído de París para ir a buscar asilo durante diez días junto al compañero de mi infancia, junto a aquel que ya me había sostenido más de una vez en la batalla de la vida: Beethoven...

Romain Rolland.
Obras Escogidas. Marzo, 1927.

*Citada en *Filosofía de la vida artística*, Samuel Ramos, Colección Austral, Argentina, 1988.

Hacia la historia de este libro

Navegamos —verbo grato a Ulises, patrón de singladuras del autor de este libro, marino alguna vez— hacia la búsqueda de un tema y un enigma: cómo nace un libro...

Idea lanzada al aire entre la genialidad de cielos negros del gran poeta norteamericano, Poe.

Es posible que al crear se va ya amontonando idea sobre idea como marcas geológicas que apuntan el viaje de planetas (o de libros, que son microsomos), cada cual sujeto a determinadas, inflexibles órbitas.

En el caso de Rolland, como en el de tantos otros, se acercó a escribir de Bethoven en pos de un ancla salvadora. La música siempre cercana al maestro francés, iba a hacerlo olvidar anfractuosidades sentimentales en su camino.

Evocamos, entre sueños del fantasma del pasado, cuando alguna vez vimos entrar a casa a un hombre delgado, con bastón mayestático, distinto a como en la geografía de la niñez se imagina a los poetas.

Era Porfirio Barba Jacob. Al que por abreviar llamaremos el poeta.

El paisaje hogareño se extendía sobre una campiña por donde pasaban aullando trenes nocturnos: nuestro padre y el poeta solían pasear por una avenida de eucaliptos y palisandros, al final de jardines silvestres, con corolas y girasoles dorados, donde se sentaban a charlar, tras una buena caminata, el amor de un fuego manso que encendían. Ambos eran devotos de la naturaleza.

A lo lejos había un contrafuerte de montañas y el orto, el amanecer de la luz y de los pájaros, es grato para quienes descienden, como nosotros, de los que saben arar la tierra y oír si se acerca un animal o un aguacero...

Años después leímos versos del gran poeta colombiano y una mañana lo visitamos, con algunas dudas, como si del peso de pecados ajenos dependieran los maravillosos tesoros terrenales o si el pecador no tuviera, caso de Barba Jacob, una potente capacidad lírica.

Siempre será mejor —reflexionábamos y lo seguimos haciendo— no dar oídos a gentes agrias con lenguas quemadas por grumos tóxicos.

Lo que hemos leído sobre Porfirio Barba Jacob, la mayoría en estudios raudos, a veces buenos desde un punto de vista crítico literario, ha penetrado poco al interior del caminante que hizo de México su casa.

La figura de quien nació en horizonte de cañaverales, de Santa Rosa de Osos —así era antes, al menos— es propicia para que el observador resbale o lo apresen enredaderas de mitos y anécdotas, que fueron como eco de broncerías de poemas modernistas.

El tiempo va decantando, suprimiendo lo adventicio y en el crujido de hojas secas o arboresencias de una poesía intemporal (palabra del libro póstumo de el poeta) se adivinan tatuajes interiores junto a ensueños del errabundo colombiano que reclaman que se le oiga plenamente, con diástoles de luz y sístoles de sombras.

Nuestro enfoque no busca ser un estudio biográfico trazado en forma tradicional. Trataremos de acercarnos al drama vital del poeta que vagó “por islas de América”, devanando un huso muy personal en que, a veces, se enredaba...

En medio del cuadro que describimos aparecen algunos de quienes conocieron al ilustre andariego.

Nada se oculta pero nada se condena.

Carece la figura del poeta, a primera vista, de señales de humanismo que hemos rastreado en otros estudios. Pero nunca en esos libros se ha buscado sólo virtudes. Un profundo zumo vital efunden quienes, como Barba Jacob, van dando pasos golpeándose la frente. Los últimos pueden ser héroes de la belleza aun-

que deban cargar al hombro el peso y penitencias por múltiples pecados...

El poeta fue amigo de algunos de los nuestros; lo frecuentamos al final de su vida, estuvimos ante su tumba en Medellín, Colombia.

No se sigue un hilo coronológico estricto. A veces se buscan bifurcaciones bajo mandato de la ruta de azar y aventura que amaba Porfirio Barba Jacob.

¿Como un escritor de la dimensión del nacido en Antioquía llegó a estar en hospitales públicos, “Palacios de Invierno” de Verlaine?

Todos tenemos algo de culpa frente a casos así.

Al poeta de la vida profunda fue ritual situarlo bañado por la cruda luz saturnal que se mueve a tontas y a locas en este valle, ino sólo de lágrimas!

Algo ardía en su rostro, en sus enigmas que no eran sólo capricho, anécdotas que acompañan cada figura.

Trataremos de descubrirlo aferrado al maderamen del tiempo, como un náufrago, repitiendo al igual que en uno de sus más bellos poemas, que ya no era hora de aprender...

México, 1992 .

PRIMERA PARTE

El Hechizado

Así, hechizado, lo vio Jorge Benjamín Franklin Cárdenas, con perfil esotérico y agresivo mechón de pelo que a veces rodaba sobre la frente, y mirada translúcida como buscando islas de cristal de una Atlántida remota.

El bello dibujo se publicó en *Revista de Indias*, de Bogotá y se ha reproducido, como el grabado de Leopoldo Méndez. El trabajo, del artista nuestro fue en madera pero parece aguafuerte por sus luces y sombras.

Hechizado y capaz de hechizar: ¡eh allí el secreto!

Hay un Barba Jacob con rostro demoníaco que hemos visto en diversas publicaciones, donde el poeta luce colérico, con unicornio y barbas de chivo, obra sin firma que alguien atribuyó al salvadoreño Toño Salazar, imagen funambulesca son la que el poeta se disfrazaba y grata a quienes gustan descubrir pajas en ojos ajenos...

Hay otras numerosas fotografías. En el libro *Porfirio Barba Jacob. Obra poética*. (Ed. Domés, México, 1985) aparece una mesa de agasajo y el ángulo deja ver a comensales volteando la cara para ser alcanzados por el rayo de la cámara. Uno de ellos podría ser Edmundo O'Gorman, quien fue promotor de un libro del poeta; está cerca de Heliodoro Valle y Leonardo Shafick, dos de sus amigos cercanos.

Barba Jacob luce su mirada impositiva, con el traje negro que solía llevar y si el tiempo y la autoridad lo permitían (frase robada a la tauromaquia) el atuendo lo completaban zapatos de charol y un elegante bastón con empuñadura.

Las copas de la mesa están vacías, tapadas con tarjetas, como el recipiente de las hostias antes de que el sacerdote officie...

En otra estampa, de 1941, un año antes de su muerte, hay una azotea no identificada, cerca de un tonel con agua y el poeta aparece con el saco abierto, chaleco, manos en la cintura, sombrero, mascada de pañuelo blanco junto a la solapa, La figura se recorta sobre un parque que se ve abajo —¿La Ciudadela?— y hay en la actitud algo de desafío, desenfado, como quien conduciera los carros del sol.

Parece tener lentes y resalta su delgadez de siempre. Moreno, más alto que bajo, con un cuello con notoria manzana de Adán, como los labios sensuales en la mandíbula agresiva, firme.

Porfirio Barba Jacob gustaba vestir con elegancia. No siempre pudo hacerlo, pero poseía un aura acorde con su mito y su charla —en cuyos resplandores magnéticos hemos de insistir—.

Era dado de ocurrencias, bromas, como hablar de murciélagos en cajas de cartón, prisioneros en su cuarto y la fabulación continuaba explicando que hay árboles que para ser trasplantados se necesita que un murciélago como la semilla y lo que cae, fructifica...

Si el visitante al cuarto del poeta no lo conocía como humorista, no dejaba de alarmarse pensando que era una especie de gabinete del ¡Doctor Caligari!, precursora película de cine de terror.

No todos lo vieron en su mejor hora de elegancia no sólo en el vestir. La primera vez que lo encontramos en un hotel de mala muerte estaba con un suéter desvaído. Sus ropas a veces tuvo que dejarlas como abono en pago de posadas baratas.

No olvidaremos de esa mañana que sus ojos, en los que el poeta Elías Nandino veía reflejos de un saurio tranquilo, fosforecían en un rincón en penumbra como dos ígneas monedas que daban al rostro un ímpetu categórico, recostado perezosamente en una mecedora.

Todos recordamos cómo Arévalo Martínez interpretó esas líneas *El Hombre que parecía un caballo*. Al escritor de Guatemala oímos charlar sobre el admirado viajero colombiano e incluso publicamos una entrevista en *El Imparcial*, de la citada ciudad, que lo vio llegar dos veces.

En esa entrevista el poeta hizo elogios al escritor Arévalo, pues sus relaciones amistosas, como más tarde analizaremos, no siempre fueron óptimas.

Nuestro diálogo publicado allá fue en los últimos meses de 1941, y tuvieron mayor importancia las palabras de Barba Jacob, pues al iniciarse el siguiente año “buscó su barca en la atarazana”, frase de Alfonso Reyes, uno de los más viejos amigos mexicanos del poeta.

Con su aire de antiguos modales de Colombia y sus desafíos envueltos en humorismos negros y blancos, de tarde en tarde vuelve a nosotros, por gracia de un poema o revelaciones de anécdotas, no todas verídicas, pero casi siempre alusivas a extravíos sexuales.

Rodeado de leyendas amorosamente cultivadas para pasmo de cierta ingenuidad, de la que se burlaba y para júbilo de quienes padecen espíritu de destrucción, común en el gremio literario, en opiniones, camarillas, publicaciones.

Figuras prometéicas, como la de Barba Jacob, aspirante a robar todos los fuegos para después ahogarse en cenizas, son propicias para quienes olvidan la saeta bíblica de que el destructor comienza por destruirse...

El primer autodestructor, con toques de humorismo, era el poeta: “Bruñir mi obra y cultivar mis servicios”, escribió...

Sentimos eso como vapores de otros tiempos, un tanto anacrónicos, que han llegado a nombrarse “dorados”, entre melenas, chalinas de seda y flores alegóricas en el ojal...

De su amor a la vida y a la muerte hablaremos en este libro:

*Yo tuve un dolor tan íntimo y tan fiero
de tan cruel dominio y trágica opresión,
que a tientas entre ráfagas de un huracán postrero
fui hasta la Muerte... un alba se hizo en mi corazón.*

El título del poema es del último renglón. Aunque en otras páginas le puso *Canción de la hora feliz*.

En los mismos versos dice algo reiterado en su obra: “Que la alegría es lúgubre y que rodarán marchitas sus rosas en la onda de lúgubre vaivén”, revelación del que presente, adivina, tras la locura del carnaval la ceniza simbólica del miércoles definitivo.

¿Hay en todo dionisiaco un escondido escéptico?

La tesis la planteó un admirador del poeta, el gran escritor José Vasconcelos, a su vez muy respetado por Porfirio Barba Jacob.

En bellas páginas el maestro mexicano —al que volveremos varias veces en este libro— hizo el trazo del *Pesimismo alegre*, aunque el propio maestro reconoció una vez en mesa que gustaba iluminar con oportos, para el rito de medio día, que el título hubiera sido mejor, *Pesimismo heroico*.

Hay otra frase Barbajacobina que nos parece clave del festivo que conoce la sombra que sigue a la claridad del gozo pasajero: “Y que hay en la orgía un grito de pavora”, que confirma que no todos entran a la fiesta con el mismo ánimo o por parecidas razones.

“Y llenaré mi vaso de sombras y de abismo... el día del adiós a todo cuanto amamos...”

Un brindis por la muerte, como para uno de los geniales dibujos de José Guadalupe Posada.

En el poeta de Colombia el vino empapaba sus *Flores del mal*, en cuyo ramo abundaron enfermedades, crónica pobreza, desvíos sexuales.

Leyendo el poema que hemos desgajado, cabe preguntarse si al final de las embriagueces no se desbarranca uno en el precipicio y algo que nos parece presente en Barba Jacob: se atizan carbones pero entre las pavesas surge una suerte de expiación...

Algo así ocurre pensar al que ve ritos indígenas en San Juan Chamula, Chiapas, cuando en el Carnaval después de varios días de libaciones ise echan a caminar descalzos sobre las brasas encendidas!

El escepticismo, la posible contrición, las batallas internas del pecador con ángeles tutelares presentes en días religiosos en su lar natal, lo empujaban a perderse, difuminarse, buscando que se tuviera de él una imagen distinta a su realidad.

En esto, desde luego, también llevaba voz cantante su humorismo.

Esa impresión se tenía cuando estaba charlando con naturalidad y al ver a alguien al que quería sorprender, volaban invenciones alucinantes, como las del Palacio de la Nunciatura, en la ciudad de México; el poeta juramentaba lleno de seriedad que había noches que los fantasmas elevaban muebles en el espacio...

Tal vez, en más o en menos no siempre somos los mismos frente a diferentes personas. ¡Lo extraordinario en Barba Jacob era su

capacidad para fantasear como una fuga aérea y a ratos su imagen ardía como meteoro! Para después retornar a ser el de siempre.

La primera vez que lo reencontramos, pues el poeta había sido amigo de nuestra casa, intuimos su deseo de metamorfosearse, aunque ya algo sabíamos de estos lances.

En alguna visita posterior fue con nosotros un estudiante que aparentaba ser muy serio y recibió dos o tres frases juguetonas, un poco para ponerlo a prueba, como comentamos a la salida.

En páginas futuras extenderemos la crónica de este encuentro.

Nosotros empezamos a oír hablar del poeta desde niños. Se conoció con nuestro padre en redacciones mexicanas y después, por el destierro político de Flavio Guillén, coincidieron bajo el cielo proverbialmente intacto de Guatemala.

Cuando Porfirio Barba Jacob, en su segunda estancia, puso su mano de excelente periodista como Jefe de Redacción de *El Imparcial*, en tierra guatemalense, solicitó colaboraciones a nuestro padre, a José Rodríguez Cerna, a Rafael Arévalo Martínez, a Carlos Wyld Ospina, al que dedica elogios en *La Divina tragedia*, breve y bello intento de autobiografía.

A los tres ilustres escritores de Guatemala alcanzamos a conocerlos.

Rodríguez Cerna era maestro en la crónica y en México había compartido máquinas de escribir con el poeta, en la sala de *El Universal*, de Palavicini.

En la entrevista que enviamos a Guatemala Barba Jacob nos dijo que no había conocido escritor que tuviera la facilidad de don José ¡Llenaba cuartillas con bellas imágenes!

El nombre de Rafael Arévalo Martínez está ligado a la historia, los libros, las querellas con el poeta de Colombia.

Carlos Wyld Ospina, de familia de origen colombiano, excelente novelista con el que posiblemente se encontró el poeta en Quezaltenango, ciudad fronteriza con México, fue colaborador de una publicación fundada en nuestra tierra —*Churubusco*—, en años de la Decena Trágica.

La bella ciudad de Quezaltenango, Guatemala, fue otro refugio de Porfirio Barba Jacob. Es una ciudad alta, fría, con un volcán apagado y otro, engallado, amenazante a veces.

La revista *Churubusco* no estaba a favor de Francisco I. Madero y eso significa que desde entonces —1913— fueron plurales los

extravíos políticos del peregrino de Santa Rosa de Osos. A Madero no todos lo entendieron en su tiempo ni después de su muerte, ordenada por Victoriano Huerta.

Tenía limitaciones políticas de su clase social, de su educación en Estados Unidos y en Europa. Su familia de ricos empresarios y agricultores fue la primera oponente en la lucha del llamado “Apóstol de la Revolución Mexicana”, cuya imagen en una fotografía dedicada a nuestro padre forma parte del hogar hasta hoy.

Porfirio Barba Jacob navegó contra corrientes revolucionarias y su línea en este orden le creó muchos adversarios en México. Se le acusó de simpatizar con ideas levantadas, en 1936, contra España Republicana, cuando llegaron a nuestro país tantos desterrados que dejaron semillas de enseñanzas y de bien uniendo como nunca a ambos pueblos.

Le tocó vivir una América de dictaduras y ya no vio cierto despertar traído por el triunfo, en la Segunda Guerra Mundial, del llamado Frente de las Democracias. Como periodista fue influyente en sus notas y hay algo suyo que debería recogerse.

Una larga crónica sobre un terremoto de El Salvador. Hay un supuesto libro abandonado en Honduras, que comentó, sin afirmar que existía, el embajador mexicano Alfonso Teja Zabre, del que se cita al final de este libro una traducción de poemas de Paul Verlaine.

Hechizado y capaz de hechizar, se dijo de Porfirio Barba Jacob, y la frase parecía hiperbólica. Sin embargo, hubo muestras de su influencia poderosa en hombres sensitivos como el guatemalteco Rafael Arévalo Martínez, que radiografió al poeta trashumante en un cuento célebre, *El hombre que parecía un caballo*, tras deslumbrarse ante la personalidad compleja, brillante de Barba Jacob, quien inspiró otro relato del mismo Arévalo Martínez: *Las noches en el Palacio de la Nunciatura*.

Esa personalidad flameaba en las conversaciones del poeta de Colombia, imaginativas, risueñas a ratos, fantásticas cuando quería impresionar a oyentes que le fastidiaban con una boba admiración que suscita un viajero de tal naturaleza.

En Quezaltenango, Guatemala, radicó un tiempo y hablaba con emoción de la poesía de Juan Ramón Molina, hondureño, quien a fines del siglo pasado hizo de “Xelajú”, como llaman a la Ciudad de los Altos, su casa y su laboratorio de bohemia! Envuel-

to en una espesa capa al caer la noche y colarse el frío con “heladas negras”, como las llamaban.

Las historias en torno al poeta de Colombia oscila entre lo real y lo imaginario. Se contaba que fastidiado de recibir visitantes que iban a admirarlo como gloria local, un día recibió a unos turistas que le hicieron la pregunta de cajón, en torno a qué le gustaba más de Xelajú:

—El volcán Santa María porque es varonil, apolíneo y el camino de regreso por donde pronto me he de ir a la...

Así era El Hechizado, aunque nosotros, al menos, no lo oímos incidir en palabras fuertes, que repite el pueblo, que a veces ascienden a diccionarios y que nunca son registradas por las Academias de la Lengua, que según la frase anacrónica, ilimpian, fijan y dan esplendor al idioma!

“Bruñó mi lira”

*Yo descendí de la antioqueña cumbre
de austera estirpe que el honor decora
el alma en paz y el corazón en lumbre
y el claro sortilegio de la aurora
bruñó mi lira y la libró de herrumbre*

Porfirio Barba Jacob
Acuarimántima

Allá en Santa Rosa de Osos, bello rincón de Antioquía, un día de julio de 1883 nació Miguel Angel Osorio Benítez. Hogar católico de antes, y de allí la razón del segundo nombre del futuro gran poeta. Aunque en un afán de burlarse de todo, que comienza con quien así juega consigo, iba a cambiar de bautizo como piel que se remuda a lo largo del camino, apropiándose de “Maín Ximénez”, ¡“el héroe del poema”!

Después, “Ricardo Arenales”, como llegó a México en la primera década del siglo, hasta adueñarse de “Porfirio Barba Jacob”, sonoro, eufónico, como es su poesía.

Las últimas, supuestas aguas lustrales fueron derramadas en Guatemala, año de 1922, atraído por la luz del neoplatónico Porfirio y el bíblico Jacob, nieto de Abraham y padre de numerosas familias que figuran en el Libro de los Libros. Las doce

tribus de Israel, como puede leerse en El Génesis, tienen nombres de los diez hijos de Jacob.

En la obra de Fernando Vallejo, *Barba Jacob el mensajero*, notable documento publicado en México (Ed. Séptimo Cielo, 1984), se señala que en la hoguera de la Santa Inquisición ardió Mossén Urbano, por predicar la doctrina de Barba Jacob, sobre los Cátaros, dato que figura en *Paradiso*, gran novela acusada de barroca, de José Lezama Lima, editada en La Habana, en 1968.

Los Cátaros consideraban pecado todo contacto con mujer. Vallejo no menciona al poeta novelista de Cuba.

Mossén Urbano, por seguir doctrinas heréticas, tuvo que soportar el Sambenito, que era un capote para quienes comparecían ante el temido tribunal, aunque a veces había perdones y reconciliaciones. Alguna ocasión platicando el poeta con Arévalo Martínez, en Guatemala, dijo que proyectaba un último nombre, Juan-Pedro-Pablo, que lo sitúa en la diócesis cristiana a que varias veces hace referencia en su poesía y que con la sencillez de quienes iluminaron el Nuevo Testamento pudieron probar que deseaba alejarse de herejías: “Mas un día, un día llegaré hasta el cielo con las llamaradas de mi corazón” (*Tercera canción del delirante*).

El alquimista de aguas bautismales narra en *La divina tragedia* algo revelador para quienes han ignorado los trances místico-religiosos del poeta:

Me acuerdo que paseaba yo en una noche desamparada por el malecón y ardía en tales fuegos y temblaba con tales zozobras, que volví a Dios mis entrañas. El acto contrito se me desvaneció como el rumor del mar de Cuba y no quedó en mí sino una especie de ternura religiosa, un indeciso anhelo de paz en el regazo de una creencia, de una deidad, de una locura en el alma.
Era que el Señor estaba conmigo...

Ya se señalaban posibles actos de contrición a que puede arrastrar al pecador determinados instantes de revelación. La frase es rotunda: “Era que el Señor estaba conmigo...”

El libro del amigo Vallejo —radicado en México hasta donde sabemos— nos recuerda por su acuciosidad y tarea investigadora, rastreando a Barba Jacob por todos los caminos, visitándolos incluso, para buscar archivos, personas, cartas, periódicos, lo

hecho admirablemente por Edelberto Torres en *La dramática vida de Rubén Darío* completándola en sucesivas ediciones. La primera, si recordamos bien, apareció en Guatemala durante el gobierno del Doctor Juan José Arévalo, 1945-1951.

Sentimos que hay devoción en Vallejo por su compatriota, pues de otro modo nadie imagina la enorme tarea investigadora, que culminó viajando a buscar a Rafael, hijo adoptivo de Barba Jacob; sin embargo, el libro resiente, a veces, pasajes que pueden, al empañar la figura del poeta, confundir su oscura mitología. Lo señalamos sin olvidar que era muy vicioso.

Rafael radicaba en Centro América y allá volvió.

Vallejo nos atribuye haber oído alguna confesión del admirable colombiano. Creemos que es un olvido involuntario. Siempre lo vimos bromista, de buen gusto.

Otras citas donde está nuestro nombre en el mencionado libro son absolutamente exactas.

Nos ha gustado repetir una verdad en medio de la rosa de los vientos y lo reiteramos ahora: quien aparece tan vulnerable por sus disipaciones ha sido víctima de historias no siempre auténticas, celebradas por quienes quieren cargar de más pecados al prójimo. En su círculo de amigos, Barba Jacob; en la entrevista que nos concedió publicada en Guatemala, tuvo siempre elogios para el clima moral del hogar Guillén que visitaba y ni en esas reuniones con amigos de casa nunca le escuchamos vulgaridades.

No se trata de evadir sus yerros o disimular concupiscencias, tampoco de ver en el prójimo, en este caso un gran poeta, sólo los lados sombríos que indudablemente tenía.

Acudamos para abonar lo que se afirma al testimonio del escritor Alfonso Junco, quien lo trató desde Monterrey, cuando el errante colombiano escribía en *El Espectador* y después en *El Porvenir*, pasando por la *Revista Contemporánea*, fundada por el visitante con apoyo de don Virgilio Garza, culto jurista de Nuevo León.

Junco escribió (*El trato con escritores*, INBA, México, 1962):

He sabido que anduvo por senderos muy extraviados: sin embargo, cuando nos veíamos, él siempre guardaba un respeto absoluto y jamás dijo delante de mí cosa que no fuera intachable.

A veces, como en el estudio del colombiano Posada García, *Porfirio Barba Jacob el poeta de la muerte*, (Colombia, 1962), hay un final patético: “aquí te dejo grande hermano diabólico: admirable enemigo, señor de las tinieblas...” Algo que nos parece de una estética rezagada.

Aunque en ese estudio se hacen investigaciones válidas y no todo es ludibrio, lo transcrito vuelve a rozar la imagen convencional, grata a sus censores deseosos de meter a Barba Jacob, sin tratar de entenderlo, al peor averno.

Hay versos de Alfonso Reyes que datan de 1909 y que ignoramos si están recogidos en los muchos tomos de sus Obras Completas. El maestro de la prosa saludó “Al Romero” con afecto que le mantuvo para siempre.

También lo dicho por González Martínez al abrirse la tumba, provisional, del poeta colombiano en nuestra tierra, constituyen bellas palabras de la *Oración fúnebre* que incluimos al final de este libro.

Ambos altos escritores, Reyes y Enrique González Martínez, trataron de comprender al poeta de Colombia y su larga amistad, su presencia en las exequias mexicanas, demuestra lo que afirmamos: no siempre el nacido en Santa Rosa dae Osos se ponía máscara luciferina y sabía corresponder con decoro a quienes lo respetaban sin orillarlos a anécdotas o pasajes propios de la bohemia.

Sin duda existen otros juicios del tenor que se comenta.

La bibliografía en torno al poeta es amplia y trabajó en ella doña Emilia Romero, escritora peruana radicada en México, esposa del polígrafo Rafael Heliodoro Valle. A doña Emilia se debe un premio con el nombre de su trabajador compañero, espíritu generoso, periodista incansable, poseedor de tantos pseudónimos, como el Duque Job.

En el orden festivo el historiador y maestro hondureño bautizó a un grupo informal, “Estar Contentos”, para recibir con comidas de esencias mexicanas a colegas de paso: Asturias, Benjamín Carrión, Ciro Alegría, Carrera Andrade, Luis Alberto Sánchez, Roa Bastos, Flavio Herrera de Guatemala y otros.

En Colombia se han publicado muchos estudios sobre Barba Jacob y hay que recordar la tarea de investigación hecha por el Instituto Caro y Cuervo, que lleva el nombre de ilustres escritores y filólogos.

Sigamos el hilo familiar

Descubrir en la obra de Barba Jacob reminiscencias de su asidero sentimental: el sitio en que vino al mundo, Santa Rosa y a días de infancia en Angostura, donde están, hasta donde sabemos, sus restos, es enfocar otro hombre al comúnmente visto.

Si su vida fue largo, duro peregrinar que él atribuía a influencia semítica en Antioquía, siempre intentaba retornos, en el puente ideal de la ilusión, a su tierra.

Su reencuentro con su hermana Mercedes fue entre lágrimas en Ibagué, muchos lustros después de la separación. El nombre eufórico del lugar corresponde a la capital de Tolima y allí vino al mundo Germán Pardo García, quien decidió unir su destino al suelo nuestro, donde ha vivido y escrito importante obra.

Las alusiones de Barba Jacob a su tierra solar, al mundo rural, tienen sabor de nostalgia entre astromelías de Sopetrán, invocación de ríos tutelares y su amor por Teresa Jaramillo Meza, hermana de Francisco, autor de un libro sobre el poeta.

En su charla recordaba de pronto el eucalipto australiano y hasta el pis-cuis, pájaro llamado así por su cántico.

Entre la mirífica prosa de las *Memorias* —que ise antojan demasiado breves!— aparece la figura luminosa de doña Benedicta Parra de Osorio, abuela a la que quiso tanto. El trazo de lo que él llamó *La divina tragedia* se incluyó en el libro de *Rosas negras*, de Guatemala y planeó completar apuntes y divagaciones que hubieran sido oro en polvo. En sus proyectos figuraba un libro, *Infancia*, título usado por Tolstoi.

En otro aparte de esos apuntes autobiográficos —¿porqué *La divina tragedia*?— dice: “pero esto fue en Nueva York y reservo el episodio para cuando hable de Mr. Archer Furlington. Porque necesariamente hablaré del culto y espléndido millonario”.

Nunca habló de él y es posible que fuera otro personaje de sus invenciones.

Doña Benedicta y su esposo, don Remigio, ampararon al poeta en su casi orfandad pero la mejor explicación de por qué el cariño fue para su abuela, se revela en un hecho que descubre al varón de tierra y campo. ¡Don Remigio se casó a los cuatro meses del deceso de ella, cuando contaba él 83 años de edad!

La mayor parte de los familiares de Barba Jacob se había ido de Santa Rosa: poco se refería a ellos en sus pláticas y en las *Memorias* hace alusión a la pobreza del papá, con quien lo enviaron a la capital bogotana para una temporada sin éxito.

A su madre la menciona dando clases de guitarra para el pan de cada día, pero la evocación que escribió el poeta para doña Benedicta siempre nos ha conmovido y la pusimos en el umbral de *El laurel y la sombra*, páginas a nuestra madre, Isabel Castañón de Guillén, nacida en Berriozábal, Chiapas, a finales del siglo XIX.

La belleza y resonancia humana de las líneas de doña Benedicta está, sobre todo, en que provienen de un pecador, que no lo oculta y que busca con letras diamantinas una ablución:

Cómo no advertir que ya reposaba y que no tendría que descifrar con sus candidas interpretaciones domésticas, los enigmas de este Miguel Angel, el nieto de la esperanza, tan raro y tan amante. ¡Cómo no creer que la muerte era para tí, bella como tu rostro, suave como tus efusiones, tranquila como tu sueño en los jardines de marzo!... Oh, madre mía, abuela Benedicta Parra de Osorio, hija de Antonio Parra y Eugenia Giraldo y muerta en la gracia de Dios el 2 de diciembre de 1905... ¡Qué lágrima te daría yo que encerrara todo cuanto queda de puro en mí! ¡Qué libro de compondría yo que me reintegrara en la pureza de mi corazón, sin los pasados extravíos! ¡Qué canción en cuyas estrofas no vibrara el rugido de Satanás! ¡Qué verso fraguado con otras palabras con que tú despertaste en mí el amor por la vaga poesía del mundo...!

¿No bastan las líneas devotas a su abuela para apagar todos los “rugidos de Satanás?”.

Un alma propicia a despeñarse como la del poeta no podía ser sólo invitación al abismo si hay esa resina de ternura que trasunta cariño, sabor humano entre la magia de la poesía. Uno siente comunicarse con la viejecita antioqueña al ir leyendo las palabras

de Barba Jacob y ella aparece encristalada en la pompa de duelos antiguos, entre novenarios y lutos, aquel diciembre de 1905.

Doña Benedicta era una de esas damas fortalecidas por el campo, que no dejaba de preparar el Nacimiento en diciembre y los altares el jueves de Corpus o de forjar estrenos de ropa, con mil y un sacrificios, para que los suyos pasearan en las ferias locales.

El niño de Santa Rosa de Osos y de Angostura vivió la religiosidad colombiana de rígidos matices. Cuando fue a conocer Bogotá acompañando a uno de sus hermanos llevaba en el pecho, temeroso, una medalla que le había regalado su abuela. Fácil de imaginar el asombro del pequeño ante la ciudad mayor, que hasta la fecha, no obstante que se ha vuelto populosa, presenta verdes en el horizonte urbano con transparencia de aire de altura y una larga historia acurrucada en el Palacio de San Carlos, ligado a Bolívar, a Santander, a la Gran Colombia. Si hubo alguna influencia ideológica en Porfirio Barba Jacob, vista a su manera, fue la de Bolívar, de la que se hablará después en este libro.

Visitar la casa donde vivió el Libertador con Manuelita, casa en pie, habrá sido parte del programa de impresiones de un muchacho sensible. Otro suceso de aquellos días fue que llegó el futuro poeta cuando todos hablaban del suicidio de José Asunción Silva.

De reminiscencias vivimos, unos más otros menos, pero quien se marchó del lar natal, como el poeta y no retornó sino de paso, tuvo en la fuente del ayer un ancla insospechada por muchos para abatir la soledad del que fue huésped eterno de cuartos helados de hoteles y pensiones.

Se oye decir que puede o debe amarse la soledad, pero cada cual escoge su archipiélago y sufre nostalgias como las de Simbad errando entre islas del mar Egeo.

En la prosa autobiográfica del poeta se perciben recuerdos que lo alfilerlean y todos sabemos que volver al pasado es un deliberante pasadiso de espejos, brillantes, opacos y hasta cóncavos. El joven contiguo a la naturaleza, más tarde condenado a la vista urbana, escribe con prosa plástica en otro rincón de sus *Memorias*:

Traía también —y no era muy leve la carga de incultura que resplandecía: ¡una ignorancia enciclopédica! Allí entre el olor de

aparejos, de mulas, de tercios de maíz, ordeña de vacas matinales y encerrada vespertina de los terneros, el río que canta, el abuelo que castiga iracundo, la leche cándida y dulcesuela, el coro de sapos y las melifluas rosas de María Santísima... allá entre breñales donde no hay más doctos que la rosa, la noche del viento, la lluvia, los pájaros y los campesinos que no saben sino una cartilla...

La emoción fraterna es otro rasgo digno de ser subrayado. Elogios a sus hermanos completan o mejoran la imagen del que decidió ser trashumante, cuyo genio tempestuoso ha sido señalado por biógrafos y estudiosos.

Quien reconozca disidencias en la vida familiar sabe que la mejor forma de lavar corazones sensibles es evocando la niñez, no forzosamente la etapa más feliz, pero sí la que deja huellas indelebles:

El abuelo que castiga iracundo...
Las melifluas rosas de María Santísima...

Lo último alude a la primavera que trae la diosa Maya, cuando ha pasado el relámpago azul de jacarandas en flor dispersadas por el viento para alfombrar generosamente el suelo.

El retrato de los hermanos es magnífico:

Mi valeroso hermano Rafael estudiando más pobreza que matemáticas y mis hermanas casi de Hermanas de la Caridad, según las querían en el colegio por inteligentes. Además Lola era como un lirio de gracia, María, como una racha perfumada del verano, Mercedes, como una granada entreabierta en la delicia de castos festines...

No es común que, sobre todo en nuestras latitudes, alguien hable así de los suyos y les dedique calificativos tan bellos. Extraños en quien sufría fama de mantener pactos secretos con luzbelles quiméricos.

Unge con poesía esos rostros lejanos, como si aplicara santos óleos de cariño, de religiosa despedida. ¿Llegaron a conocer Rafael, Lola, María, Mercedes, cómo los recordaba?

Con alguna de ellas ya muy anciana, logró platicar el escritor Fernando Vallejo —citado ya por su documentado libro—. A

cierta altura de la vida ésta se ve como un valle que se ha ido dejando atrás, ascendiendo o bajando veredas sinuosas y lo sabemos porque hemos tenido ancestros longevos, centenarios, bajo el potente sol de Chiapas.

Recordamos que en esa charla surgió algo del rostro equino, que vio Arévalo Martínez en su cuento magistral sobre Barba Jacob, probablemente conocido en Santa Rosa y alrededores pues Colombia ha sido tierra tradicional de cultura.

La hermana —según narra Vallejo— corroboró que algo de *El hombre que parecía un caballo*, había en Miguel Angel, como lo llamaban de acuerdo a su nombre de pila.

Observemos, sopesándola, otra fase del retrato “en la delicia de castos festines”, del párrafo transcrito.

Sin entrar al laberinto cretense de la psicología, la frase revela al pecador, a ratos contrito, que se ha señalado en estas páginas. ¿Fiesta con castidad? Tal vez sólo en la niñez o en hombres no comunes llenos de templanza. La palabra, hasta para observarla a través de diccionarios —delicia— tiene reflejos sensuales y el impenitente escondido mostró sin quererlo uno de sus cuernos de lucifer.

Parecida observación, que no excluye el cariño fraterno impregnado en el retrato, suscita cuando se refiere a Mercedes “como una granada entreabierta”.

El poeta, añorante de una ideal castidad remontada a años de niñez y en el más puro lenguaje poético se retrata al lado de siluetas que traza con mano maestra.

Eran posiblemente años de ingreso al tunel de la pubertad, el más oscuro dae todos y en el recuerdo a las hermanas reverbera, escondido como en daguerrotipo antiguo, el muchacho que iba a ser presa de los sentidos, que se inician con sueños donde arde la cabeza sobre la almohada.

Lo que pasó en noches del Paraíso, que se intuye a través de primeras lecciones del Catecismo, es parte de ese turbión tumultuoso del sexo que se anuncia.

En el retrato familiar hay una referencia de distinto rumbo: “Y mis hermanas casi de Hermanas de Caridad”, en que se refleja otro aspecto del poeta: el reconocimiento al misticismo de quienes han hecho el bien en hospitales y lazaretos tocadas con cofias blancas.

En la mayoría de nuestros países las expulsó un liberalismo a ultranza, al menos de establecimientos oficiales. ¡Esas buenas servidoras del prójimo fueron conocidas por el poeta en su largo viaje de enfermo!

Las Hermanas de la Caridad, de San Vicente de Paul, nos recuerdan la imagen bondadosa del creador de la Orden, cerca de una de San Benito, cuya tez negra nos impresionaba formando parte de templos antiguos, uno de ellos visitado de mano de nuestra buena aya, que se llamaba Angela y que era, como el Marqués de Bradomín, de Valle Inclán, fea, católica y sentimental. La buena “Angelita” fue casi de la familia Guillén. De origen indígena, morena, nos defendía si nuestros padres querían castigarnos. Papá la bromeaba por su empecinada soltería y ella, ante alusiones que no acababan de disgustarle, decía: —“Ni que estuviera de más en el mundo”.

De días cercanos a la aventura supuestamente bélica de Barba Jacob —su participación en una de tantas escaramuzas civiles colombianas— data la muerte de su abuela bienamada, que supo mantener medio siglo de matrimonio sin cariño al esposo, porque fue obligada a casarse.

Una vez por semana abría su casa a los menesterosos, como en la lejana Rusia era costumbre de Tolstoi, sin haber dispuesto ella de los recursos económicos del gran escritor.

Por eso el calificativo de mujer extraordinaria es justo y el poeta la consideró como su verdadera madre.

Quien lo trajo al mundo, Pastora Benítez, no supo nunca darse a querer por sus hijos.

Erígí mi lema

Erígí mi lema en lo alto de mi corazón: vivir es esforzarse...

Porfirio Barba Jacob.

Conocemos el rumbo de Antioquia y su capital, Medellín, con numen para regar el aire con versos de poetas, artistas, ajenos al orbe de las drogas, hoy tiñendo páramos de niebla a amplias zonas de Colombia y, sobre todo, a Medellín.

En el rincón natal de Osorio Benítez, apellidos de pila del que aparentó olvidarlos, ha habido clima de cultura, tertulias; santo y seña de hogares antiguos donde se cultivaba la música, la poesía y nunca faltaba un piano transportado sobre carretas haladas por fuertes mulas.

De la tierra colombiana se hablaba, en frases que ahora parecen barrocas, como de “Atenas de América” y un lenguaje elegante, castizo se adornaba — y esto todavía subsiste— con calificativos de “Su Merced”, aún entre familiares. El tratamiento no es, ni refleja sumisión.

Una tierra que dio a Silva, a Valencia, a precursores como José Eustasio Rivera y a ancianos en ebullición civil como Baldomero Sanín Cano, merece cariño, respeto; si antes del actual conflicto de narcotraficantes hubo desmoronamientos de la sociedad fue porque estaba construida, sobre todo en capas altas, entre columnas clericales y prejuicios “de clase”.

Una nota risueña que evocaba Barba Jacob, es la de un pueblo que levantó una estatua al poema de Luis Carlos López dedicado a sus zapatos viejos.

El poeta de Santa Rosa fue absorbiendo el numen aludido aunque pasara la niñez en sitios soterrados y su circunstancia de aparente orfandad lo obligó a educarse casi solo, sin descartar que su temperamento no era para estudios disciplinarios, aunque su inteligencia brillara siempre.

“Allá en mi Antioquia, ¿qué me diste tú, Santa Rosa de Osos, ni tú, Angostura, ni tú ni nutricia Colombia para educarme?”

Cuando hablaba de la real universidad de la vida no invadía campos sembrados de metáforas. Alguien señaló que los grandes filósofos no fueron producto de las aulas y algo así puede aplicarse a los mayores poetas.

Desde pequeño Barba Jacob vibró con enseñanzas de la naturaleza y aunque su espíritu iba más allá de lo superficialmente bucólico, el mapa de su niñez está teñido por colores terrosos, florales, recuerdos del río Tencha, cercano, a los que agregó protagonistas de la primera edad; su novia Teresa y su abuela Benedicta.

Palmas de corocito (de corozo, dicen en Centro América), palo de santo, caléndulas, lluvia de oro y otras plantas jardineras o árboles nunca, ¡oh, Darío!, “apenas sensitivos”.

El poeta era alumno de una escolita a donde el profesor llegaba con hipos de innegables francachelas. Estuvo algún tiempo en la Normal y después fue maestro, poniendo sin duda, sus dones de expositor y su fantasía. Educar es un arte y a virtudes naturales del menor hay que eludir lo trillado, las rutinas.

En el campo, entre los suyos, con amigos, buscaba libros y era en su madurez un lector avezado. En páginas autofotográficas en que se refiere a autores favoritos se advierte lo anterior. En medio del hilo de su existencia de lugar en lugar, en su parco bagaje siempre hubo sitio para volúmenes y guardaba un “Azul”, del gran pontífice del Modernismo, amorosamente.

Viajar fue pronto un imperativo en su existencia y una gran lección. Si surgía uno que otro escándalo a su paso él provocaba infiernitos soltando frases y declaraciones “para epatar”, como se decía.

De trecho en trecho organizaba revistas, colaboraba en periódicos, subía al escenario para recitales pagados y a veces hallaba protectores que no faltan para escritores inermes...

Barba Jacob se mezcló entre luchas de conservadores y liberales que después desembocaron en guerrillas, ya en nuestro tiempo, el poeta sentó plaza como soldado y llegó a Capitán (“de dedo” se dice en México a ascensos mágicos); robaba gallinas para el Estado Mayor, ganando el sobrenombre de “líchigos”, como llaman allá a los bultos, pues en su caballo, además de temor a las batallas, que es fácil imaginarle, llevaba provisiones y se mantenía en la retaguardia alejado de escaramuzas bélicas. Sentó plaza como soldado en la orilla conservadora. Hay que imaginarlo con algún escondido libro de versos, para lecturas a la sombra de árboles que amaba, o cargando carnes, panes, hojuelas, buñuelos, alfajores que robaban a los monjes o brevas en almíbar que eran de la gula del poeta.

Colombia, como todos nuestros pueblos sin fe —diría un pesimista— es rica en chucherías para hombres desalentados, nada creyentes en sus gobiernos y dados a comer, muchas veces, cuando pueden, para olvidar desdichas.

Así, el Capitán Líchigo hizo la guerra civil, con bastimento para su grupo, colérico a ratos por las bromas, sonriente a veces para repetir la consigna de “vivir es esforzarse”, que destila un licor saludable aunque parezca extraño en un hombre como él.

La etapa militar duró año y medio. Después surgen en su itinerario poblados como Itango, San Pablo, donde fue fundador de una Sociedad Educadora. Su afán docente se daba, a ratos, hasta en sus charlas y algo se ha aludido a esto. Lustrós más tarde fue promotor en Guatemala de la Universidad Popular, y Arévalo Martínez, quien radiografiaría a Barba Jacob a su manera, asistía a conferencias del visitante colombiano.

La idea de popularizar la enseñanza fue tema periodístico de Barba Jacob. Quitar el elitismo a los centros académicos tuvo que ver con la rebelión educativa de Córdoba, Argentina, al finalizar la Primera Guerra Mundial, cuando los estudiantes echaron abajo el monumento a un religioso para olvidar lo “pontificio” de nuestras universidades.

En México —antes— en domingos culturales organizados por la Casa del Obrero Mundial, fundada durante el gobierno de

Madero, el poeta coincidió con Chocano, Santiago de la Vega, Fabela, Soto y Gama y otros escritores, en el afán común de abrir las aulas a todos.

A esa batalla convocaron los mejores hombres y sigue siendo ideal democrático de la enseñanza. Sarmiento llamó a tal batalla, tan fundamental en países del Nuevo Mundo, como el combate entre la civilización y la barbarie.

Barranquilla le salió al paso a Barba Jacob, en la que iba a ser obsesiva peregrinación de su vida. El viaje no como distracción sino como imperativo. En una búsqueda quimérica de algo que no se alcanza y que no entienden los que padecen un alma sedentaria.

Cuenta en sus memorias que tuvo que vivir en casa de un leproso y después supo de la hospitalidad de Lino Torregrosa, nombre lleno de musicalidad, donde halló un cenáculo que presidía Leopoldo de la Rosa, que iba a ser gran amigo y después adversario con quien no quiso hablar Barba Jacob en su lecho de muerte.

De la Rosa estuvo muchos años en México, hizo poemas con calidad y después se confinó a una isla de silencio.

Lo vimos la última vez encallado en una taberna formando parte de la población flotante de la bohemia y si no lo dijo como broma aseguró estar dedicado al mundo del boxeo como manejador o *manager* entre ídolos tan populares como pasajeros.

Cuando vino la comisión para transportar las cenizas de Barba Jacob a Colombia, en una reunión en la embajada del hermano país, Salvador Novo preguntó, entre bromas: —¿Y cuándo se llevan los restos de Leopoldo de la Rosa?—

Desde luego que quien había decidido no escribir estaba vivo y es hecho conocido que en el humorismo del poeta del grupo de “Los Contemporáneos” gustaba guardar flechas cargadas con curare.

Porfirio Barba Jacob inició después su salida de Colombia, recorriendo Centro América y el Caribe, dirigiéndose a Costa Rica.

Sufrió expulsiones de varios gobiernos y dejó buena semilla, como en *El Porvenir*, de Monterrey, que ayudó a fundar y que subsiste como importante diario en la actualidad.

El Imparcial, de Guatemala, fue durante buen tiempo el más renombrado en el Istmo de Morazán, y Porfirio Barba Jacob,

cuando estuvo como jefe de redacción, le inyectó ideas renovadoras.

Guatemala figura en la historia personal del poeta por varios sucesos. El cambio de su último nombre fue en la ciudad que había conocido cuando las complejidades psicológicas y el aspecto físico del poeta inspiraron a Arévalo Martínez el cuento *El hombre que parecía un caballo*. Tiene poemas fechados allá, uno de ellos en el Cerrito del Carmen. También escribió *Futuro*, uno de sus más bellos poemas, el 29 de julio de 1923, día que cumplió cuarenta años de edad.

El nunca daba importancia a su onomástico. Pero vino al mundo ese día en Santa rosa de Osos, dato que en biografías convencionales es lo primero que se anota.

Anticipamos que vivió en Guatemala en medio de una exaltación de embriagueces y de amor por el paisaje —contaba Rafael Arévalo Martínez— en una ciudad más pequeña que la actual, rodeada por una impresionante garganta geológica.

Vivir es esforzarse.

El “Vivir es esforzarse”, con que inicia sus páginas memorialistas corresponde a un ímpetu de exaltación que a veces acude a quienes viven entre légamos de desesperanza. Barba Jacob tendía al pesimismo y buscaba paraísos artificiales. No descartaba unir a sus astillas de fe religiosa, manifestada plenamente en sus últimos días pero presente en su ideario, con la conciencia de que vivir-crear es obra de una constancia diaria, una gota de agua que crea estalactitas.

En su *Canción innombrada* dice:

*Ala bronca, de noche entenebrida,
rozó mi frente, conmovió mi vida
y en vastos huracanes se rompió
iba mi esquife azul a la aventura
compensé mi dolor con mi locura
¡Y nadie ha sido más feliz que yo...!*

¿Compensar dolor con locura para ser feliz?

En un esquiife azul, del Modernismo, que patrocinó entre muchos de sus adeptos un sentido hedonista que los alejó del enramaje social y sus problemas. Ser feliz, por momentos, ¿no es una manera de engañarse?

La felicidad proclamada por el poeta es una metáfora. Pero los versos son bellos. Nadie se salva, sin embargo, sólo con la felicidad.

Con un gesto de zozobra Porfirio Barba Jacob fue por el mundo abandonando su aldea nativa en odisea de ascensos y embarrancamientos, merced a un irregular destino, desplazándose siempre sin dinero, embarcado en locuras o, a veces inventándolas, y alimentado su salud íntima con lecturas y poemas que hacia, guardándolos en una gaveta para segundas revisiones.

Sin embargo, sumido en el alcohol, drogas, tenía la videncia del esfuerzo y por temporadas era un gran trabajador en tareas de prensa.

A veces algunos de sus versos parecen aventados con desafío a la zona de moralizantes:

Soy un perdido, soy un mariguano, a beber y a danzar al son de mi canción. *La balada de la loca alegría.*

Pero, quien rastrea su obra pronto encuentra otra poesía, otro hombre distinto al enmascarado con rasgos luciferinos. Encendía luces para irizar su oscuridad:

Hay almas tan melancólicas como si fueran ríos o bosques a las orillas de los ríos...

Pensaba en *Antorchas contra el viento*, en títulos como *Poemas intemporales*, que se aplicó a la última de sus cosechas, pero el bautizo lo dejó señalado en vida y cuando en otro bello poema afirma: "Mi hora no ha llegado todavía" —*La hora suprema*—, hay un presentimiento, una esperanza de que el futuro lo colocará, como sucedió entre los elegidos de la palabra lírica en Nuestra América.

Vivir es esforzarse, es una receta fecunda y sueña con tiempos por venir, ique casi han llegado!, cuando Colombia le erigirá monumentos y haya estudiosos sin deseos de escarbar sólo en la miseria del pecador.

Escribió *La hora suprema* desdeñando al hombre ruin que cruza ceñido con rutilantes joyas, o al amigo que vuelve de sus nupcias, o sea, quienes creen vivir días estelares, siempre fugaces.

¿A qué hora se adquiere la convicción de que un brillante destino puede estar, incluso después de la muerte?

El poeta de Santa Rosa lo anuncia desde que estaba entre soldados a la orilla del río Magdalena y acaso eso lo transformó en un joven altivo amante de una pompa artificial, que a ratos recordaba la que después hizo famoso a Carlos Pellicer, otro gran paisajista en su lenguaje y que dejaba caer palabras como rocas que ruedan farallón abajo. Lector de *Pedro y el lobo*, Pellicer, solemne pero con una sonrisa interior, su voz sonaba al lado de orquesta sinfónicas.

Se señala en este libro cómo en el ápice de la ola, la euforia de los sentidos que tanto arrebató a Barba Jacob, trae consigo el desconsuelo, el naufragio. Ahí en ese instante, es donde puede encontrarse la reflexión de que vivir es esforzarse.

Entre pliegues de prosa arterciopelada, tela que Salomón sentía mejorada por los lirios del campo, hay en Barba Jacob una aventura panteísta, una adivinación de Whitman, un sentir a pulmón lleno a la naturaleza.

El fragmento autobiográfico de su etapa castrense es surgente, bellamente plástico:

A lo lejos arrastra el Magdalena su cauda de estrellas amantes, como invitando a los diálogos de Platón. En el ambiente hay un olor a guanábanas maduras. Estamos a orillas del bajo Cambeina y soldados de Cudinamarca se bañan desnudos. Reverbera el sol en las aguas quietas, tersas, blandas, claras, límpidas. Mi fuerza en medio de aquella inhabilidad, de aquel no sé qué mío, que provocaba sonrisas benévolas en medio de aquel paisaje grandioso y profundo, místico en el hervor gogoreante del trópico, estaba en que yo era la única voz humana que interpretaba el vasto conjunto...

Tras leer el anterior fragmento surge la reflexión de que si en José Eustasio Rivera, la naturaleza era Vorágine, en Barba Jacob es alucinante idilio...

Una pléyade de escritores de cada región dirán lo suyo de esa América terrosa.

El poeta de Colombia hizo sonar otro barro, otro tiempo, al de su paisano novelista, Nobel de Literatura, trazando éste el drama y la soledad de tierra adentro con compás y escuadra magnetizados. García Márquez —itan ligado a México!— ha hablado, también, del río Magdalena.

El “Capitán Lichigos”, testigo de querellas civiles de su patria, rindió tributo poético a su suelo y cuando acabó la guerra se presentó desaliñado, joven, quemado por el sol de la llanura y se puso a hablar en voz alta en la plaza de su pueblo.

Algunos comenzaron a reconocerlo. Ese talento para expresarse era de Miguel Ángel Osorio, que todavía con un rifle y en los ojos los sueños por las estrellas amantes de Magdalena, iba a ser capaz de repetir que “Vivir es Esforzarse”, frase diamantina.

El Cantor de la Vida Profunda

La fuerza de la personalidad de Porfirio Barba Jacob, como la radiación de su poesía, era trasmitida por antenas enigmáticas que cada lector conecta con las propias.

Es una vibración como la de metales subterráneos, rocas en colisiones que se desmoronan hacia el centro de la tierra: tesis antiguas presintieron el perpetuo movimiento de la materia, ratificado por la ciencia moderna.

A veces pobremente arreglado, enfermo, el poeta fosforecía desde oscuros rincones donde se recortaba su delgadez, doblándose hacia adelante, como recordamos algunas veces en su hotel "Sevillano", de la calle de Ayuntamiento número 78, de nuestra querida y por otros satanizada ciudad.

Una placa en ese hotel sería reconocimiento mexicano al gran creador de versos, de *La vida profunda*, que como el autor de *Cien años de soledad*, hicieran casa y taller en nuestra tierra.

Si el aura de cada personalidad trasunta que hay oros íntimos, el dialogante con luz propia, destaca, atrae, flota sobre los demás; nunca falta alguien que se enoja por ello...

El poeta era cambiante como en sus versos más famosos, que captaron el eterno vaivén de planetas, cuerpos, almas y la cita de Montaigne que encabeza el poema taumatúrgico Barbajacobino, lo dice todo: ¡"El hombre es cosa vana, ondeante y variable"!

González Martínez en su *Tuércete el cuello al cisne*, dice:

*Hulle de toda forma y de todo lenguaje
que no vayan acordes con el ritmo latente
de la vida profunda y adora intensamente!...*

Una edición hecha de Manizales, Colombia, en 1917, se tituló *Canción de la vida profunda y otros poemas*.

El poeta de Santa Rosa, entre ráfagas de humorismo, usaba papel membretado, alusivo a esa VIDA y al “Palacio de la Nunciatura”, donde vivió.

Membretes para flotar, ivive Dios!, entre el éter de la más risueña fantasía.

Conocido es el escepticismo de Montaigne, trepado en una torre apta para el creador de inolvidables ensayos, género que iluminó para la posteridad.

Sentir que el hombre es cosa vana, ondeante y variable, es rebajar el ejercicio —¿religioso?— de vivir y puede estar bien para quienes se cubren la cabeza con polvos del Elesiastés.

La conciencia de lo percedero y el servicio a la auténtica humildad no debe menospreciar sino servir a la elevación del hombre. La consigna es breve: ¡si hay poco tiempo, hagámoslo, disfrutémoslo mejor...!

El intemporal poema de Barba Jacob, *La canción de la vida profunda*, tiene la virtud de recoger grados de intensidad y de cambio —¡mutaciones a veces relampagueantes!— de cada ser y según está el ánimo pueden alzarse pararrayos para aminorar cargas eléctricas o admirar aquello de “la música de las esferas”, viendo el firmamento con el ojo profético de Pitágoras.

¿No señaló Amiel que el paisaje es un estado de ánimo...?

Al lado de la locura que se halla en *La balada de la loca alegría*: “Reid, danzad, al soplo de Dionisos que embriaga el corazón”, los ocho últimos versos de la *Vida profunda* son los más impresionantes del poema, escrito en La Habana y leído, en México, entre sombra de sesiones esotéricas en El Palacio de la Nunciatura.

El poema lleva fecha de 1914, es decir, al comenzar la primera gran guerra y algo recuerda de los transcrito cuando el poeta transcurría por el malecón de la capital cubana: “Volví a Dios mis entrañas”, citado en este libro como imprecación desesperada...

Pensar que esas crisis pueden tener nexos con su poema más famoso no es tan irrazonable.

Invocar a Dionisios y a Dios era parte del drama de Porfirio Barba Jacob y la línea, “acaso ni Dios mismo nos pueda consolar” revela a quien quiere acercarse a la Divinidad cuando eran mayores sus quebrantos. ¡Aunque al final parece que triunfara aquella!

El rapto religioso entre el paganismo habanero, reluce en otros cánticos escritos en distintos sitios y podría —¿porqué no?— imbricar en algo con la hecatombe mundial que preocupó a tantos hombres.

En *La canción de la vida profunda* aflora la desesperanza del caminante, que desde el Malecón, en otro rapto, había pedido ayuda al cielo. ¿Marchó después de su imprecación a escribir sus versos más conocidos...?

La anécdota lo sitúa en la vecindad del cuarto del compositor Manuel M. Ponce, autor de *Estrellita*, quien según versión dada por el poeta a Alfredo Cardona Peña, era interpretada al piano por el propio maestro Ponce que había llegado a Cuba en embajada artística.

Para hacer versos así, entre la certeza de que hay días móviles, fértiles, plácidos, sórdidos, lúbricos y lúgubres, se requiere la hoguera de un alma en combustión y la enorme tristeza que a veces produce la eternidad del mar, cercano del poeta esa noche habanera.

Toda la versatilidad humana en sus distintos tonos parece encerrarse en ese Retrato Espiritual pintado por el poeta.

La esperanza y el fatalismo, el bien y el mal y como acechanza del deseo, sublimado en el poema el don del canto:

“Hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos...”

Se ha mencionado que el soneto *Tuércelo el cuello al cisne*, de González Martínez fue una especie de bandera contra excesos verbales del Modernismo.

El gran poeta y gran amigo de Barba Jacob en esos versos habla “de la vida profunda”, lo que pudo originar el título del poema del colombiano.

Si fue así, ¡en buena hora!, pues no sería ningún demérito sino parte de la comunión de altos creadores que, en este caso, fueron por muchos lustros cultivadores de una inalterable amistad.

Algo más sobre el poema clásico de Barba Jacob

Canción de la Vida Profunda

El hombre es cosa vana, variable y ondeante.

Montaigne

*Hay días en que somos tan móviles, tan móviles,
como las leves briznas al viento y al azar.
Tal vez bajo otro cielo la gloria nos sonríe.
La vida es clara, undivaga y abierta como un mar.*

*Y hay días en que somos tan fértiles, tan fértiles,
como en abril el campo, que tiembla de pasión:
bajo el instujo pródigo de espirituales lluvias,
el alma está brotando florestas de ilusión.*

*Y hay días en que somos tan plácidos, tan plácidos...
– niñez en el crepúsculo!, lagunas de zafir!–
que un verso, un trino, un monte, un pájaro que cruza
y hasta las propias penas nos hacen sonreír.*

*Y hay días en que somos tan sórdidos, tan sórdidos,
como la entraña oscura de oscuro pedernal:
la noche nos sorprende con sus profusas lámparas,
en rútilas monedas tasando el Bien y el Mal.*

*Y hay días en que somos tan húbricos, tan húbricos,
que nos depara en vano su carne la mujer:
tras de ceñir un talle y acariciar un seno,
la redondez de un fruto nos vuelve a estremecer.*

*Y hay días en que somos tan húgubres, tan húgubres,
como en las noches húgubres el llanto del pinar.
El alma gima entonces bajo el dolor del mundo
y acaso ni Dios mismo nos pueda consolar.*

*Más hay también, oh Tierra!, un día... un día... un día
en que levamos anclas para jamás volver...
Un día que discurren vientos ineluctables.
Un día en que ya nadie nos puede detener!*

La Habana 1914.

Estos versos conmovieron a pasadas generaciones y siguen conservando su lección: en ellos se adivinan claroscuros del autor, de los que se ha hablado.

A su duda de que tal vez bajo otro cielo la gloria nos sonrío, está la respuesta de que la vida es abierta como un mar.

Se exalta la placidez capaz de sonreír ante las penas y se señala, también, la sordidez del que bajo lámparas celestes tasa, inflexible, el Bien y el Mal.

Se gime bajo el dolor del mundo, tras haber temblado de lubricidad ante la redondez de un fruto y cae, como un bólido de fuego, todo el dolor y entonces el poeta duda si Dios nos puede consolar...

Hasta que entre vientos ineluctables da el adiós último, y ya no hay poder que nos detenga!

Poemas así resistirán el paso del tiempo y muestran cómo puede aliarse la profundidad, la belleza y la sencillez. Dejando atrás ese vacuo alambicamiento de quienes no se hacen comprender y confunden la hondura del pensamiento con la oscuridad. ¿La poesía como álgebra?

La *Canción de la vida profunda* bastaría para florificar a cualquier creador, así no escribiera más. Afortunadamente Porfirio

Barba Jacob, sí lo hizo, despacio, cincelando su mármol, solitario, orgiástico, en un esquife azul como las aguas y como la frase que sedujo a Darío: “Lo importante no es vivir sino navegar”...

Variaciones

Hemos afirmado en otros capítulos que junto al rostro asolado por todos los instintos de Porfirio Barba Jacob, hay uno más claro donde fulgura amor al campo, hecho poco observado por la crítica que se ha ocupado del poeta.

Esa devoción surgió en su lar natal entre un horizonte de árboles y el rumor de un río contiguo, que como en la gran sinfonía literaria, *Juan Cristóbal* de Romain Rolland —inombre siempre grato al autor de este libro!— perdura en oídos del protagonista y ese rumor fue parte de remembranzas de Barba Jacob.

Él, de pronto, parecía un ser urbano con su vara de ébano de fina empuñadura y su atuendo de sus mejores días, pero al buscar ciudades pequeñas o menores, como hizo en México al dirigirse a Monterrey, refleja que bajo el hombre preso en la red de redacciones y corrillos, conocedor de palpitantes temas diarios analizados en cotizados artículos, tenía un espíritu que califica así: “el campesino que había en mí”, en páginas memorialistas.

Lo rural no sólo como síntoma de sencillez, hubiera aprobado Tolstoi o Whitman, sino como un mundo elemental regido por leyes más naturales que las de grupos sociales y renovado, el campo; cada primavera que devuelve el mensaje de la vida para quien sabe interpretar el lenguaje de flores, pájaros, árboles.

Muchos lustros después, lejanos sus tiempos de niño en campos antioqueños, Barba Jacob gustaba oír en sueños reiterados, no sólo sobre la almohada, el paso de ríos como el Tenche, el San Pablo, cruzando entre ramas y piedras lavadas que le susurraban tropos bellos, originales: “La pompa del campo, del agua, de toda la floración de plantas que meditan y lloran, me parecía volver a encontrarla en los Clásicos”. Este viaje de circunnavegación jamás acaba. Experto en flores, amante y conocedor de ellas,

hasta de macetas que cuidaba en su hotel “Sevillano”, nombra en sus versos y lo hacía en sus charlas a astromelias, fushias, helechos, lirios, orquídeas...

El reinado de las últimas es parte del paisaje tradicional de Colombia.

La pompa, se señaló —y nos interesa insistir— le atraía como metamorfosis pra cambios ilusorios y acaso para cubrir su figura ósea, buscando nuevos ángulos, indeciso entre extravíos y en pos de retornos a lo más puro, como fueron sus primeros amores.

Algo en instantes de regocijo a ratos infantil ante un guiso nativo o un “anisado” oloroso a sus campos otoñales al caer la tarde, podía evocar el pequeño que corría praderas y florestas, con su echarpe de muselina o de alguna tela más cómoda, más sencilla, persiguiendo pájaros atento al zumbido de abejas o en noches cerradas y húmedas siguiendo los pequeños faros de luciérnagas que reproducen pactos de luz y sombra.

Su humanidad lo hacía múltiple y a olas altas de vanidad inscritas en su autorretrato “Futuro”, “En el vital deliquio por siempre insaciado” o “Soberbio y desdeñoso”, remata con un verso desconcertante, del mejor agüero: “Porque no es nada una llamita al viento”...

El poema —disección— de Ricardo Arenales, fallecido según enlutadas esquelas aparecidas en Guatemala y en otros países con ayuda de seguidores del humorismo, culmina con el verso que estaba en su tumba de Medellín: “Era una llama al viento y el viento se apagó”.

¿Había en cada una de esas muertes civiles un deseo de resurrección para cubrir una nueva etapa vital ...?

¡Todo es posible! ¡Recordemos que la figuración de un “año nuevo” calienta de esperanzas muchas cabezas!

Tratar de ser otro puede ser alentador, pero casi siempre es una quimera.

En el patético autorretrato se describe, de sismas no sondadas subía a las estrellas y, “En un pinar de Honduras vigorizó el aliento, la tierra mexicana le dio su rebeldía, su libertad, sus ímpetus...”

Sabe jactarse: “fue sabio en sus abismos”, aunque retorna al humilde, humilde, que configura su vaivén, buscando el alcohol, los vicios como catársis?, porque en el fondo del pecador junto a su evasión, aparece su arrepentimiento. El alma a ratos silvestre

del poeta (“un místico en estado salvaje” se dijo de Rimbaud, patrón de los desenfrenos), amará los colores de la naturaleza, tan gratos a la teoría de Goethe; y estrellas de la tarde y otros mensajes estarán en el planeta de Porfirio Barba Jacob.

¿Comparar la pompa de los Clásicos con la del campo es capricho del poeta?

La naturaleza es suntuosa y la majestad de las letras sin tiempo puede serla. Reverdecen las páginas como las raíces, igual en unas prometedoras mieses que en la voz recóndita de un libro.

Arbustos y animales pequeños existen antes que el hombre en el planeta y seguirán, si la vida humana desapareciera; la pompa de una ardilla trapecista, de un trébol de cuatro hojas, no son sólo la del difamado pavo real.

Barba Jacob elogiaba la “Visión de Anáhuac”, de Alfonso Reyes, donde describe el gran mercado de fauna y flora de la Antigua Tenochtitlán. Cortés comparó los portales de la plaza a los de Salamanca y siguiendo al maestro Reyes, “El zumbar y ruido de la plaza —dice Bernal Díaz— asombraba a los mismos que han estado en Constantinopla y Roma”. (*Lecturas clásicas para niños*, Secretaría de Educación Pública, Reedición de 1971, México).

A propósito de estas adivinaciones e hipótesis del mundo de la naturaleza, tan grata a Barba Jacob, se ha reiterado, no olvidamos al admirable musicólogo y médico misionero Albert Schweitzer, quien desde su sanatorio para leprosos en Lambarené, antigua Africa Ecuatorial Francesa, enseñaba a respetar la vida condenando la caza y la pesca por distracción.

Algunas noches tranquilas tocaba melodías a campo abierto; era uno de los grandes organistas de su tiempo y poco a poco iban apareciendo en la distancia ojos fosforescentes de fieras atraídas por el embrujo de la música, cuyo magnetismo no puede ser sólo para el ser humano.

“Una alma de hombre sano cantando a la vida en la alegría mística de la naturaleza”, dice el poeta de Colombia al hablar en sus memorias, de sus rumbos literarios. Reconoce a Darío como el liberador de formas, pero busca sus propias vetas.

En poetas de aquel tiempo, en Chocano, sobre todo, celebrado cantor de “Alma América”, hay un paisajista superficial y busca la raíz hispánica, lo que no hicieron ni Barba Jacob, ni Pellicer,

hombre solar el último, tabasqueño legítimo, Tabasco es una orgía de bosques y de ríos.

Junto a señales enigmáticas de cada creador —lo señalado en la estética Barbajacobina: sus contrastes, su sed de dichas pasajeras, su amor a la tierra y el fósforo de meditaciones encerrado en cada poema— debe señalarse que poseía una fuerza idiomática que no puede catalogarse, únicamente, como faceta Modernista.

Su autoexigencia, su dominio del lenguaje eran admirables.

Cuando murió Rubén Darío, en 1916, se dieron cándidamente a buscar un sucesor. Los grandes se miden a relámpagos y más allá de naturales coincidencias, suelen rastrearse con lupa las huellas de uno sobre otro escritor, para restarle originalidad a quien la posee.

Porfirio Barba Jacob la tenía, como Vallejo, como Neruda, como los más altos de la lírica americana.

A López Velarde no lo querían aceptar al principio. Su voz novedosa, con una alquimia fonética, puso una pica en Flandes. Cuando murió a los 33 años de edad, el ilustre colombiano le dedicó unos versos. *Canción de la noche diamantina*.

En el poeta mexicano hubo hallazgos verbales, erotismo, religión, aspectos que de distinta manera estaban también en Barba Jacob.

A ambos los nutrió un amor por el rincón natal.

El sitio de cada uno lo va marcando el paso del tiempo y el nacido en Jerez es de los más entrañables de la poesía mexicana.

El tiempo, repitámoslo, desgasta gangas y lima “simpatías y diferencias” entre unos y otros de cada generación.

En el viajero que llegó del sur y que hizo de México su casa hay tintas y remembranzas de una niñez entre ríos, árboles, flores.

En casos así una simplista definición difumina la imagen del creador y llamar “bucólicos” a poetas de esta especie, es andar la mitad del camino.

Retornando a López Velarde, verlo con óptica diminuta, con aires que trajo de la provincia, es igualmente otra limitación crítica.

Supo decir algo de lo suyo con inesperados adjetivos, que trasuntan una acendrada conciencia mexicana. Su sillón de gran poeta está más allá de Jerez y de otras ciudades menores donde dramáticamente almacenó alimento para sus versos.

La casa donde murió en la ciudad de México es hoy un bello recinto de cultura.

Bolívar, Whitman, Goethe

En la intesa poesía y prosa de Porfirio Barba Jacob hay señales del meditador que no trata de hacer filosofía. Ahondaba a su manera en los temas y perteneció a una generación que estuvo presente en cambios sociales: primeras organizaciones obreras, colonialismo en islas del Caribe, despertar con el puño cerrado en alto.

Hubo países, en los que vivió el poeta, México, entre otros, donde se trató de reivindicar el nacionalismo frente a lo que Gabriel Tarde llamó "imitación extralógica" de lo europeo y, como una constante, el combate contra oligarquías, dictaduras, imperialismo, ejércitos aliados del poderoso de América.

Barba Jacob, además, estuvo cerca de cambios importantes en la cultura y supo de reformas que surgieron de la Universidad de Córdoba, Argentina y un poco más tarde del idealismo que alimentó la cruzada educativa de Vasconcelos.

¿Había en el poeta colombiano devoción bolivariana? Cita a menudo al Libertador y de viaje en viaje el poeta ayudó a tejer la oculta solidaridad de pueblos de Mesoamérica y del Caribe. Es una urdimbre llena de nudos, paero que aflora en los mejores tiempos y en los más receptivos hombres.

De su entusiasmo por la obra hispano-americanista de Vasconcelos, salieron sus frases alusivas al "Continente Estético", frase de aquél, citada como la Metafísica del escritor mexicano, en las *Memorias* de Barba Jacob.

A Whitman, tan amante de la tierra, no lo cita. "Soy el rancharo desaforado y hospitalario allá abajo junto a las aguas del Oconí", escribió el gran poeta norteamericano en *Hojas de hierba*.

El señero tono poético, profético, de Walth Whitman, es universal seguidor de Emerson y Thoreau, de quienes había libros en las bibliotecas de antes.

Lo expresado por el poeta norteamericano de barba florida y la odisea vital soñada por el sabio y gran poeta alemán, Johann

Wolfgan Goethe, distinto, pero con especial atracción hacia la naturaleza, señalan instantes de grandeza humana, no sólo literarias, aunque a Goethe se le señale entre los apolíneos —según la definición de Niétzsche— de vida tranquila, de consejero áulico de príncipes.

El poeta que cantó en *Hojas de hierba* su sentido ecuménico de fraternidad, supera en eso a sus colegas del siglo XIX; hay que retornar al autor de *Fausto*, quien pertenece más al siglo anterior y más tarde, para hallar la fuerza del amor a la vida proveniente de la tierra (que según la leyenda nutría al gigante Anteo), deben buscarse las páginas mesiánicas de León Tolstoi.

Algún mediodía en el valle de Anáhuac recordamos que hablamos de lo anterior a Porfirio Barba Jacob. Llevábamos bajo del brazo unos poemas de Whitman, en el rapto del joven que carga hasta en las esquinas con lo que ama.

El poeta nos oyó interesado. Hizo algún comentario. Nuestra explicación habrá sido precaria pero suficiente para una inteligencia tan alerta como la suya.

El querido amigo Carlos Pellicer, devoto como ninguno de Bolívar, nos hizo leerle dos veces la carta de Walth Whitman a Emerson, donde justamente lo llama “maestro”.

Esa carta subraya al final algo importante: “pues América es la raza de las razas...”

Después, en este siglo, nuestro filósofo mexicano lanzaría su bengala famosa: *La raza cósmica*. Es un ensueño estético, más que sociológico, de Vasconcelos, que transparenta un claro bolivarismo.

Sentar al Libertador entre diplomáticos elegantes con rostros de yeso es como sembrarlo en una retórica rezagada.

Del poeta de Colombia puede decirse que no tuvo ideología fija, aunque su obra periodística registre sismos sociales de su tiempo.

Es muy posible que el grupo humano que transcurrió entre las dos guerras mundiales, estuvo más cerca de Bolívar y de otros caudillos del pensamiento. Fue una etapa de crisis en busca de caminos.

Un movimiento proveniente de Europa forzó a gran parte de intelectuales y poetas hacia el puño cerrado en alto, al que se refiere Porfirio Barbara Jacob en *La divina tragedia*.

Esos apuntes, comenzados en Monterrey, los cierra con una cita que merece reflexión:

Un hecho, un puño cerrado. Nos tocó palpar al unísono en el marco breve de las generaciones, con Lenín, con Einstein, con Spengler, con Marañón, con Ouspenski, con Picasso, con Diego Rivera, con Stravinski, con Paul Valery, con Mariano Brull, con José Ortega y Gasset, con Rafael Maya, con Federico García Lorca, con Jules Supervielle...

El poeta encabeza nombres con Lenín y alude a un puño cerrado. En universidades populares de entonces se hablaba de marxismo y entre lecturas del poeta, dice en otra parte de su autobiografía, afirma haber leído a Carlos Marx.

Rafael Cardona, talentoso escritor costarricense, tío de Alfredo Cardona Peña, ligados a México, vivió en Guatemala donde daba clases de marxismo en la Universidad Popular.

Barba Jacob en memorias sólo se refiere a tres escritores de nuestra orilla: Mariano Brull, de Cuba, Rafael Maya, de Colombia, y Jules Supervielle, de Uruguay.

Entre los franceses cita a Valery y es raro que olvide a Baudelaire, Verlaine, Rimbaud, más afines al poeta que el autor de *El cementerio marino*.

Los invocados en el párrafo transcrito dan fe de una curiosidad múltiple, proyectada a ciencia, poesía, filosofía; es posible que lectores de hoy se extrañen de nombres que al lado de quienes siguen vigentes, hay otros —Brull, Maya— que se han desvanecido, al menos para nuevos lectores.

Mariano Brull fue amante de las jitanjáforas. De Rafael Maya se habla menos que de Valencia, de León de Greiff, del propio Barba Jacob. De España menciona a García Lorca, pero deja en el tintero a Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Rafael Alberti y a pensadores como Unamuno o novelistas como Pérez Galdós, Baroja, Valle Inclán.

Al autor de *Tirano banderas* lo conoció en Guadalajara, cuando vino por segunda vez a México invitado por el gobierno de Obregón.

Don Ramón María del Valle Inclán y Montenegro, siempre enredado en fabulaciones y golpes de ingenio, había estado antes entre comediantes de la lengua. De nuestra tierra pasaron temas a sus admirables “Sonatas”

Otros posibles hilos ideológicos

En el discurso de reapertura de la Universidad Nacional, en septiembre de 1910, el maestro Justo Sierra, originalmente formado en el Positivismo, hizo alusión a Marx entre guías importantes del pensamiento universal, en discurso ante el presidente Porfirio Díaz y su gabinete, todos a la usanza de entonces, de rigurosa etiqueta.

Lo anterior demuestra que hemos avanzado en otros aspectos pero hay ahora más intransigencias ideológicas. A nadie se le ocurre que un Rector de nuestros países cite a Carlos Marx, so pena de sufrir castigos milenarios.

En el prólogo de *Canciones y elegías* (Edición de Homenaje, México, 1932), Barba Jacob menciona a López Velarde, Alfonso Reyes, González Martínez y Silvio Villegas, entre quienes lo instaron a publicar su obra poética.

En esas páginas se cita a Freud, Jung, Keats, Dante.

Se refiere a Henríquez Ureña, ligado a la formación del Ateneo de la Juventud, tomando Barba Jacob alguna idea afín del maestro dominicano, respecto a la musicalidad de los versos, equivalente a hechizo, a magia: tema grato y constante en la estética Barbajacobina.

En el anecdotario de Porfirio Barba Jacob —¡tan rico!— figuran unos Juegos Florales, ejercicios un tanto desvalorados, en un sitio llamado La Barrera, por el rumbo del puente de las Vacas, cercano a la ciudad de Guatemala.

Ese puente ha sido escogido por muchos suicidas, ante la invitación de un abismo profundo.

El colombiano probablemente estaba sediento, pidió que cambiaran el agua ritual de la mesa, por algún vino, hecho que causó expectación entre los asistentes.

En el ambiente hay una naturaleza pródiga, corre un río pequeño y eso pudo contribuir a suscitar saudades en Barba Jacob, quien siguió sorprendiendo a los oyentes, impassible, con su vaso lleno...

—Sobrevivía —dijo dramáticamente el poeta!— gracias a lecciones de tres Josés latinoamericanos: J. Enrique Rodó, J. Vasconcelos y J. Ingenieros.

Tres importantes ideólogos de su hora, sin duda.

Mezclar al elegante prosista de "Ariel", símbolo espiritualista de *La tempestad*, de Shakespeare colocándole contra el Positivismo en boga en Nuestra América; juntarlo con Vasconcelos, en su mejor instante de hombre público, fue un antojo muy del poeta de Colombia.

Ingenieros, médico, filósofo argentino, estuvo en México. Editó una revista con Aníbal Ponce, desde Buenos Aires. Su libro *El hombre mediocre* circuló ampliamente. A José Ingenieros dedicó Carlos Pellicer su libro *Hora y 20*.

No hay más afinidad entre los tres maestros que un espíritu alerta ante problemas de su tiempo.

La anécdota de La Barrera la oímos contar al poeta y dibujante Manuel José Arce, padre, y formó parte de un tiempo en que Barba Jacob se reunía con un grupo de jóvenes guatemalenses entre quienes se encontraba Miguel Angel Asturias.

Nunca hemos creído que fuera en serio la confesión del poeta, "de que sobrevivía". Lo imaginamos perorando —¡hablaba muy bien en público!— con una flor natural en una mano y su vaso de vino en la otra y oyendo el río que pasa abajo, que seguramente lo transportaba a su niñez en Santa Rosa de Osos y Angostura.

El encuentro de Barba Jacob con un joven Echeverría...

Algo se dijo al principio de este libro del reencuentro con Porfirio Barba Jacob.

Su nombre sonaba de vez en cuando en nuestro hogar, donde era lección del querido jefe de la familia darnos libros para leer, entre ellos algunas veces, el alimento terrestre de volúmenes de poesía en unos tomos de pastas rojas, creemos que de “Garnier, hermanos”.

Así fuimos devotos de Acuña, Díaz Mirón, Nervo y hasta del hoy olvidado Juan de Dios Peza.

Buscamos la primera vez al poeta no sin cierta inquietud, por las versiones —y hasta difamaciones!— de sus vicios. Reiteramos que siempre supo ser elegante y que tal vez cierto afecto que le notábamos nacía del respeto que sentía por nuestro padre, ya muerto cuando hallamos al poeta de Santa Rosa embutido en un suéter gris o que había sido de ese color en tiempo de los Padres de la Iglesia...

Esa primera ocasión caminamos hacia el hotel “Sevillano”, hoy con afeites arquitectónicos que no le quitan su aire rezagado; edificio de dos pisos, cuartos con balcones a la calle del Ayuntamiento, punto céntrico de nuestra metrópoli.

Al principio ocupaba un cuarto exterior, después pasó a otro más pequeño, seguramente por avatares de quien era pésimo manejador de su economía. El dueño era un gordo franquista, un español de puro que fue muy tolerante con el poeta.

Caminamos desde el añejo edificio de la Escuela Nacional Preparatoria, calle de San Ildefonso, convento de los jesuitas que

fue cuartel general del Positivismo, con Gabino Barreda, que había sido discípulo de Comte en París.

El rumbo del tradicional barrio estudiantil sigue henchido de una belleza de tiempo detenido y fue el tradicional punto de encuentro de generaciones como la del “Ateneo de la Juventud”, “Los Siete Sabios” y la de 1929, año de la Autonomía y del vasconcelismo.

El rumbo aludido integraba una especie de Cuadrante Universitario, de la callecita de “Licenciado Verdad”, donde estuvo el despacho del Rector Vasconcelos, a la melódica plaza de Santo Domingo, la más bella del país.

Los estudiantes de entonces pasábamos esas calles recordando hechos, observando placas. Frente a la Preparatoria, que sirvió para aplicar la ley liberal de Laicismo y de Primaria obligatoria, está la casa de Manuel Mercado, donde vivió José Martí. Junto con el templo de Santo Domingo luce, mayestático, el edificio que fue de la Santa Inquisición, después Escuela de Medicina, donde se suicidó Manuel Acuña.

Al enterarse Martí de la muerte de Acuña —al que había conocido en la tertulia de Rosario de la Peña, la del —*Nocturno*— escribió bellas líneas: “¡Le hubiera querido yo tanto si hubiese vivido! Yo le habría explicado la diferencia entre las miserias imbéciles y las tristezas grandiosas: entre el desafío y el acobardamiento... golpear la vida es mucho más hermoso que abatirse y tenderse en tierra por sus golpes... yo habría acompañado al sombrío Acuña por las noches de mayo. De vuelta de largos paseos, tal vez de vuelta del apacible barrio de San Cosme, habría en mí sentido, apoyado su brazo en mi brazo, cómo hay un amor casi tan bello como el amor, un suave amor sereno que llaman amistad”. (*Un Bardo Rei, Arturo Capdevila*. Ed. Losada. B. Aires, 1948). El título es anagrama de Rubén Darío.

A unos pasos de la plaza de Santo Domingo está la casa donde murió Gutiérrez Nájera, “El Duque Job”, precursor del Modernismo mexicano.

En alguna ocasión en que íbamos a visitar a Porfirio Barba Jacob, llamamos desde el teléfono de la preparatoria para indicar que llegaríamos.

Estaba cerca de un muchacho fuerte, apasionado como lo delataba una mirada llena de concentración y al pedir excusas

por haber oído que visitaríamos al poeta de Antioquia, dijo que le gustaría acompañarnos.

¡Era Luis Echeverría Alvarez, treinta años después Presidente de la República!

Lector de Neruda, al que buscábamos en su Consulado en la calle Brasil, el gran poeta atendía a nuestro grupo siempre con cordialidad acompañado del escritor Luis Enrique Délano.

Echeverría fue amigo y protector de León Felipe, a quien como Ejecutivo del país hizo un homenaje describiendo la estatua del poeta español y de América en el bosque de Chapultepec.

Para invitar a ese homenaje fuimos a Europa y conocimos a Rafael Alberti, María Teresa León, Dámaso Alonso, Camilo José Cela, Dionisio Ridruejo, ya alejado del franquismo, Blas de Otero, Antonio Buero Vallejo, reencontrado en Madrid a José Bergamín y en la Gran Canaria a Miguel Angel Asturias; de esto se hablará en otras páginas.

En el lejano mediodía mexicano hicimos a pie el trayecto con Luis Echeverría charlando sobre muralismo y pintores mexicanos y de la necesidad de hacer una campaña para que jóvenes preparatorianos no inscribieran sus nombres, en corazones atravesados por flechas, sobre magníficas pinturas en los muros de la Preparatoria.

Una de esas pinturas, "Las Soldaderas", es de lo mejor de José Clemente Orozco.

Echeverría admiraba mucho al muralista citado. Era y ha seguido siendo amigo de Ricardo Martínez de Hoyos, excelente artista y una sala de la casa en San Jerónimo Lídice, del ex Presidente, está dedicada a obras de este pintor.

Nuestro compañero, al que hemos visto poco después que dejó el poder, pero al que estimamos con invariable afecto, contó, en la visita a Barba Jacob, que había pedido un poema a Neruda para la revista *México y la Universidad*, que él dirigía.

Ese poema lo leyó el gran chileno, en el anfiteatro Bolívar, de la Preparatoria, en ambiente de zafarrancho de combate, por la belicosidad de grupos antagónicos políticamente a Neruda, quien había llegado a México, como Cónsul General, tras la guerra civil española.

El poema fue editado después, ya como alumnos de la Facultad, antigua Escuela Nacional de Jurisprudencia; nuestro grupo se acercó al maestro Isidro Fabela.

Como funcionario de Gobernación, antes de llegar al primer cargo del país, Luis Echeverría salvó a León Felipe de impulsivos inspectores migratorios que querían expulsar al gran poeta, por “indocumentado”...

El autor de *El éxodo*, universal en su lenguaje y en su espíritu, vivía en un modesto departamento de la calle de Miguel Schultz y no sabía de sellos vencidos en sus papeles...!

La mañana que visitamos a Barba Jacob parecía de buen humor. Observó que nuestro amigo usaba chaleco y es que no eran tiempos en que se ordenó, como voz cantante, que los jóvenes vistan a la diabla.

Le habían obsequiado al poeta chucherías colombianas y se puso a hacer el elogio de la yuca y de otros vegetales.

Derivó a reminiscencias, como para expulsarse de sombras de su cuarto que algo tenía de ergástula y enhebró en el recuerdo el hilo del horizonte de flores de la casa en que solía visitar a nuestro padre.

Una de esas veces llegó sin saber que Flavio Guillén celebraba íntimamente su cumpleaños, con alguna modesta reunión familiar. Barba Jacob, agnóstico, no creía en los festejos por un año más de vida.

El antiguo hogar Guillén-Castañón estuvo siempre pletórico de macetas que se regaban de noche y que nunca pasaban del corredor...

Pájaros en sus jaulas y perros humildes, a veces recogidos en calles y plazas.

El poeta de Colombia recordó unos aguacates sumergidos en frascos con agua y que adornaban el gabinete heteroclítico de nuestro padre, tan afecto a ciencias loadas por el Positivismo, pero, también lleno de curiosidades de otra índole.

Libros, papeles, matraces, un simulacro de laboratorio y algunas herraduras herrumbrosas, sostenidas por un imán, que según el pueblo —aquéllas— traen buena suerte.

A veces alguna culebra muerta en su cárcel de vidrio y de alcohol.

Porfirio Barba Jacob gustaba visitar nuestra casa.

Lo atendían y era dado a tomar la batuta de la charla, entre vecinos que gustaban oírlo. Si se servía algún refrigerio, ponía mantequilla al café, tranquilamente, invocando “dharmas” budistas para domesticar el paladar, él, víctima de demonios azules de los sentidos.

Su comportamiento —nos place repetirlo de nuevo— fue siempre irreprochable. Y a veces el afamado charlista gustaba escuchar a los demás.

Barba Jacob respetaba a Flavio Guillén, temperante, pero con tolerancia ante pecados ajenos. Su única eutrapelia fue fumar, hábito que dejó antes de su muerte. “La conducta moral de don Flavio” —dijo el poeta la mañana ante Echeverría— “nos mejoraba a todos, aun a quienes la olvidamos tanto”...

Algunas veces hemos evocado con Luis Echeverría la visita a Barba Jacob, como las que hicimos a Neruda, en años remotamente estudiantiles.

El talento de Luis Echeverría Alvarez, unido a un oculto sentido del humor que contrasta con su aspecto severo, captó las bromas aquella mañana en el hotel “Sevillano”.

El poeta ofreció algún cigarro burlándose de que la fama atribuía a que estaba embadurnado de sustancias tóxicas. No es, naturalmente —dijimos a la salida a Echeverría— que no las fume, pero si generalmente vive muy pobre y las drogas son caras, creer que Barba Jacob esté siempre entre humos y alucinaciones es otro mito.

A Pablo Neruda cuando lo visitábamos sacaba, a veces, alguna botella de buen mosto chileno. Agradecía el obsequio de sextantes, licores raros, libros marinos, pipas, que junto a otros objetos fueron a dar a los festivos laboratorios de Isla Negra, semidestruida por órdenes de Pinochet.

El presidente Echeverría quiso ayudar al gran poeta chileno, que celebraba nuestras escapadas, con varios amigos, con libros de Derecho bajo el brazo. Envió un avión, para traer al enfermo. Neruda, que ya no pudo aterrizar en Santiago de Chile por la barbarie del golpe de estado contra el renovador Salvador Allende.

Años antes de esos tristes sucesos —que en buena parte, por descuido de Borges al visitar a Pinochet le cerraron la puerta al Nobel de Literatura—, en una reunión en Caracas de la Comu-

nidad Latinoamericana de Escritores, pedimos a Pablo Neruda, a petición del entonces presidente electo de México, una dedicatoria en un ejemplar de los *Veinte poemas*.

Con categórica tinta verde, como clorofila, el Capitán de la Isla Negra, hoy reconstruida, escribió palabras amigables, con una posdata: "José Revueltas está preso, ayudémoslo. Perdón".

¡Y se le ayudó...!

SEGUNDA PARTE

El perpetuo itinerante...
*“El hombre que parecía un
caballo”*

Barba Jacob retornó a sus lares en 1927, casi veinte años después de haber salido. Del Perú fue expulsado por el dictador Leguía y en Lima visitó a Chocano, que estaba en la cárcel.

De México, Calles; de Guatemala, Carlos Herrera, también hubo invitaciones para que el poeta abandonara estos países. Jorge Ubico, dictador guatemalteco, años después, no lo dejó entrar.

Barba Jacob recordaba su visita a Chocano, enredado en una polémica, con Lugones y los dos contra Vasconcelos, que culminó con la muerte del joven escritor Edwin Elmore, simpatizante del escritor mexicano, a manos del poeta de Perú.

El peregrinar de Porfirio Barba Jacob dejó algunas lecciones, revistas, diarios, ofertas de libros, recitales pagados, conferencias. Amigos y adversarios. Y más fácilmente, difamadores...

El primer país que visitó fue Costa Rica, tierra de nobles tradiciones cívicas, ausencia de ejército regular, hecho insólito en nuestras latitudes. El reciente Premio Nobel de la Paz a un mandatario costarricense fue un reconocimiento a ese clima democrático, más, creemos, que un lauro para quien lo recibió. El Istmo de Morazán, recorrido íntegramente por Barba Jacob, ha vivido más de la mano demoníaca que de Dios...

El poeta, en diversas épocas, radicó en los cinco países que el genio de Francisco Morazán quiso unir.

Del paso por la tierra del maestro Joaquín García Monge, fulguraba en el recuerdo de Barba Jacob el entusiasmo despertado por su verso “el alma traigo ebria de aromas de rosales”, que,

rozado por el amor a las flores, ya señalado, pertenece a *La parábola del retorno*.

El buen paladar del visitante lo hizo invocar unas chuletas muy buenas “que preparaba la señora Julia...”

De la tierra costarricense marchó a Jamaica:

“La mañana en que llegué a Kingston, aún entre la media luz, era fragante como la cabellera de Eva, como el beso de América en la frente de Cristóbal Colón, el 12 de octubre... ¡Oh, poesía del tránsito! ¡Oh, dulce vida...!”

Después Porfirio Barba Jacob fue a La Habana, ciudad a la que iba a volver varias veces, conectándose con la juventud dorada de entonces: Martínez Villena, quien fue decisivo en la lucha contra el dictador Machado; Roa, Marinello, Mañach, Mella, asesinado por mandato del “Tirano Banderas” de la Isla. Una placa, en una calle mexicana, señala donde cayó Julio Antonio Mella, cuando iba con la atractiva artista de la fotografía, Tina Modotti.

Más tarde, en otra visita Barba Jacob coincidió con García Lorca que había viajado *Poeta en Nueva York*, por invitación de don Fernando de los Ríos, embajador republicano en Estados Unidos y a Cuba, donde el ilustre maestro Fernando Ortiz hizo llegar al poeta de Granada.

El escritor Luis Cardoza y Aragón, como Cónsul de Guatemala, radicaba en Cuba —casaca que se puso Stendhal en Civitavequia, Italia— ha escrito una página sobre un amago de batalla campal en una taberna, con los dos grandes poetas, de España y Colombia.

Algún poema de Cardoza, radicado hace lustros en México, está dedicado a Porfirio Barba Jacob. La prosa dael nacido en la bella ciudad de Antigua Guatemala está cruzada, como pocas, del Nuevo Mundo, por el brillo de la poesía.

La marcha, en tiempos y lugares, del poeta de Santa Rosa, está muy bien marcada en el libro de Fernando Vallejo.

El todavía Ricardo Arenales fue gran caminante para su tiempo en que viajar era cosa del otro jueves. Vivió en Monterrey y estuvo de paso en otros sitios del norte mexicano. En un rincón de su autobiografía menciona su trato con gente de cantinas en Ciudad Juárez, fronteriza y con turbia fama babilónica.

A México vino por indicaciones del escritor cubano Hernández Catá.

En Monterrey fue fundador del diario *El Porvenir*, que a la fecha es uno de los más importantes. Allí alguna vez, vimos el retrato de Porfirio Barba Jacob en una de las salas.

Coincidió en este Diario con Francisco Ramírez Villarreal, más tarde Diputado Constituyente por Colima, en Querétaro, en 1917 y funcionario y soldado de la Revolución, amén de festivo anfitrión en su quinta de Cuernavaca.

En el jardín platónico de “Pancho”, sabio prácticamente del epicureísmo, visitado por Ernesto Cardenal; el querido Ramírez Villarreal, hizo una Peña informal y en la casa que sirvió de sede a nuestros encuentros domingueros, estuvo Barba Jacob, que pasaba temporadas con su viejo amigo.

Alguna vez coincidió allí con Alfonso Reyes, hijo del general Bernardo Reyes, gobernador del Estado de Nuevo León. Entre el aire tibio cuarnavaquense, propicio a eclosiones de la inteligencia, don Alfonso tradujo a Homero.

“La Peña de Acapantzingo” y “Canta Ranas” funcionó mucho tiempo. Se imprimían invitaciones signadas por grupos metafóricos, de quienes entregaron su corazón a la violencia (hecho que hubiera divertido al humorismo del poeta) o, para alarmar cierta solemnidad literaria, el grupo de admiradores de Nerón...

Pancho era amigable, generoso y valiente. En una batalla de la Revolución, con el general Diéguez, una bala le destrozó el antebrazo al Jefe Vitalicio de la Peña. La broma —que le oímos a Alfaro Siqueiros, también de ese grupo de soldados— frente a Ramírez Villarreal, es que cuando le iban a echar aguardiente en el brazo operado, éste pidió mejor beberlo...

A raíz de los lamentables sucesos de Tlatelolco, en 1968, Francisco Ramírez Villarreal, abogado, se presentó a ofrecer sus servicios como defensor de estudiantes presos.

La escena de mexicanas esencias fue, más o menos, así:

—¿Y usted quién es...? —dijo algún altanero subalterno del juzgado.

—Gobernador de dos Estados durante la Revolución: Diputado Constituyente, en 1917 y Subsecretario de Gobernación, con Lázaro Cárdenas... General de Brigada, ¡a sus órdenes!

El subalterno se volvió un mar de sonrisas y atenciones.

Dentro de su vida errante Porfirio Barba Jacob estuvo en Estados Unidos de América. Algunas historias truculentas que tocaba con su humor a veces negro y brillante, tenían por telón de fondo Nueva York. (Allá escribió la carta que incluimos en los anexos).

De su charla pirotécnica surgía “el asesinato de una anciana”, vecina al departamento del poeta, presenciado —iaseguraba!— a través del cristal del alto edificio neoyorkino.

Los oyentes, nerviosos, se ponían a la orilla del asiento, lo que servía de pretexto para desbrozar la maleza del miedo con vinos de Anáhuac...

El destino ambulatorio del poeta era parte de su inestabilidad y de su búsqueda: ¡“tal vez bajo otro cielo la gloria nos sonrío”!

Estaba, a pesar de su debilidad física, lleno de una munificencia vital que derramaba en juergas y desórdenes, buscando rumbos magnéticos a su brújula en el contrapunto del día, iluminado por una copa o por el aroma de cigarros misteriosos...

La drogadicción era entonces cultivo de invernadero y vicio casi de sibaritas. La Unión Americana se ponía de ejemplo por su respeto a las leyes y al orden; hoy es la máxima consumidora de estupefacientes. ¿Qué diría Barba Jacob, de que el país del norte echa la culpa del cultivo y envío de los tóxicos a Colombia, Bolivia, México...?

Guatemala en el camino del poeta

Su paso por Guatemala fue de los más memorables y llegó la primera vez en años del dictador Manuel Estrada Cabrera.

El tema surgía en sus conversaciones y mencionaba el escritor Rafael Arévalo Martínez, quien lo captó en el cuento *El hombre que parecía un caballo*, aparecido en 1915, en Quezaltenango o Xelajú, a la que el poeta quiso bautizar como la Ciudad de la Estrella.

Arévalo Martínez era hombre delgado como junco, miope, lentes de aro a horcajadas de la nariz judaica: enfermo casi

siempre o imaginando que lo estaba (como el personaje de Molière), parecía que iba a morir el próximo invierno y llegó en 1975, a los noventa y un años de vida...

Encandilado por el aura de Barba Jacob, acorde con una alada fantasía, Arévalo, trató de descubrir al poeta de paso, a veces empeñado en pintarse peor de lo que era; el escritor de Guatemala fue hilvanando la imagen de *El hombre que parecía un caballo*, breve obra maestra, y el tema de comparaciones zoológicas lo aplicó, también, a León Franco, acercándolo, fisiognómicamente, a un perro.

Franco, junto con Luis A. Marín, pasaron por México regando el aire con bella música colombiana y algo de esos vuelos hay en ritmos de Yucatán.

Todavía el nombre del viajero por Guatemala era Ricardo Arenales. Dentro de la aparente pompa del poeta era común oírlo acercarse a barras elegantes para pedir en voz alta “una arenalina”...

Las charlas con el trashumante, cuando el poeta de Antioquia bebía su vino ritual, impresionaron a un ser tan hiperestésico como Arévalo Martínez. Fue entresacando los mitos del charlista, como el escultor, de Papini, que hacía estatuas con humo, las piezas de oro, pórvido, barro, que formaban la personalidad del visitante, encontrándole en sus rasgos y movimientos, arrebatos e instintos, las furias de un equino.

Supo escribirlo con estética superior, entre luces y sombras psicológicas y como envuelto a un raptó inspirativo que lo acompañó (oímos decir al propio Arévalo) mientras escribía sus páginas.

Para entender lo anterior hay que situarse, en composición de lugar, dicen los jesuitas, frente a la potente personalidad de Porfirio Barba Jacob y la devoción que causó en el poeta de Guatemala.

Arévalo Martínez a través de sus libros tiene altos poemas y una prosa propicia a las divagaciones. Obra irregular en conjunto, pero rozada por un “Deus” que parecía llevar consigo para su bien y su mal. A alternativas de su temperamento hay que sumar las dificultades de su tiempo y de su medio ambiente. Él costeara sus libros y el cuento célebre tuvo que esperar para ser editado.

El hombre que parecía un caballo fue haciéndose famoso y tiene origen en la literatura no sólo fantástica sino la que busca en el hombre semejanza con animales.

Son letras emparentadas con “lo absurdo” y anteriores al despliegue sensacional del Surrealismo.

La primera edición fue *El hombre que parecía un caballo y El trovador colombiano*, elogiada por Alfonso Reyes, imaginamos que primero como nota de prensa y después recogida con otras del admirado prosista. *El Suicida*, Madrid, Ediciones Calendario, 1915).

Algunas críticas con riesgo de comparaciones hiperbólicas han citado cierta cercanía del cuento, con Franz Kafka y sus realidades sobrenaturales envueltas en lo extraño, lo maravilloso, que también aparecen en la obra de Herman Hesse, Ionesco y tiempo antes en el francés Huysmans, que había puesto en blanco algunos ojos asombrados, timoratos.

Arévalo Martínez se acercó en otros libros a lo que hoy conocemos como Ciencia Ficción. *El mundo de los maharachías*, *El viaje a Ipanda*, *La oficina de paz de Orolandia*, dentro del neblinoso género de la fantasía en el espacio.

La influencia de corrientes oníricas fue estudiada por el psicoanálisis y una moderna tendencia de clasificación, nunca totalmente acertada, bautizó a variaciones del género como “Realismo Mágico”, término aparentemente antitético, en el que se inscriben nombres como los de Carpentier, Asturias, Guimarães Rosa, García Márquez...

Interesante es lo que escribió Barba Jacob respecto al cuento célebre inspirado en su figura, cuando evoca a Arévalo en páginas autobiográficas:

He de recordar mis relaciones con Rafael Arévalo Martínez, el hemipléxico de mi tragicomedia, mal augur de Maín Ximenez... Maín Ximenez no se redimió al fin por una mujer, como tú me decías, mi amigo de Guatemala, sino por virtud del canto, A aquel espíritu lleno del deseo de ver, no del deseo de amar porque la angostura de su moral no se lo permitía, le parecí un ser en extremo raro. Hizo entonces su primorosa novelilla en dos cuentos: *El hombre que parecía un caballo*. Dizque era mi caricatura. Yo, francamente, no creo tener la sencillez ni la inocencia del señor de Aretal. A la obra de Rafael no se le ha hecho hasta hoy una

verdadera crítica. Yo intenté hacérsela pero me engolfé en unos estudios de fisiognomía que exigen tiempo...

Maín Ximenez, “El héroe del poema” se extrañó de parecerle raro a Arévalo Martínez. (*Los raros*, se llamó un libro de Rubén Darío).

“Ximenez” —otro de los nombres fabulados por Barba Jacob— dijo no tener la sencillez ni la inocencia del “señor de Aretal”, como se llama el protagonista.

A Barba Jacob, al principio, no le gustó el libro, que no es una caricatura. A motivos personales agregaba objeciones razonables en un perfeccionista: el escritor de Guatemala publicaba todo lo que escribía. Eso puede ser peligroso...

Manuscritos del representado en *El señor de Aretal* olían a viejo esperando segundas, terceras, infinitas lecturas y correcciones. El poema *Acuarimántima*, donde se habla de “Maín”, tiene estas fechas: “México, 1908-1921-1933”.

O sea, XXV años entre el principio y el fin...

Otra característica del poeta, fue organizar el orden de su obra, desechando, escogiendo. En el libro póstumo *Poemas intemporales* (México, Ed. Acuarimántima, 1944) se atendieron las indicaciones del autor.

El escritor Arévalo Martínez mantuvo hasta el final su admiración por el gran poeta de Colombia. En la idea del guatemalteco de que Barba Jacob se redimiría por una mujer, hay alientos de cariño, tal vez, de esperanza...

Creemos que ni fue la estrechez moral del creador del cuento célebre —como afirma el poeta— la que ocultara aspectos difíciles, como la bisexualidad del escritor colombiano, sino más bien un sentimiento de respeto hacia quien admiraba.

Hay que recordar que el libro es de 1915 y temas del homosexualismo, no liberados del todo de “tabúes”, era más difícil tratarlos en aquel tiempo, en ciudades pequeñas.

Entre novelas como *Una vida*, *Manuel Aldano* y las posteriores a *El hombre que parecía un caballo*, hay una distancia que puede encontrarse —en parte!— en la indudable hipnosis que Barba Jacob reflejaba en almas sensitivas.

El éxito de *El hombre que parecía un caballo* se acompañó de versiones malévolas sobre la dudosa paternidad del cuento, dis-

cutiéndosela al escritor de Guatemala. Los celos no están lejos del que triunfa y se decía que el libro lo había escrito el propio radiografiado.

En la citada entrevista que hicimos a Barba Jacob elogió a jóvenes que conoció en su segunda estancia en Guatemala, por los años veintes y su mención fue muy laudable para César Brañas, encargado de la página editorial del *El Imparcial*, donde apareció nuestro envío.

El joven autor de *Viento negro* poema a la altura de los mejores, era de una delicadeza insólita. Cuando fue publicada la entrevista, César Brañas suprimió los elogios a él, hecho nada común en la *República de las Letras*, tan llena de vanidad de vanidades...

En México hubo escritores que se reconocieron bajo la égida de Porfirio Barba Jacob, más que en herencia poética donde no es fácil compartir la riqueza verbal y la ardiente imaginación del nacido en Santa Rosa de Osos, amén de sus crepitaciones personales, la influencia mítica hizo escribir a alguien que tenía, no un angel, sino “un demonio de la guardia...”

Eso sí, que sepamos, nadie intentó cambiarse de nombres...

Allá por 1911 Rafael Arévalo Martínez escribió unos versos que lo acreditan humedecido entre brisas del Romanticismo, que no acababa de pasar el puente de plata hacia el Modernismo.

En el apéndice del libro se da a conocer este poema.

El último retorno

Porfirio Barba Jacob volvió a Guatemala en 1922 expulsado por algo que escribió y que no fue aprobado por Plutarco Elías Calles, Secretario de Gobernación.

Allá, tras el largo viaje en ferrocarril, se presentó ante el Ministro de Colombia, Ricardo Vázquez, cuya familia tuvo nexos con los Rosenzweig, diplomáticos mexicanos.

El Imparcial tenía poco tiempo de fundado y el propio Ministro Vázquez relacionó al viajero con el director del Diario, Alejandro Córdova, hombre de visión empresarial y periodística, quien

invitó al todavía “Ricardo Arenales” para que se hiciera cargo de la Jefatura de Redacción.

Para presentarlo a los lectores se publicó una fotografía del poeta colombiano, un poco distinta a las que se conocen.

Fue reproducida esa presentación con motivo del centenario del más tarde Barba Jacob, con dos trabajos: *Ricardo Arenales y la muerte* de Arévalo Martínez y fragmentos de *El hombre que parecía un caballo*.

Abajo de la página hay tres poemas del nuevo jefe de redacción, *Valor*: dedicado al doctor Fernando Sandoval, antiguo amigo del poeta, padre del dirigente Mario Sandoval Alarcón, del ala conservadora que ocupó, en lustros posteriores, la Vicepresidencia del país.

Los otros poemas son *Primera canción sin motivo* y *Canción de la vida profunda*.

En el presente libro se dedicaron páginas a este último canto. Barba Jacob hizo una segunda parte que no alcanza la plenitud de belleza de la primera.

Como nota curiosa de aquellos días, abajo de la hoja de *El Imparcial*, había un anuncio de un vino Rioja, legítimo, como parte de la oferta a la sed a que no era ajeno el viajero colombiano...

El precio resulta hoy irrisorio, pagado en billetes de entonces, cuando nostálgicos por una supuesta edad de oro aseguran ique se amarraba a los perros con embutidos!

El vino Rioja, como suculentos productos ultramarinos, iluminaban a veces la mesa del poeta, sibarita cuando los dioses lo permitían.

En ese tiempo Barba Jacob se hizo amigo de Jaime Sabartés, catalán, quien se casó en Guatemala. Muchos años después fue secretario de Pablo Picasso y uno de los organizadores del museo del gran artista en Barcelona.

El último cambio de nombre del poeta sucedió en esa estancia en Guatemala.

Aludía, en sus divagaciones a que “Barba” se llama a rayos que siguen a un cometa en sentido opuesto y a “Jacob”, patriota que vivió en Mesopotamia.

En otras páginas se ha mencionado lo señalado por Fernando Vallejo, al respecto. Puede agregarse que la doctrina de Barba Jacob aparece en *Los heterodoxos españoles*, de Menéndez y Pelayo

y también la cita, como se anotó en la novela *Paradiso*, de Lezama Lima.

Lo que se dijo en la prensa Centroamericana, y que es la verdad, fue que además del extraño humorismo del poeta, la policía de Guatemala buscaba una noche al abogado Alejandro Arenales, y en confusiones propias de la gendarmería, llegaron los genizaros al cuarto del ilustre colombiano, entonces todavía “Ricardo Arenales”.

Don Alejandro, político de oposición entonces, autor de un libro sobre Estados Unidos, *Vistos por dentro*, director de un despacho muy acreditado de abogados, sonrió afirmativamente cuando muchos lustros después le hablamos del asunto.

Dijo haberlo oído y que el poeta protagonista lo narró ante amigos del abogado.

Se dio alguna vez otra versión relacionada con un criminal en Nicaragua llamado Ricardo Arenales, pero el cambio sucedió como se narra.

El licenciado Arenales fue padre de un querido amigo nuestro, Emilio, exsecretario de Julián Huxley, en la UNESCO, Canciller de Guatemala y Presidente de una asamblea anual de la Organización de las Naciones Unidas.

Desempeñada ese alto cargo al ser fulminado por una galopante enfermedad cuando estaba en linderos de la mitad de su brillante carrera.

Justo indicar que no coincidíamos políticamente con Emilio Arenales Catalán, pero que fue nuestro gran amigo.

A don Alejandro Arenales lo tratamos como consecuencia del nexo con su hijo. La última vez que lo vimos, nos invitó a comer a una quinta, a donde se había retirado, en risueño rincón lleno de flores en San Juan Sacatepéquez, no lejos de la ciudad capital. Era hombre lleno de sapiencia jurídica y de fineza en su trato personal; también había ejercido, ocasionalmente, el periodismo.

Recordamos de sus charlas que la orden de captura en su contra, que por carambola llevó al poeta de Colombia a su último autobautismo, estaba relacionada con azares de la política tan accidentada en la cara Guatemala. Y en general, en Latinoamérica tan lejos de Dios —frase que algunos atribuyen a Porfirio Díaz— y tan cerca de los Estados Unidos...

Otros nombres ilustres

En la comparación de hombres con animales que según Barba Jacob inició el escritor francés, Baberde Aurevilly, sin olvidar que Huysmans en su libro, *El señor de phocas* hace alusiones a animales y hombres, Arévalo Martínez, alentado por el éxito del *Hombre que parecía un caballo* escribió otro cuento casi olvidado, cuya inspiración se atribuyó a Gabriela Mistral, cuando la maestra chilena hizo un recorrido por varios países centroamericanos, tras visitar México. Este cuento, si recordamos bien el título, fue *La signatura de la esfinge*.

A Guatemala llegó con Rosa Filati y después su secretaria fue Palma Guillén, igualmente mexicana.

La última —posible lejana parienta nuestra— representó a México diplomáticamente en Suecia y Países Bajos. Conoció a Lunacharski, Comisario de Educación Pública en 1917, ilustre escritor. El funcionario elogió ante la diplomática la campaña educativa de Vasconcelos.

El cuento de Arévalo Martínez inspirado en la maestra de Suramérica parece que no gustó a ella. Esa versión la oímos, también, a Barba Jacob.

Había en el rostro de Gabriela Mistral líneas características y un fondo de ternura presente en alguno de sus versos y prosas. Nunca olvidamos una advertencia suya: “Castiga con amor para saber que has corregido amando”...

El fuerte temperamento de la maestra, recomendada al Ministro Vasconcelos desde tierra chilena por nuestro diplomático allá, el poeta González Martínez —mencionado entre los mejores amigos de Barba Jacob—; su vocación por ir siempre hacia la verdad y hasta cierto descuido para arreglarse, usando ropas casi talares, la hacía coincidir poco con escritores y no le gustaba perder el tiempo en reuniones sociales. Con José Vasconcelos se distanció un Año Nuevo —contaba al filósofo— por discutir sobre León Tolstoi, reconciliándose en La Habana, en la conmemoración del centenario del nacimiento de José Martí.

Conocimos a Gabriela Mistral durante su última estancia en nuestra tierra, cuando había obtenido el Nóbel de Literatura. Evocamos su bella cabeza recortada sobre una mecedora de

mimbre, una tarde cálida en “El Lencero”, en goteras de Xalapa, capital veracruzana.

Fuimos a visitarla con nuestra paisana Rosario Castellanos, quien salió impresionada.

“El Lencero” fue finca de Antonio López de Santa Ana y allí casó con una bella joven. El fue icómo olvidarlo! once veces presidente de la República...

Al hablar de la etapa vasconcelista de los años veintes le preguntamos por Barba Jacob y Haya de la Torre.

Del primero dijo haberlo visto en algunas reuniones y tuvo elogios para la poesía del colombiano.

Del, fundador del APRA, incorporado a la etapa educativa mexicana, hizo recuerdos: fue su vecino en el entonces apartado rumbo de Tacubaya. Mencionado, ignoramos porqué, en el proyectado Congreso que se iba a realizar después del fallido de Panamá, en años bolivarianos.

Junto a la mecedora de mimbre de Gabriela Mistral, cuyo nombre de pila era Lucila Godoy, había una fotografía de su humilde madre, Petronila Alcayaga. Habló esa tarde de su docencia rural en Chile, en Punta Arenas y de su vida de cónsul errante. Al referirse a su integración a las jornadas culturales vasconcelianas lo hizo emocionada.

Rosario Castellanos volvió varias veces a “El Lencero” a visitar a Gabriela Mistral, como lo hacían otras escritoras: Margarita Michelena, Emma Godoy, y además, Vicente Lombardo Toledano, de ideas marxistas que, sin embargo, pasaba jornadas en el diálogo con la ilustre escritora chilena acompañados del magnífico café de Huatusco, de esa zona de bienaventuranza. El poeta Carlos Pellicer nos contó que algún fin de semana coincidieron en la sala de la maestra chilena, el expresidente Lázaro Cárdenas, el pintor Diego Rivera y el propio Pellicer, creador del museo de “La Venta”, en Villahermosa, Tabasco.

Era un genio pero era un hombre muy difícil

Rafael Arévalo Martínez

Cuando había pasado mucha agua bajo los puentes llegamos a Guatemala, al ascender a la Presidencia de la República el joven Coronel Jacobo Arbenz.

Allá transcurrió parte del exilio de nuestro padre y la tarea que desarrolló en la docencia, las letras, los libros, ha sido reconocida. Su retrato figura en la Hemeroteca Nacional junto al de su amigo del maderismo, Vasconcelos, honrado éste, con un grado académico por la Universidad de San Carlos del vecino país.

De la ciudad de Guatemala nuestro padre viajó a Quezaltenango a raíz de un fuerte terremoto en la Capital. Después fue invitado con otros gobernadores del régimen de Madero a reintegrarse, lo que hizo en años del constitucionalismo en el poder. No aceptó volver al Palacio de Gobierno de Chiapas, tierra donde nos tocó nacer.

La difícil situación política mexicana y el ofrecimiento para dirigir la Escuela de Agricultura de Guatemala, hecho a Flavio Guillén, nos hizo pasar años juveniles en la amada patria vecina.

Creemos por recuerdos diversos, por opiniones que oímos de sus amigos y contemporáneos —Barba Jacob, entre otros— que era un espíritu ligado al mejor Humanismo lo que compromete felizmente a sus descendientes.

Una tarde del tiempo de nuestra última estadía en Guatemala, fuimos a visitar a Rafael Arévalo Martínez. Lo habíamos visto muchos años antes, como director de la Biblioteca Nacional, cuando cruzaba distraído al lado de los lectores, con pasos

menudos, como si no rozara el suelo, para meterse a un gabinete que imaginábamos misterioso como el rostro del escritor.

Pálido avanzaba como duende y esa imagen primera que guardamos de él, (así lo recordaba Porfirio Barba Jacob), la ligamos a lecturas fantasmagóricas de libros de Julio Verne en vacaciones y entre un bosque de libros en el solemne silencio de la sala.

Al abrir la puerta de su casa, en 1951, dijimos nuestro nombre y abrió los brazos efusivo. Pronto entendimos por qué. En sitio visible de su biblioteca guardaba la entrevista hecha a Barba Jacob diez años antes, publicada en *El Imparcial* y reproducida en el Salvador y Costa Rica.

En sucesivas charlas Arévalo fue narrando su amistad con el poeta de Colombia, llena de anfractuosidades. Sus interminables conversaciones, cuando Arévalo iba a dejarlo, dan fe del embrujo de charlista del trahumante, virtud ya señalada.

Llegaban a la casa de él y regresaban varias veces... “Era un genio —nos dijo— pero también un hombre muy difícil”.

Alguna vez trajo a cuento cuando editó Arévalo Martínez el libro *Rosas negras*, título que algún parentesco tiene con el verso de Barba Jacob: “Fui rosa negra de mil rosas rojas”, del poema *Acuarimántima*.

Se publicó el libro gracias a gestión del escritor de Guatemala, con aportes económicos de amigos y admiradores para ayudar con su venta a Barba Jacob, a la sazón en el Hospital General de la ciudad de México.

Pero, al enfermo no le gustó la edición... que por las circunstancias narradas era modesta y que incluía poemas que Barba Jacob fue desechando, inflexible en su autocrítica, pero esto era desconocido en Guatemala.

La edición salió en 1933. Jorge Ubico había ascendido dos años antes al poder que tornó dictatorial. Se hablaba de su simpatía por Mussolini, quien al lado de Hitler amenazaban al mundo.

Rosas negras coincidió con episodios mundiales como el incendio del “Reischtag” en Berlín, maniobra de Goebels y su camarilla en su tarea anticomunista. Se quiso atribuir el incendio al dirigente búlgaro Jorge Dimitrov quien se defendió con capacidad que nunca sospecharon sus acusadores.

En la ciudad de México hay una plaza con el nombre de Dimitrov en la Colonia Narvarte.

En el volumen de *Rosas negras* se incluyó *La divina tragedia: el poeta habla de sí mismo* autobiografía mencionada varias veces en el presente libro.

En la charla de Arévalo Martínez surgían recuerdos de lecturas, recitales y conferencias de Porfirio Barba Jacob que en años de pocas distracciones o de mayor apago a la poesía, tenían siempre público.

La poesía, menos abstracta que la de hoy, contaba con más adictos. Ahora hay poco público para lecturas y creemos que si se cobraran, como hacía el poeta de Colombia, los oyentes brillarían por su ausencia.

Nuestros diálogos eran peripatéticos, sobre una cinta asfáltica no lejos de la casa de “Don Rafael”, como lo llamaban.

Una tarde detuvo el paso y fijándonos su mirada isotérica, citó el *Nocturno*, de Manuel Acuña diciendo que siempre le había llamado la atención un poema tan coloquial que comenzaba con un “Pues bien”...

Ese principio coloquial —opinión nuestra— a veces pudiera parecerse a ciertos versos de Neruda.

Arévalo Martínez conservó devoción por Barba Jacob, no obstante las distancias que a veces los separaron. Según el escritor, a quien visitábamos en una casa de la entonces boscosa colonia El Mariscal, nuestra entrevista enviada desde México, pocos meses antes de la muerte del poeta, fue importante para desmentir el infundio en torno a la paternidad del cuento célebre.

Los diálogos entre el éter vespertino de claros crepúsculos, no carecían de peligro. Más que por indagaciones y enigmas de Arévalo, por ser hombre terriblemente distraído: recorriamos una carretera, entonces estrecha, dando la espalda a automóviles que pasaban veloces rumbo al bello lago de Amatitlán.

La figura conocida de él hacía que aminoraran la marcha.

Todas las tardes —señaló don Rafael— caminaba un kilómetro, hasta un brillante anuncio de Coca Cola, brebaje casi tan universal como las dudas del Maestro...

A boca de jarro disparó una pregunta:

—¿Usted, amigo Fedro, cree en Dios...?

—Cómo no creer en él —contestamos, mezclando al apuro metafísico la pompa de jabón de una broma, a la que somos tan dados, si gracias a Dios no nos ha atropellado ninguno de estos automóviles que van como almas llevadas por el diablo...

Arévalo Martínez no sonrió, casi nunca sonreía. (¡Porqué será que así imaginamos a Vallejo!) Era el de Guatemala, hombre enlutado no sólo por fuera, pues gustaba de trajes oscuros. Ser admirado en otros aspectos que había pasado por religiones y sectas pero que se había tornado incrédulo, al menos esos años.

De pronto, don Rafael hacía afirmaciones extrañas:

— Estuve propenso a la tuberculosis y me inyectaron bismuto en fuertes dosis y eso contribuyó a rebajar mi capacidad intelectual.

Lo anterior pudiera estar relacionado con el reclamo de porqué no volvió a escribir otro gran libro.

El hombre que parecía un caballo se publicó en 1915 y Arévalo vino al mundo en 1884. Estaba joven cuando hizo una indudable obra maestra.

Arévalo Martínez recordaba su desilusión al leerle el cuento a Barba Jacob, quien se creyó caricaturizado. Sin embargo, el poeta de Colombia publicó en *El Figaro* de La Habana y en *El Porvenir* de Monterrey, tiempo después, comentarios elogiosos situando el cuento cerca de Poe, de Peter Altenberg. El comentario habanero fue en 1916 y el de Monterrey en 1917, según datos del archivo de Francisco Ramírez Villarreal, ya mencionado.

Respetuoso de quien el escritor de Guatemala consideraba una especie de maestro, aunque eran casi de igual edad, el autor prometió esperar para dar a luz su trabajo y tuvo que leer, con pena, comentarios ácidos de *El señor de aretal*, que nunca acabó de publicar, en torno al cuento escrito, hasta donde sabemos, en una finca rural del occidente de Guatemala, a la que fue invitado para que tranquilizara sus nervios.

Los comentarios “Exégesis larga de un cuento corto”, están teñidos por el enojo, que después olvidó y es a los que se refiere Barba Jacob en líneas ya transcritas donde concluye amistoso: “A la obra de Rafael no se le ha hecho hasta hoy una verdadera crítica...”

Otra cosa curiosa en la amistad de ambos escritores es que cuando Arévalo le leyó el cuento, Barba Jacob, sin duda molesto, irritado, desafiante, le refirió sus vicios y debilidades.

¿Era otra forma de demostrar que era más complicado que *El Señor de Aretal*?

Ese diálogo, la cólera del radiografiado poéticamente y la desilusión natural de Arévalo Martínez, puso otro interludio en su amistad.

La primera obra de Arévalo Martínez, *Maya* la prologó José Santos Chocano, más famoso aquellos años, caminante y protagonista de recitales en varios países. Estaba con el presidente Estrada Cabrera cuando fue apresado el Dictador tras una revuelta popular.

Chocano fue a dar a la Penitenciaría. Varios mandatarios intercedieron por la vida del poeta peruano; entre los mensajes estuvo el del Rey de España, Alfonso XIII.

En México, José Santos Chocano tuvo nexos con el Villismo y con la Revolución.

Llevó billetes acuñados sin respaldo bancario, por el “Centau-ro del Norte” a tres gobernadores del Sureste, Flavio Guillén, de Chiapas, José Castilla Brito, de Campeche y Nicolás Cámara Valdez, de Yucatán, quienes firmaron el “Plan del Suchiate” contra Victoriano Huerta.

Algunos de esos billetes pasaron al baúl paterno y los recordamos, entre las bengalas de la niñez, cuando pronto perdieron su valor monetario.

“Bandolero Divino”, llamó Chocano a Villa en un poema que no gustó al guerrillero que habrá estado de buenas porque cuando tenía el santo de espaldas, su pistola era directora de debates...

Las noches en el Palacio de la Nunciatura

El otro libro que testimonia la amistad, influencia de Barba Jacob en Rafael Arévalo Martínez, que propició obras bellas y que fue ejemplar en el escritor de Guatemala al preocuparse de editar lo ajeno y salvar así del Hospital General de México al gran caminante antioqueño, fue *Las noches en el Palacio de la Nunciatura*.

Se publicó en 1927 (Imprenta Sánchez y de Guize) en tierra guatemalense y está conectado con cábalas del Espiritismo, a las que contribuyó Allan Kardeck, en París, aunque la creencia en la vida después de la muerte es antigua como las primeras meditaciones humanas.

En el libro se nombra a Alvaro Obregón como “Alejo Morajón” y a Vasconcelos, como “José Berenduelos”.

Con su mejor fantasía, Porfirio Barba Jacob, en el Palacio que jamás recibió al enviado Papal, en la antigua calle de Bucarelí, el poeta obtuvo que le cedieran una parte, que se comprometió a cuidar arreglándola con muebles finos regalados por amigos amantes de las invenciones del poeta.

Biombos, objetos esotéricos, mirras olorosas, plegarias, cortinas y calendarios de fases lunares propicias al enigma, completaban el aparato y montaje nocturno que cuidaba un criado alto y moreno, Espiridión, al que vestían adecuadamente y que parecía surgido de la Lámpara de Aladino...

Las reuniones no siempre eran para invocar espíritus. El salón sofisticado servía para tertulias, lecturas. El poeta anfitrión vestía una bata bordada para supuestos mandarines de la Dinastía Ming y lo importante era que la cava tuviera vinos esenciales.

Todo esto figura, en parte, en el libro de Arévalo Martínez.

Uno de los encargados de correr invitaciones y posiblemente de que amigos pudientes allegaran buenas viandas, era Rafael Heliodoro Valle, quien aseguraba que en el Palacio llegaron a reunirse los más famosos escritores mexicanos y otros artistas de paso por la ciudad.

Allí escuchó Vasconcelos, asombrado, la lectura de *La Canción de la Vida Profunda* y algunas noches solía llegar, afirmaba Rafael Heliodoro Valle, Ramón López Velarde, quien trabajaba en la Secretaría de Gobernación, contigua al Palacio de la Nunciatura.

Es posible que el humo que neblinaba la sala no era sólo de tabacos sencillos, ipero es una suposición...!

En ese palacio era famosa la versión de que “espantaban”, como dice el pueblo en historias barrocas y que alta la noche aparecían fantasmas del orbe de quincallería propia de visitantes de otros mundos.

Se dice que el viaje del cuerpo es más tardío y esto lo sabe el viajero que sigue soñando con el sitio donde estaba.

Tanto Barba Jacob como Arévalo Martínez llegaron a creer en el embrujamiento del Palacio de la Nunciatura. En ciertas veladas, y esto pasó al libro, los objetos llegaban a danzar por el aire, elevándose sillas y mesas, y una noche subió a tal extremo la locura y el ánimo chocarrero de los espíritus, que el poeta, Espiridión y otro amigo tuvieron que huir a un jardín cercano que imaginamos es el que está frente a la Ciudadela.

Alcanzamos a ver en la puerta símbolos religiosos diplomáticos del vaticano, ya deteriorado el inmueble. Nos lo mostró una noche de fiesta el maestro Heliodoro Valle y en el grupo recordamos a Ernesto Cardenal, Wilberto Cantón, el poeta costarricense Alfredo Sancho, Ernesto Mejía Sánchez y algún otro.

Se nos ha asegurado que existió una placa en el viejo edificio, ya derribado, señalando que allí vivió Porfirio Barba Jacob.

El protagonista de los extraños fenómenos los narró en rica crónica periodística, en *Últimas Noticias*, de *Excelsior*, de México, donde creó la sección, *Perifonemas*.

La crónica puso a sonreír a muchos que conocían las bromas de Porfirio Barba Jacob, otros se santiguaron pidiendo exorcismos y los creyentes en el “más allá” celebraron las ocurrencias envidiosos de no presenciar la zarabanda en el espacio...

Lo interesante es que Rafael Arévalo Martínez al escuchar lo sucedido narrado por Barba Jacob, escribió el libro *Las Noches en el Palacio de la Nunciatura*.

Reeditado en Guatemala, en 1988, carece de la extraordinaria calidad de *El hombre que parecía un caballo*, pero confirma la rara relación de un gran conservador con alguien que transcribe y a veces enriquece lo escuchado.

El ejemplo marmóreo de lo anterior se dio en Sócrates-Platón.

En nuestros países creemos que hay pocos casos como la relación Barba Jacob-Arévalo Martínez.

Lo anterior puede invitar a algo que se nos ocurrió oyendo a Barba Jacob y en forma muy diferente a Vasconcelos, dialogante el filósofo, directo, sin adornos, impresionante cuando tomaba altura.

Esa ocurrencia fue pensar si hubiera sido importante, y es natural que haya otros casos, (la presencia de un transcriptor de todas las conversaciones y mitos de Porfirio Barba Jacob); sin tratar de establecer imposibles comparaciones y en terrenos y tiempos muy distintos, sucedió con Goethe-Eckerman, clásico ejemplo de la conversación que enseña y que merece que no se la lleve el viento.

Breve paréntesis sobre Rubén Darío

Retornar a Darío es siempre bello. Es el poeta que más influyó en el Modernismo y en generaciones posteriores como la de Porfirio Barba Jacob. Vivió una temporada en la ciudad de Guatemala. Es un edificio que creemos sigue en pie y que en aquel tiempo habrá sido el hotel San Marcos. También el poeta Barba Jacob fue huésped del mismo y era un edificio de ladrillos rojos como algunas construcciones inglesas.

Rubén Darío iba de regreso a su patria y una mañana de domingo recibió la serenata matinal de jóvenes escritores que llegaron a visitarlo y, los más osados, a leerle versos...

El fatigado pontífice del Modernismo, que había realizado una penosa gira, iba a morir en su patria en el segundo mes de 1916

y ante muchachos ansiosos, entre quienes estaba Arévalo Martínez, por dar capotazos ante un Gran Juez de Plaza, Rubén Darío se puso a observar sus manos venosas de marqués y daba toques, cada vez más seguidos, a un supremo coñac para capear el chaparrón que, al contarlo Miguel Ángel Asturias, todavía confesaba su vergüenza.

En *Las memorias de Darío*, citadas por Alfonso Reyes en *Tertulia de Madrid* (Colección Austral Espasa-Calpe, México 1950), el maestro de Nicaragua habla de su frustrado viaje a la ciudad de México o de “los Palacios”, icortesía atribuida a Humboldt!

“La traición de Estrada inició la caída de Zelaya. Este quiso evitar la intervención yanqui —escribe el gran poeta de Nicaragua— y entregó el poder al doctor Madriz. Madriz me nombró Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Misión Especial en México con motivo de las Fiestas del Centenario”...

El gran poeta sigue narrando en sus “Memorias”, le informaron que no sería recibido oficialmente, pero sí declarado Huésped de Honor. Un golpe de Estado había derrocado al gobierno de Nicaragua. Para comunicárselo viajó a Veracruz un Enviado del protocolo y el poeta Alfonso Cravioto, quien llevó la representación del Ateneo de la Juventud.

Cravioto, Diputado Constituyente en 1917. Fue lustros más tarde diplomático en Guatemala.

Entre funcionarios que enviaron mensajes a Rubén Darío estuvieron, Justo Sierra, Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes y el general Bernardo Reyes, descendiente de nicaragüenses.

Era, como todos recuerdan, padre de Alfonso Reyes y solía ayudar económicamente, como hizo con Darío esa vez y otras con Barba Jacob, a escritores que admiraba.

El maestro Justo Sierra, historiador, catedrático, murió en España en 1912 en misión para el centenario, el año citado, de las Cortes de Cádiz.

En la visita a Rubén Darío —retornamos a su paso por Guatemala— Arévalo Martínez le dejó *El hombre que parecía un caballo* y a pesar de libaciones y desvelos que postraban al gran artista enfermo de hepatitis, le interesó el cuento.

Días después lo elogió ante otros visitantes y al saberlo el autor fue a saludar al gran poeta, que le hizo la recomendación de leer

a Lautreamont, por algún hilo que, a juicio de Rubén, podía ver entre ambas obras.

Soné que había entrado en el cuerpo de un puerco —escribió el Conde de lautreamont—, que no me era fácil salir y que enlodaba mis cerdas en los pantanos más fangosos. ¿Era ello como una recompensa? Objeto de mis deseos: ¡no pertenecía más a la Humanidad!. Así interpretaba yo, experimentando una más que profunda alegría. Sin embargo, rebuscaba activamente qué acto de virtud había realizado para merecer de parte de la Providencia este insigne favor... (*Los raros*, por Rubén Darío, citado en la Antología de Rubén Darío, de Vicente Magdaleno, México 1967).

Otro de los visitantes al San Marcos fue José Rodríguez Cerna, ya mencionado, autor de un imponderable libro de crónicas *Tierra de sol y de montaña*, sobre el paisaje de Guatemala.

Don José, como buena parte de sus coetáneos, era practicante de la bohemia y con gotas de ironía se dio tiempo, después, para señalar a los fanáticos del Dariísmo...

No queremos olvidar ningún hilo de esta urdimbre. José Rodríguez Cerna, decía Arévalo Martínez, era mejor cronista que Gómez Carrillo, aunque menos conocido internacionalmente.

Don José, como lo conocían en Guatemala, nos contó que alguna vez gestionó ante un alto funcionario una ayuda para Barba Jacob, que estaba en malas condiciones económicas.

De quienes visitaron a Darío, uno de ellos Asturias, logró el Premio Nobel de Literatura que en estricta justicia mereció como pocos el jefe del Modernismo.

Sobre Rodríguez Cerna escribió César Brañas, que dudamos haya asistido a “la serenata a Darío”, por la extrema timidez del nacido en la bella antigua Guatemala.

Carlos Rodríguez Cerna, también presente en la visita al edificio San Marcos, fue poeta, dramaturgo, articulista. Un hombre, además, lleno de rectitud humana y era hermano de don José.

Creemos que David Vela es el único superviviente de quienes visitaron a Darío. Fue Director de *El Imparcial*, hasta el último día de este Diario, al que enviamos colaboraciones durante lustros. David Vela, hermano de Arqueles, que residió en México, es autor de estudios, biografías y relatos.

No siempre coincidimos con la posición oficial del Diario, especialmente respecto a la Revolución de 1944 y días posteriores. Nunca se nos censuró una línea y decirlo es honrar un derecho que en nuestro caso, se ha mantenido en días posteriores.

Creemos que una inscripción en lo que queda del edificio San Marcos, avisando al caminante que allí vivió Rubén Darío, sería un acto de justicia.

El gran poeta confirmó en México, cuando vino a las fiestas del Centenario, en 1910, la convulsa vida latinoamericana, ya que un golpe de Estado lo dejó sin gobierno al cual representar diplomáticamente.

Su *Oda a Roosevelt*, donde hizo reclamos a la potencia del norte, fue determinante para inferir la poca simpatía con la que autoridades norteamericanas estorbaron el ascenso del gran poeta desde Veracruz hasta la capital de los Virreyes.

En años relativamente recientes, en un pabellón de caza, del ex Canciller revolucionario de Guatemala, Guillermo Toriello Garrido, entre veladas artísticas que organizaba quien siempre ha tenido vena para ellas, hubo un acto de honor de Rubén Darío en que tuvimos el honor de compartir la palabra con Rafael Arévalo Martínez. Toriello dirige actualmente el Tribunal Anti-imperialista de Nuestra América.

Ya no residíamos en aquella tierra, tan bella y tan amada.

Esa noche don Rafael, con una voz, recordó la profunda impresión que le produjo el paso por Guatemala de Porfirio Barba Jacob y de Rubén Darío.

Hizo recuerdos del episodio de *El hombre que parecía un caballo* y de la recomendación de Darío para que leyera *Los cantos de Maldoror* del conde de Lautreamont.

Habló de *Prosas profanas* donde el gran poeta de Nicaragua se pregunta por métrica y el ritmo, agregando que cada palabra tiene un alma que, además de la armonía ideal, la música es muchas veces no sólo de las ideas.

Renovar el aire puro del idioma fue obra del maestro de Nicaragua. "Renovó la respiración de la prosa y del verso". (Jorge Luis Borges. Antología de Leopoldo Lugones, Alianza Editorial, Madrid 1982). Entonces no conocíamos —y es posible que Arévalo Martínez no hubiera reparado en ello— los versos de César

Vallejo que revelan alguna coincidencia con el título de *El hombre que parecía un caballo*:

“Tengo un miedo terrible de ser un animal... sería pena grande que fuera yo tan hombre hasta ese punto”...

(Los ocho primeros versos forman el título y está en *Poesías completas*, César Vallejo, Editorial Juan Pablos, México 1971.)

La humanidad de los versos del gran poeta peruano contrastan con los del enigmático Lautreamont, que decía, había nacido en Uruguay.

Asturias, Barba Jacob y las jitanjáforas

Miguel Angel Asturias nos contó un día de sol en la isla Gran Canaria, frente a olas que vieron pasar a Colón hacia tierras que no eran las que soñaba, que, una vez en Guatemala, fue a visitar a Porfirio Barba Jacob y el poeta colombiano estaba trepado en una pequeña escalera, pegando versos en la pared.

El polvo del muro y señales del pegamento le llegaban al mechón de pelo sobre la frente. Una larga cachimba en los labios daba más carácter extraño en la escena y de pronto parecía que el poeta iba a desequilibrarse aunque era baja la altura.

Charlar con Asturias era remover alacenas de quien había pasado media vida fuera de su tierra y gustaba de la plática como de una droga desde años de acérrima bohemia.

Iba quemando anécdotas como fósforos, con variaciones en su rostro hecho para observar y ser observado. De entre muchas caricaturas que apresaron el perfil categórico y ésta, aquella línea de su cara trabajada por desvelos, hay un dibujo memorable que hizo Toño Salazar, alguna vez huésped del Palacio de la Nunciatura, alusivo al Mayismo del novelista. Lo maya estuvo siempre cerca de él, antes de estudios especializados en la materia en la Universidad de París.

El gran caricaturista salvadoreño figura en anales del barrio latino, cuando acampó allí una ilustre tropa de latinoamericanos. De Salazar tuvimos noticias en sus últimos años, que desempeñaba el extraño cargo para él, de: "Jefe de Protocolo, en San Salvador".

Bajo brisas saladas de las Palmas, Gran Canaria, surgió la misión que llevamos para invitar al Nobel de Literatura al home-

naje mexicano a León Felipe, que a ratos efundía incienso bíblico de profeta antiguo y gustaba irse por allí de ciudad en ciudad, con un rostro entre juglar y nigromante, defendiendo la libertad, contra Franco, convertido éste por birlibirloque de la política en “defensor de la cultura occidental”...

Mientras charlábamos aquella lejana mañana, el torso del novelista con los brazos en mangas de camisa, como gustaba estar, era reflejo de su personalidad, tan contigua a lo popular. Soltaba las palabras con voz homérica para ir reconstruyendo una existencia azarosa, apasionada.

Parecía a sus anchas con un aperitivo: sabía medirlos debido a pasadas tormentas y al volver a sus orígenes, a andanzas juveniles, supo guardar lo suyo dentro, para expresarlo en páginas entrañables.

En la Gran Canaria la evocación de Barba Jacob continuó situando al gran poeta en su cuarto de hotel en Guatemala, antiguo como parte de la ciudad, que en días modernos fue transformando su fisonomía en el sur, con zonas elegantes y funcionales.

Algunos de los rincones proverbiales los sabía casi de memoria Miguel Angel Asturias, nacido en una parte suburbana, y los conoció en jornadas de estudiante bajo la mirada alegre de dioses del vino.

El cuarto del poeta de Colombia, entregado a su rito de pegar versos olía a licor y a humo de cigarros, niebla y aroma amado por la mayoría de los escritores.

En esos años de juventud el autor de *Leyendas de Guatemala*, que impresionaron gratamente a Valery, Asturias era un recién egresado de la Escuela de Derecho y su tesis de grado, *El problema social del indio* reveló una veta de sus vocaciones y obtuvo un premio universitario.

La bohemia de Miguel Angel la prolongó a Europa doctorándose con borlas de oro en el bullicio de París: dichosos y amargos años que rescató Cardoza y Aragón en *El río, novela de caballerías* (México, Editorial Fondo de Cultura Económica, 1986.), con prosa repujada por metales de metáforas.

Asturias hizo estudios con el profesor Georges Reynaud, sobre Antropología de Mesoamérica y trabajó con el mexicano José María de Mendoza, *El abate*, en una traducción del *Popol Vuh*.

El cuarto de Barba Jacob en Guatemala —dijo Asturias en su charla— era reflejo del personaje. En un alto armario había ropa semiordenada y el sitio de honor lo ocupaba una runfla de botellas de los colores del iris, aunque lo usual, como herencia del Modernismo y sus sedientos, era el buen coñac.

Una mesa de escritorio y algunos libros, porque los viajeros, como el poeta, no tienen sino bibliotecas improvisadas. Se ha repetido que los cigarros de Barba Jacob cargaban mala fama y en un jardín contiguo al cuarto había plantas inocentes, que la maledicencia llegó a afirmar que eran de las que expulsan a paraísos artificiales!

A esa fama, coincidió Asturias en Gran Canaria, contribuía la risueña actitud Barbajacobina de querer tomarle el pelo a todos, que es otro jardín con alucinantes flores de fábula.

Asturias, tan dado a las sonrisas, gozaba recordando al gran poeta de *Acuarimántima* en su escalera como un Archimandita que cree ir ascendiendo al cielo.

La vieja ama del hotel-pensión al estilo de ciudades como Guatemala de ese tiempo, había puesto unas zambombas de Navidad y un pequeño Nacimiento en el cuarto de Barba Jacob, porque estaban en puerta las fiestas tradicionales que seguramente recordaban al colombiano, el Tabernáculo y la Sagrada Familia que aderezaba la Abuela-Madre doña Benedicta, en Santa Rosa y Angostura.

El poeta gustaba acercarse a fiestas religiosas y la mención a apóstoles bíblicos está en varios de sus versos.

Miguel Angel mencionó en Canarias un poema de Barba Jacob, *Los niños*, que entonces recordábamos mal, cuyo texto lleno de ternura dice:

*O se apunta la luz del día infante en Navidad, cuando el rocío es miel,
se lanzan en un ímpetu adelante por ver al Niño y por jugar con él.
¡Niños! he aquí la luz del día eterno de Navidad, cuando el rocío es*

[miel.

*Id hacia el mundo con ímpetu fraterno por ver al Niño... y jugaréis
[con Él.*

De esa lejana charla con Asturias recordamos que se refirió, también, a su mejor amigo de días parisinos, Juan Olivero Nelson, quien vive en Guatemala, lúcidamente nonagenario; ha

escrito evocadoras páginas donde aparece, entre otras escenas, Unamuno en el exilio, sorprendido en un café entre castaños de clásicos bulevares de París, cuando Asturias y Olivero interrumpieron al Rector de Salamanca que algo anotaba en unos papeles. ¿Eran apuntes para *La agonía del cristianismo?*, flamaeado por San Pablo, apóstol tutelar del maestro desterrado por primo de Rivera.

No estamos seguros de la fecha de la aparición del libro de don Miguel, Sí, que en el exilio preparó obras de teatro y que ese día, cuando los dos jóvenes de Guatemala se pusieron a sus órdenes, él levantó los ojos lechuzinos y les dijo: —¿y qué hago yo con ustedes a mis órdenes?— mejor sigan por allí y beban su vino...

La visita del novelista y también poeta Asturias al trotamundo de Santa Rosa en Guatemala, terminó cuando los dos tomaron la drástica decisión de ir a probar fortuna a una tradicional taberna cercana, por el rumbo del Teatro Colón de la vieja ciudad y, rematando la frase casi de golpe, conjugando palabras con el ritmo de las olas de Canarias, Asturias hizo un ademán épico y nos dijo sonriendo “y se bebió en grande”...

Como miembros honorarios, señalamos nosotros, de la Hermandad de la Santa Sed.

A esa taberna iba la crema de la intelectualidad de entonces y la consigna era hacer libaciones “hasta que ya no ardan las velas”, como se dice en *Martín Fierro*.

El escritor consagrado con el Premio Nobel de Literatura quiso compulsar fechas, cuando preguntamos si Barba Jacob vivía en Guatemala al pasar Darío rumbo a Nicaragua.

Después hemos comprobado que en 1915 al cruzar el gran poeta como meteoro a punto de apagarse, el colombiano estaba en Cuba.

Rodando entre varios asuntos, caímos con Asturias en esa mañana soleada a la orilla del mar, en tema imbricado en el humorismo: Las jitanjáforas. A las que un hombre obséido en domesticar solemnidades, como Barba Jacob, no fue ajeno y algunas de esas rueditas de luces y sonidos giran en sus versos:

*Cuando tu crezcas harás un viaje al Cauca hondo, duérmete niño
[bata-galundo...*

El cauca, de Jorge Isaacs, quedaba cerca sentimentalmente de Santa Rosa de Osos, aunque la geografía no mida así las distancias.

Otro botón de muestra Barbajacobino:

*La galindinjoni jundi, la jandi jandi jafó,
la jarifa jija...*

“Jija”, en lenguaje popular mexicano se supone blasfemia, palabra fuerte de las que van construyéndose en Academias de la Lengua NO correspondientes a la Real Española...

Aquella charla en Gran Canaria con el querido amigo y maestro Miguel Angel Asturias la terminamos con la memorable anécdota de *Acuarimántima* en un ferrocarril mexicano.

En el Prólogo a *Canciones y elegías*, ya mencionadas, Barba Jacob hace una llamada: “Acuarimántima no es una estación de Michoacán: es una jitanjáfora”; pasaje que merece párrafo aparte.

Alfonso Reyes se refirió a Mariano Brull y a H. Anzuátegui, a propósito del tema jitanjáforico (*La experiencia literaria*, Madrid, 1930. Colección Contemporánea, Losada, B. Aires, 1947).

Reyes agrega otros nombres de buenos soldados de la jitanjáfora, entre ellos el de Asturias.

En el ensayo del escritor colombiano, Otto Morales Benítez, *Perfiles literarios de Antioquia* (Bogotá, Editorial Universidad Nacional, 1987), alude al tema que comentamos, refiriéndose al Barba Jacob jitanjáforico:

“Pocas referencias hemos hallado en esa singularidad de nuestro compatriota”.

Raúl Roa, en una festiva página vuelve sobre el tema:

—¿Qué le pasa, Barba, qué le pasa?

—Jitanjáforeo, jitanjáforeo... Catley, catleyas, tilán, tilancias...
(Revista *Así*, 1947, México)

Esas mismas “Catle, catleyas, tilán, tilancias”, vuelven a aparecer en el poema *En la muerte de Porfirio Barba Jacob, el solar de los lulos de oro*, excluido de posteriores ediciones.

Juego, broma, geiser de las palabras ensartadas a capricho, es la jitanjáfora, parte de una familia de modas literarias, a veces de paso, propias de etapas de nihilismo, de “ismos”.

Hoy se habla de palindromas y mañana se inventarán otras formas para desolemnizar a la república de las letras. El humorismo tiene sus altares. Sus devotos con miras humeantes, sus cilindros que giran eternamente, como los religiosos del Tibet:

Om mani padme hum, Om mani padme hum...

“Acuarimántima”, gran jitanjáfora

Algunas veces, en la quietud de las provincias gustadas por Barba Jacob, quien radicó en la Ceiba, Honduras, en Quezaltenango, Guatemala y en el norte de México, Barba Jacob organizaba recitales, empresas periodísticas, cenáculos o, como Honorato de Balzac, hasta aventuras comerciales condenadas al fracaso.

Aunque el novelista francés, de hiperbólica obra, era ducho para hacerlas triunfar... en sus libros.

En giras alucinado por el paisaje mexicano, el poeta fue Director de la Biblioteca Estatal en Guadalajara; la historia de *Acuarimántima* está ligada a la voluptuosidad de crear bellas palabras y nació en un viaje por ferrocarril en Michoacán, en aquellos trenes desvencijados que iban por la vía, dijo López Velarde, “como aguinaldo de juguetería”.

La escena lo sitúa dichoso entre un grupo de amigos a quienes anunció de mañana, el hallazgo verbal definiendo desde su estrella poética lo que quería expresar *Acuarimántima*.

Se le había revelado en la duermevela, a ritmo de movimiento sincopado del vagón, cuando la luz matinal empieza a colarse tras las ventanillas dejando ver el despertar en el campo, en las alquerías de paso.

No terminaba su circunnavegación por el séptimo cielo, al borde de un “tinto”, como llaman a Colombia al café, cuando a alguien se le ocurrió una broma inolvidable.

El poeta la atribuía a Santiago de la Vega, connotado periodista, quien tuvo la ocurrencia del mejor humorismo, de llamar al conductor, le deslizó unas monedas “de oro nacional”, se decía entonces aunque no fuera el codiciado metal, y le dijo:

—Fíjese bien, en la estación más pobre se acerca usted a aquel señor flaco y moreno y grita, para que lo oiga bien ¡“pasajeros a Acuarimántima”...!

Tuvo que repetirle varias veces la palabra mágica de linajuda familia lírica y el azorado conductor se alejó repitiéndola pensando, no sin razón, que aquel grupo de pasajeros eran hombres extraños.

El poeta reposaba sobre el veterano asiento cuando oyó el grito del conductor junto a él. Naturalmente que pegó un brinco pensando si era real o si pertenecía al orbe fantasmagórico de la “Canabis”.

No podía explicarse que él, inventor, hubiera hecho suyo el nombre de una estación de Michoacán que nunca había oído.

¿Era broma de algún espíritu chocarrero del Palacio de la Nunciatura? ¿Eran atavismos estudiados por graves doctores del psicoanálisis, que tanto llegó a interesarle?

Se puso luego tan deprimido al recibir naturales bromas que en medio de “charandas”, licor michoacano, tuvieron que aclararle todo antes que intentara echarse bajo ruedas del tren.

Esto sucedió cuando Barba Jacob y el extaño poeta Sansón Flores, que también tenía su historia, decidieron abrir un giro comercial gastronómico, en Morelia, “Ciudad de los párpados violáceos”, como la llamó Neruda y en donde Rómulo Gallegos, ex Presidente desterrado, comenzó a escribir su última novela: *La braza en el pico del cuervo*. Invitaron los socios del “negocio”, a algunos amigos que iban a contribuir a la publicidad y al consumo.

Porfirio y Sansón, dos nombres clásicos, mezclaron sus locuras y no tardaron en acabar el pequeño capital que había proporcionado un ingenuo socio, creyendo que el nombre de los poetas podría atraer clientela.

La anécdota, realmente bella, hace imaginar al poeta eufórico recostado en su asiento del viejo ferrocarril, mientras oía el anuncio inesperado: “Pasajeros a Acuarimántima”...

Es la fiesta del ingenio que no necesita agredir a nadie y que embellece la vida.

Algo podría agregarse a que la invención de palabras, para mejorar la belleza verbal, está ligada a lo que se ha llegado a llamar “literatura auditiva”, refiriéndose a la plasticidad del idioma cuando se maneja sinfónicamente.

En la etapa moderna, García Lorca proponía la creación de esas y otras invenciones.

En páginas del brasileiro Guimaraes Rosa, uno de los máximos escritores del Nuevo Mundo, hay ejemplos del uso de ese lenguaje que llega a ser como un metal maleable.

En la prosa de Asturias, en el comienzo de la novela *El señor presidente*, hay juegos y chisporroteos semánticos.

El dominio de García Márquez no es ajeno a ese ritmo interior del lenguaje, como río subterráneo, y al uso de la palabra exacta, aunque no sea necesariamente inventada.

Parnasianos y modernistas se empeñaron en el brillo del lenguaje y en Porfirio Barba Jacob hay un ejemplo que otros, víctimas del habla de todos, censuran o califican de alambicamiento o de barroquismo.

A veces brota, en Octavio Paz, en Cardoza, el eco de un sub-suelo surrealista que saca metáforas como hostias, por un arcángel que también asistió como edecán de belleza en el pasado a Miró, a Valle Inclán, y a ratos a Ortega y Gasset, hecho que desesperaba a filósofos de prosa como carromato sobre piedras...

Salvador Novo, escritor con éxito, llegó a ufanarse de sus “Novo-vocablos”. Versátil, mostraba facilidad e ingenio innegables, aunque casi siempre con pólvora de explosión contra alguien. Le faltó lo esencial: creer en algo, como “cógito” de sus ideas.

Lo suyo, leído después, se antoja sin asidero aunque como poeta tiene más vigencia.

Acuarimántima no fue solo jitanjáfora sino el poema más largo de Porfirio Barba Jacob, que como se señaló, tiene fechas de elaboración a lo largo de veinticinco años.

Abre el libro *Poemas intemporales* póstumo, publicado en 1944 y lleva un epígrafe en italiano del Canto IX 61-63, de Dante. Luego una especie de declaración de principios:

*vengo a expresar mi desazón suprema
y a perpetuarla en la virtud del canto. Yo soy Maín el héroe del
poema, que vio desde los círculos del día, regir el mundo una*

*embriaguez y un llanto.
¡Armonía! ¡Oh profunda oh abscondita Armonía!
Y velaré mi arduo pensamiento "Sotto il velame degli versi strani",
ifastuoso de pompas seculares:
perfecta en sí la estrofa del lamento y a impulsos de los ritmos estelares...*

Repitamos la profecía del poeta: "Regir el mundo una embriaguez y un llanto".

"Fastuoso, de pompas seculares"...

Tejedor musical de resonancias, *Acuarimántima* es la sublimación de un idioma que diluye la obsesiva corrección que se adivina en otros escritores menos dotados para la belleza.

Con *Acuarimántima* como emblema, deberíamos repetir con Barba Jacob: "¡Armonía! ¡oh profunda, oh abscondita Armonía!", como el rey antiguo que se hacía leer cada mañana un Tratado injusto para no olvidarlo.

Acá es lo contrario. Es una reminiscencia que embellece, que puede animar a recordar que todos caben en el Olimpo. Unos en primera fila —hubiera podido decir el poeta de *Acuarimántima*— y otros en las galerías.

¡Barba Jacob, inspector de jardines!

José Vasconcelos fue admirador de la vibrante poesía de Porfirio Barba Jacob. Le gustaba, nos dijo alguna vez el filósofo, cómo el trovador colombiano, calificativo un tanto desmonetizado, extraía palabras como gambusino y les daba lustre como monedas antiguas, a guisa de ceremoniales de exhumación.

La prédica latinoamericanista del escritor mexicano sedujo al poeta. Algo de esa singular etapa fue registrada en el ideario de Barba Jacob, un poco bolivariano como se anotó en páginas de este libro.

En *La divina tragedia* se refiere a nuestro “Continente Estético”, frase del Rector que reabrió las puertas de la Universidad Nacional, en 1920 y base de bellas utopías como la de “Por mi Raza Hablará el Espíritu”, que sigue vigente en la Universidad Nacional Autónoma de México, la más poblada o una de ellas en el mundo.

El poeta de la gran Colombia, al hablar de hechizar y hechizarse, participaba del rapto de iluminación que mueve soles; no sólo se piensa para saber que “se es”, frase cartesiana, sino “se siente” con antenas intuicionistas que van más allá que la inteligencia.

El misticismo en la poesía es eso.

—¿Qué es poesía? —pregunta Barba Jacob— y responde:

—El pensamiento divino hecho melodía humana...

En el estudio citado en otras páginas, del escritor colombiano Otto Morales Benítez, al analizar aspectos de su coterráneo de Santa Rosa de Osos, se alude a hechizamientos y se incluyen

líneas ilustrativas, aunque no encontramos el sitio exacto de donde se tomaron. De todos modos el estilo es inconfundiblemente de Barba Jacob:

Mi poesía es para hechizados. Aunque se manifiesta generalmente con una apariencia de tranquilidad, está llena de temblores, de relámpagos, de aullidos. Hay que desentrañarla, no en la complejidad de sus pensamientos sino en la complejidad de sus emociones. Parece cerebrizada: no lo es. Yo soy hombre de tono profundo y no producto al por mayor de la naturaleza...

¿No existe un claro parentesco de esos pensamientos con las bases de la filosofía estética vasconceliana? El reconocimiento que tenía vasconcelos por Barba Jacob lo oyeron muchos aquellos años de la gestión ministerial del maestro mexicano: a nosotros nos habló del poeta en varias reuniones de las que teníamos con otros amigos alrededor del ilustre, contradictorio escritor.

Le gustaba, al ir hablando, aspirar los vapores del Oporto o del Vino Verde de Portugal, en un viejo restaurante por la plaza de Santo Domingo.

No comulgaba Vasconcelos con las llamadas “Ciencias Ocultas” pero le gustaba asistir, de vez en cuando, a observar, risueño, lo que sucedía en el Palacio de la Nunciatura.

Haya de la Torre, Carlos Pellicer, Torres Bodet, fueron secretarios del Jefe de la Educación Pública. El último llegó, después, a titular del ramo citado y fue siempre un funcionario de campanillas, como en la Dirección de la UNESCO.

Pellicer heredero directo, tan retórico en otros, del latinoamericanismo que fue parte del México de aquella época, contaba que al enterarse el Ministro Vasconcelos de apremios económicos de Porfirio Barba Jacob le creó una de esas comisiones que elevan el rango de quien las otorga: Inspector de Jardines Públicos.

Era la época de bibliotecas, conciertos, exposiciones al aire libre y azorados políticos de entonces, no del México supuestamente universitario de hoy, abrían los ojos al enterarse de que se editaban cincuenta mil volúmenes de cada autor, especialmente clásicos grecolatinos.

En la revista mensual *El Maestro*, López Velarde publicó *La suave patria* y la edición era de sesenta mil ejemplares.

No faltaban las bromas a costa de Vasconcelos encabezadas, a veces, por el propio Obregón. Mas éste creyó en la videncia de su funcionario.

Reír de acciones nobles, en la mayoría es válvula de escape de quienes sufren celos por el prójimo que trataba y que no padece la acidez espiritual del estéril.

La leyenda y a veces la realidad situaban a Barba Jacob visitando bibliotecas, dibujos, pinturas, conciertos en jardines, además de recitales de danza, de poesía, en pos de raíces mexicanas; obsesión constructiva de Vasconcelos, quien encargó al pintor Adolfo Best Maugard, que era parte de un grupo de artistas y escritores, buscar los orígenes del dibujo nacional.

El muralismo que floreció entonces supo rescatar al olvidado universo del indígena, pues el porfirismo heredó moldes académicos europeizantes.

Como a Porfirio Barba Jacob lo ligaban, con razón, con la toxicomanía, cuando esto no era común, como hoy, no faltaba alguien que en el corro burocrático o entre las bromas del aperitivo, le disparaba al poeta una pregunta sobre “Las amapolas de la Alameda Central o de la bella colonia de Santa María...” Bello rumbo ciudadano que ha luchado por conservar algo de sabor provinciano, con un kiosco de reminiscencias orientales. que antes estuvo en la Alameda del centro.

Santa María de la Ribera es su bautizo urbano y es probable indicación a viejas lagunas hoy enterradas. Por allí vivieron Porfirio Barba Jacob y otros ilustres escritores.

No debe olvidarse que en la citada colonia se abrió la fontana en la primera década del siglo del “Ateneo de la Juventud” o “Generación del Cometa”, en 1910, bajo el ojo avisador de Pedro Henríquez Ureña.

Un día el poeta colombiano renunció a su cargo en Educación Pública porque ya estaba “jarto”, dicen en Colombia, de visitas a jardines, pero supo cumplir y agradecer la oportunidad para ganar lo suficiente, aunque él siempre necesitaba mucho dinero.

Fue la única vez que Barba Jacob se acercó a rejas de la burocracia, aunque se le dejaba libertad de acción.

El activo Vasconcelos llegaba temprano a su despacho y le decían “El Ministro Lechero” y su entusiasmo por el trabajo era

contagioso porque evitaba tardanzas, antesalas y cuando Pellicer le dijo que Diego Rivera estaba esperando en la sala contigua, para mostrarle los planos para pintar el edificio, el funcionario dio una respuesta que debería inscribirse en letras de oro en nuestras oficinas públicas:

—Dígale, Carlitos, que no tengo que aprobar nada, que él es el responsable y que haga lo que quiera y que comience mañana...

El muralista tomó tan en serio la recomendación que pintó a Vasconcelos sentado sobre un pequeño elefante, en el tercer piso del edificio de la Secretaría: la alusión y picardía del maestro Rivera fue por los *Estudios indostánicos* que el filósofo había publicado; quien supo reír sanamente de la humorada donde figura también Rabindranath Tagore, Premio Nobel de Literatura y creador de la Universidad de Santiniketán, en Calcuta, para tratar de unir la sabiduría de Oriente y de Occidente.

Crónica del barrio de Barba Jacob y recuento de varias picardías

En la ciudad de México el poeta vivió por diferentes rumbos; en el Centro fue vecino del convento de las Jerónimas, del de Sor Juana Inés de la Cruz, hoy dignamente remozado. En la Colonia Roma, tan afectada por el terremoto de 1985, se fue asentando la clase media que no pudo compartir la elegancia de mansiones de estilo europeo de la "Juárez" y la situada con un subsuelo débil pues no todo el altiplano tiene estas características, la citada Colonia Roma, fue residencia del poeta Barba Jacob.

Los terrenos de este rumbo eran de Jesús E. Valenzuela, mecenas de la *Revista Moderna*, afín de la estética del modernismo y duró de últimos años del pasado siglo a 1911.

La Colonia Roma de antes, que no ha cambiado mucho, era una zona casi familiar, disertaba el poeta, con dos plazuelas hermosas, cuadradas, lo que no habla bien de la geodesia de urbanistas de antes.

Junto al que fue panteón y hoy es parque se construyó un estadio, en la etapa vasconcelista y allí tomaron posesión varios presidentes de la República.

El hotel "Sevillano" fue cuartel general de Barba Jacob. Se iba y regresaba; había pasado el poeta por la calma urbana de Santa María al vivir en la calle de Naranjo, citada como si su nombre supusiera paladear mieles y azahares de Valencia, España o de Angostura, Colombia.

Era notoria la inclinación cariñosa de empleados y sirvientes del hotel por el poeta y si no estaba de vena para recibir amigos,

lo avisaba a una comadre de la entrada que decía, sin dejar de marcar su ritmo en un lavadero “no está el Táita”.

El domicilio donde murió en la calle de López, lo fue por pocos días. Pertenecía a una zona con la placita del Buen Tono, junto a la fábrica que expandía aromas de buen tabaco bajo el ojo del empresario, Ernesto Pugibet, suponemos que llegado de Francia.

Afuera, a ras de la calle del Ayuntamiento, ha existido el foro de desocupados cargadores, limpiabotas que matan ocios echando “albures” y flores a las criadas del contorno o turnándose libaciones a pico de botella entre un lenguaje pintoresco.

Hay dos iglesias en el barrio que fue de Barba Jacob y que hasta antes de la televisión congregaba a seguidores de programas de la difusora que se hizo popular como “La Voz de la América Latina desde México”.

Existía el mercado de San Juan en donde se vendía todo lo que hay en la viña el Señor, hoy convertido en Centro de Artesanías y en un complicado orbe de tiendas pequeñas, merenderos, tostaderías de café que dan aroma penetrante al rumbo, como a su vez lo hacen las numerosas ventas de mariscos y de aves, que están cercanas.

Por allí discurría a veces elegante, Porfirio Barba Jacob. Gustaba ir a comer por la calle de Dolores hoy convertida en sucursal del Barrio Chino, de San Francisco, California; hay rincones oscuros con parejas infalibles y cierto aire enigmático en una que otra callecita en donde existió la superstición de que el opio de Oriente no era ajeno al rumbo.

Hay una taberna de muros exteriores destartalados. “El Tío Pepe”, donde Barba Jacob descansaba al borde de una copa, antes de ir a Bucareli, donde estaban importantes Diarios, a entregar colaboraciones. Esa cantina sigue calmando la sed de transeúntes y es muy antigua. Figura en la novela *La llaga*, de Federico Gamboa, de principios de siglo. En el mapa del vino que cada cual dibuja a su antojo buscando sitios gratos, Porfirio Barba Jacob era concurrente a la tradicional taberna cercana al “Caballito” (monumento a Carlos IV), que “México conserva como monumento de arte”, ahora trasladado frente al colonial Palacio de Minería.

Hay otra gruta de sedientos, contiguo al monumento regalado a México por la colonia Otomana en 1921, “El Gallo de Oro”, que, como “La Opera”, cuentan con fama de años atrás.

Cuando estuvo Miguel Angel Asturias la última vez entre nosotros se citó al Premio Nobel en “La Opera”, para ser agasajado y para dialogar con un grupo de escritores. Guardamos una fotografía de ese alegre rato, en medio del novelista de Guatemala y del Nobel de 1990, Ocatvio Paz, que nunca había estado con Asturias y quien, por poco tiempo, fue nuestro jefe en la Secretaría de Relaciones Exteriores.

En el “Gallo de Oro” sesionaba una peña informal y Barba Jacob solía llegar con su amigo Sansón Flores (el del frustrado negocio en Morelia). A veces discurría por allí el cuentista Juan de la Cabada, con su cabellera al viento y se hacía acompañar, desde el Congreso Antifascista de Valencia, España, en 1937, del gran músico Silvestre Revueltas.

Porfirio Barba Jacob era conocido por gente de su zona urbana y por grupos de la bohemia flotante de la metrópoli.

Nunca fuimos de su círculo vespertino y lo visitábamos a medio día, antes de que empezara la liturgia de los aperitivos...

Lo tenemos presente en la penumbra del cuarto, amable siempre con nosotros, altivo con algunos, sentado en una mecedora, junto a una blanca jofaina y una escupidera antigua. Tosía a menudo, pero a veces, ¡Ah, sublime socarronería!, era para alarmar al prójimo. Pues era conocida la tuberculosis del poeta.

Algunos coterráneos de Barba Jacob lo visitaban. El maestro Germán Pardo García, de larga, fecunda trayectoria en México; Emilia Yarza, Laura Victoria y Leopoldo de la Rosa, hasta antes del distanciamiento de ambos.

Lo buscaban también, impenitentes caza-autógrafos o quienes le llevaban chucherías culinarias. “El pan de yuca” era de sus favoritos y lo pidió, como opulentas tazas de chocolate hasta su muerte.

Rafael Heliodoro Valle, gestionaba ayudas económicas cuando arreciaba la pobreza de Barba Jacob, y después de la muerte de éste, era un incansable narrador de peripecias, reales o supuestas, del trashumante colombiano.

Entre quienes ayudaron siempre al poeta estaba el ex Presidente mexicano, general Roque González Garza.

La casa del maestro Heliodoro Valle, en San Pedro de los Pinos era un mundo de libros y periódicos amontonados en el suelo, en estantes, donde nunca faltó un volumen echado sobre el otro como parranderos que conocemos y que seguimos conociendo...

En el maestro hondureño hubo un investigador, un polígrafo un hombre generoso.

Dedicó un soneto, *El ánfora sedienta* a “Ricardo Arenales” (Antología de la Poesía Americana. Pudley Fitis, Norfolk, E.U. 1948).

El poeta Barba Jacob gustaba recorrer recovecos de la ciudad nocturna, todavía no la peligrosa Babilonia de hoy. Sabía cosas buenas y de su Burgo, sobre todo de cantinas, garitos clandestinos, prostíbulos y comercio de drogas encabezando lo ilícito la Plaza de Garibaldi, entre cuyo estrépito de mariachis, a cada poco hace “razzias” la autoridad, para salvar a un río de turistas deseosos de mojar los labios en la cantina “El Tenampa”, antiguo sitio de reyertas diarias.

En Garibaldi estuvo una carpa y un teatro donde trabajó al principio Mario Moreno “Cantinflas”. Allí, lustros más tarde, se presentó Alán García, mandatario del Perú, de excelente voz, que llegó a la plaza y se puso a cantar aires de José Alfredo Jiménez.

Un orbe oficial, tan protocolario como el mexicano, se conmovió con comentarios en torno al sociólogo, que estudió en Francia.

Porfirio Barba Jacob platicaba algo que el tiempo ha confirmado. La policía con credenciales o automóviles con sirenas es, la mayoría de veces, partícipe del México subterráneo que aflora noche a noche por diversos rumbos. Unos y otros se conocen, autoridades y granujas, traficantes y drogadictos, homosexuales y prostitutas, que protagonizan dramas que al día siguiente colorean páginas buscadas, para leerlas por el pueblo.

Fabulador por naturaleza, no era raro que al saludar el poeta a alguien, a lo mejor un tranquilo padre de familia, el risueño por dentro, Porfirio Barba Jacob, decía a sus contertulios con voz velada por el misterio, “No lo cuenten pero ese señor es el zar de las drogas...”

(Ignoramos porqué entonces se decía “drogas heroicas”).

De tiempo atrás, en esa crónica que se cuenta en voz baja, pero que todos conocen, llenó la noche mexicana, el nombre de la

directora del prostíbulo más pomadoso, visitado por políticos, artistas, jóvenes tímidos, y parranderos que suelen dejar en esos sitios todo lo de su cartera.

De esa crónica es, también, quienes protagonizan a “los mantenidos”, vidiores de las pobres mujeres a quienes en años de la canica se les llamaba “cinturitas” y “tarzanes”...

La dama citada era una conservadora profesional y compuso bellas canciones. Su nombre de batalla era tan popular como el de Rodolfo Gaona; era una viciosa pero quienes la trataron confirmaban que se portaba como una dama.

De raro en raro, Barba Jacob se asomaba y le ofrecían el mejor coñac de Francia.

La vida en los lupanares es más triste de lo imaginado por empecinadas virtuosas.

Ella redactó o le redactaron sus memorias y cuenta que estuvo en su casa el Emperador de Etiopía, Haile Selassie, dato que duda quien tenga dos dedos frente. Vino a agradecer la actitud mexicana en la Liga de las Naciones, cuando el delirante Mussolini decidió conquistar la tierra Etíope.

El llamado Rey de Reyes visitó a dos protagonistas de la gallarda posición nuestra ante la Liga: al ex Presidente Lázaro Cárdenas y al internacionalista Isidro Fabela, Delegado ante el Organismo ideado por el Presidente Woodrow Wilson.

Que un Jefe de Estado en viaje oficial haga lo que Pedro el Grande en París, al llevar mariposillas callejeras al Palacio de que era huésped, es, en el caso de Selassie, muy dudoso.

Con la antigua potestad de esos mandatorios, podían llenar sus serrallos con las mujeres más hermosas. El final de los días del Emperador lo situó en la orilla mala de la historia. Hoy Etiopía ha sido una República Popular.

Mas por encima de esas y de otras circunstancias, hay una sutil advertencia heredada por la sabiduría y que con fuerza parafernalia ha heredado Eros, dios tan grato el epicúreo Porfirio Barba Jacob y que asegura que en el amor y en la guerra todo es permitido, frase inventada por algún imprevisto, desengañado “pesimista heroico”...

El final

Palabras de Enrique González Martínez ante la tumba de Porfirio Barba Jacob.

En viva hoguera de inquietud mortal se forjaron sus cantos y por ello han de sonar en el corazón de América, pues sólo el alarido tormentoso que brota de las entrañas del poeta y halla eco en sus hermanos, queda y perdura.

Nos unieron siete lustros de amistad perfecta, cosa poco común entre dos vidas divergentes como la mía y la suya. Lo conocí y admiré desde su llegada a México, y casi no hay poema de Porfirio Barba Jacob a cuya gestación no haya asistido y cuyo sentido profundo me sea extraño.

Guardo de su amistad su noble recuerdo y la satisfacción íntima de que él supo bien que descubrí las vetas más limpias en la mina opulenta de su natural generoso, y que penetré en el secreto infantil que guardaba muy adentro de su alma campesina y a hurto de la mirada de los hombres.

No es hora de hablar de su obra poética, orgullo de dos patrias. Hay que desear tan sólo para él la calma que pidió a la vida y que la vida le negó despiadadamente.

¡Que entre en la paz y en la gloria el pobre y gran poeta!

México. 14 de enero de 1942.

Meses anteriores a la muerte de Barba Jacob fueron una cruel alternativa entre dolencias de siempre y la esperanza de mejorías, en parte, lo último, por un espíritu que luchaba contra su derren-

gado cuerpo, víctima de males, desvelos y una alimentación generalmente desordenada.

La sífilis que pudo figurar en el repertorio de enfermedades —a la que él hacía mención— no existió en los últimos diagnósticos, según nos dijo después uno de los médicos que reconoció clínicamente al poeta.

Era el sabio doctor Donato G. Alarcón, Director del Hospital de Tuberculosis, por el umbroso rumbo de Tlalpan. En ese Centro no fue admitido el poeta, por vedar el Reglamento recibir enfermos incurables.

La charla fue en una reunión, casa del Dr. Miguel Pavía Espinosa, familiar nuestro de Chiapas, y allí descubrimos que un destacado funcionario, Antonio Carrillo Flores, ex Secretario de Relaciones Exteriores y de Hacienda y Crédito Público, amaba los versos y el mencionarse *La canción de la vida profunda* dijeron conocerla, como a su autor, cliente de sanatorios muchos años.

Recordamos que en el alegre corro de la sala estaba el más temido maestro de Anatomía, Fernando Quiroz, con salidas jocosas en medio de una aparente acritud y con un sobrenombre repetido por los estudiantes, emparentado con la familia de *Platero*, maravilloso libro de Juan Ramón Jiménez.

El doctor Quiroz era reconocido como autoridad y su libro servía de texto en la Facultad de Medicina.

Los síntomas de males crónicos de Barba Jacob se agudizaron y era notoria —¡ahora sí!— su gravedad: se le aplicó el neumotórax, vigente en el orden terapéutico aquel tiempo, pero no hubo éxito.

Las sombras del anochecer definitivo se acercaban y recordamos haber pasado a felicitarlo por el Año Nuevo, en 1942, visita que agradeció repatingado en su silla de mimbre, con su larga cachimba en los labios.

Porfirio Barba Jacob buscaba salvarse, tal vez tardíamente. Fue intervenido quirúrgicamente en un sanatorio de la calle Concepción Béistegui, nombre de una filántropa, y tenemos presente el dato porque hemos vivido lustros cerca de esa rúa que va línea recta, de la exHacienda Narvarte, a la Colonia del Valle.

Por cartas dirigidas a viejos amigos y funcionarios, el poeta logró ayudas para sortear gastos: las colaboraciones en diarios y revistas las mantuvo hasta el final o muy cerca del último tiempo

y le cubrían honorarios mejores que a la mayoría. Porque era un excelente periodista.

El Embajador de Colombia, Jorge Zawadsky y el Cónsul General, Carlos Casavianca, poseedores de la fina urbanidad de ciudadanos de su patria, hicieron gestiones ante el Canciller López de Meza, escritor que nos parece era, como el poeta, de Antioquia, igual que León de Greiff, cuya obra elogiaba Barba Jacob, como la de Rafael Maya, otro de sus reconocidos paisanos.

El presidente de Colombia, Eduardo Santos, de prestigio en filas del liberalismo colombiano y presente en la Liga de las Naciones en años anteriores de la Segunda Guerra Mundial, intervino en el caso de Barba Jacob.

El Congreso Nacional acordó una suma importante para repatriar al poeta y estuvo a punto de lograrse, pero la compañía aérea no quiso transportar a un enfermo de tuberculosis galopante, según patética frase para calificar el mal que ahora cobra menos vidas.

En el proyecto se incluyó a Leopoldo de la Rosa, quien mantuvo amistad hasta el final con González Martínez y que aquellos años estaba presente como autor y se hablaba de sus bellos poemas.

El dinero del Congreso colombiano no fue aprovechado nunca por los beneficiarios, signo adverso en el destino de ambos.

Con aportaciones de buenos amigos pudo ir Barba Jacob a probar mejores aires a Perote, camino a Veracruz, con clima típico de altura, que se recomienda para enfermos pulmonares.

Ese lugar era más visitado antes de la supercarretera que entronca con el puerto, cuyo Ayuntamiento fundó Cortés, indudable estadista además de sus méritos como soldado. ¡Conquistador, eso sí!

Perote tiene algo de pequeña ciudad de paso, con un Fuerte de muros macisos adonde fueron a dar alemanes residentes en México, acusados durante la II conflagración mundial de simpatizar con la nefasta cruz gamada. Aunque en casos así pagan justos por pecadores...

Corrió la voz entre amigos de Barba Jacob sobre el fin que parecía acercarse, aumentando las visitas al hotel "Sevillano". Con algunos se distanciaba temporal o definitivamente y eso es santo y seña en el gremio de las letras.

Se planearon estudios y antologías y no creemos que las hayan hecho —al menos no las publicaron— René Avilés Parra, Leonardo Schafick, entre los que recordamos. Sí han abundado artículos o ensayos publicados en diversos países, en Colombia sobre todo.

Aunque alguna vez leímos que el hoy olvidado escritor Baltazar Izaguirre Rojo, también planeó un libro sobre el poeta de Santa Rosa de Osos.

La lista de solidarios por cariño con Porfirio Barba Jacob debe encabezarla Rafael Delgado, hijo adoptivo, nacido en Nicaragua, quien acompañó la mayor parte de la vida al poeta, que cuando estaba de buen humor le hacía bromas por sus enredos con mujeres...

Delgado fue amigo de Ernesto Mejía Sánchez, compañero nuestro de otros años en la Directiva de la Comunidad Latinoamericana de Escritores, presidida por el gran poeta Carlos Pellicer. Vino a México con el también nicaragüense, Ernesto Cardenal, y supo conquistar respeto por sus dotes de investigador y catedrático, organizando la edición de las Obras Completas, de Alfonso Reyes.

Mejía Sánchez murió en Yucatán cuando todavía le quedaban muchas tareas por hacer.

Rafael Delgado y su esposa Concepción, humildes ambos, lograron el traslado de Barba Jacob a un departamento mejor que su cuarto en la calle del Ayuntamiento y fueron cariñosos y solícitos con el enfermo.

De notas de prensa que hemos guardado, junto a artículos nuestros alusivos al poeta, encontramos el dato de que al morir Porfirio Barba Jacob, solamente estaba Concepción Varela.

Eran las tres de la madrugada del 14 de enero de 1942, con varios grados bajo cero en termómetros del Valle, como sucede en el invierno mexicano.

Tras una existencia donde abundaron signos de borrascas, el poeta entró al estuario de la muerte con serenidad. La última agonía fue larga, presidida por un crucifijo plateado, que después pasó al lecho de quien, por su gesto, parecía estar oyendo himnos de Epifanía más que del último tránsito...

Hubo antesalas de angustia y acezaban los pulmones remisos a seguir bombeando oxígeno; fueron llevadas unas aparatosas bombas junto al lecho del enfermo.

Para dirigir la mirada a la Imagen —nos dijo tiempo después su hijo Rafael, quien regresó definitivamente a Nicaragua—, el poeta dispuso cambiar de posición, colocando la almohada a los pies de la cama.

Su fe religiosa no era instancia última, como en muchos otros. Hay datos en su poesía, en líneas autobiográficas, en cartas, donde aparecen alusiones de creencias iniciadas en la niñez Antioqueña.

Cuando pidió un sacerdote para confesarse lo oyeron con naturalidad sus allegados.

Al sentir el peso leve de la hostia, en el rito de comulgar al día siguiente de la confesión, abrió el dique al llanto que desazolva canales interiores.

Había guardado la sal del sollozo, mientras se amontonaban pecados en noches de festejar la existencia que después puede provocar abismos de contrición más grandes que los del Himalaya.

Alfonso Junco fue encargado de llevar al sacerdote y escritor Gabriel Ménez Plancarte, quien junto con su hermano Alfonso, también religioso, mantuvieron la llama de la revista *Abside*.

Al Padre Méndez Plancarte oímos contar en una sala por Tacubaya, ante el mejor biógrafo de Darío, Edelberto Torres y otros amigos, algo que publicó el confesor de Barba Jacob.

Par otorgar la Extrema Unción preguntó el poeta cuál nombre debía emplear el oficiante y el moribundo contestó sin titubear: Miguel Angel...

O sea, el retorno al comienzo en Santa Rosa de Osos. Allá un buen cura de pueblo le dio aguas lustrales y el bautizo fue olvidado —aparentemente— en el camino, pero ante el último llamamiento sintió la urgencia de volver a su identidad.

Suele repetirse que los moribundos hacen inventario de sus vidas, en un zigzag sumarísimo y nada remoto es que en el lecho de los últimos días (segundo piso de la céntrica calle de López), haya recordado, entre la marea de la fiebre alta, el horizonte de casitas blancas de estilo español de su pequeño lar en el paisaje ubérrimo de Antioquia.

Angostura, Yurumel, tierra de Teresa, la primera novia; doña Benedicta Parra de Osorio impregnada del amor a los humildes y esos nombres que todos guardamos dentro, semiolvidados ¡y que pudieron resucitar convocados por el poeta al pie del crucifijo plateado!

Rodeado de cuatro cirios crepitantes en la helada estancia, con las manos en la Imagen religiosa como quien se aferra a un ancla salvadora, el viajero con el rostro afilado por la extrema delgadez hacía más hondo su silencio.

Era fácil adivinar el “Parte” de la batalla final del poeta. Abandonando el último relámpago en que cabalgó antes de encallar como un buque rompe hielos en la noche polar...

Un ramo de violetas a sus pies, flores que amaba y pocas lágrimas alrededor, porque así son las despedidas de los solitarios. Los ojos, tan expresivos siempre ¡ya no eran monedas de carbón incandescente!

En algún momento cuando iba a ser repatriado, creyó retornar a sus vegas y flores. ¿Cómo hubiera sido ese regreso?

López Velarde, distinto humanamente a Barba Jacob y tal vez más encandilado por tentaciones de la gran ciudad, cuya ária erótica hacía vibrar al zacatecano, escribió *El retorno maléfico*...

Solía decir el poeta de Colombia que a veces, alta la noche, soñaba con la luz submarina, lunar, en el río Tenche, donde como todo niño rural deslizó sus primeros barcos de papel rodeado de una omnisciente naturaleza.

Al confesar y comulgar con el Padre Méndez Plancarte, debió recordar sus años de rapaz silvestre y sentirse, otra vez, bajo el ábside del templo, tamaño de dedal, de Santa Rosa de Osos con repiques mañaneros y vesperales y, en el mes de mayo, con “melifluas rosas para María Santísima”...

El entierro, en ese día la mar de destemplado, fue en el Cementerio Español y hablaron Alfonso Reyes, Enrique González Martínez y Fernando Ramírez de Aguilar, el último, a nombre del periodismo mexicano.

Se leyó el poema *Futuro*: “Decid cuando yo muera”...

El escultor Julio Abril (creemos que colombiano), trabajó la mascarilla del poeta nómada, que, agrandada, vimos sobre su tumba en Medellín, ciudad rodeada de seminarios religiosos; cuando pasamos por allá, Ernesto Cardenal estudiaba sacerdocio en “La Seja”, que tenía en la puerta —si recordamos bien— un letrero inquietante: Monasterio de Vocaciones Tardías...

Ignoramos si todos notaron lo que nos llamó la atención en el sepelio de Porfirio Barba Jacob. Había hombres humildes alternando con escritores, gente de prensa, algunos funcionarios.

Juntarse con esa grey modesta, llena de figuras astrosas, desgalichadas, oírlos, fue siempre grato al poeta de Colombia y, a veces, compartir con ellos su “banquete” callejero... ¿Era otra herencia espiritual de su Abuela Benedicta Parra de Osorio?

Ellos, con desvelos eternos pintados en los rostros, sedientos por resacas consuetudinarias, altivos, algunos, como boyardos, son los protagonistas del drama que nunca acaba: ¡trataban de empujarlos, hacerlos a un lado aplicándoles la tangente social que conocen!

Pasan noches en vanos de puertas tapados con periódicos, pendientes de que abran tabernas y figones para alcanzar sobras que quedaron; estriados los ojos con reminiscencias de otras épocas, no siempre borradas.

Lo dijo para todos Paul Verlaine —el pobre “Lelian”— que pudo ser uno de esos poetas de la calle, presentes en el duelo por Barba Jacob:

*Los sollozos largos de los violines del otoño
hieren mi corazón con monótona languidez.
Todo sofocado y lívido cuando suena la hora
me acuerdo de mis días antiguos y lloro.
Y me voy llevado por el viento malo,
de aquí para allá, como las hojas muertas...*

(*Poesías selectas*, Paul Verlaine. Traducción de A. Teja Zabre. Colección Fantasio. Ed. Botas, México 1947).

Me acuerdo de mis días antiguos y lloro...

Es la imposible carrera contra la esperanza. Muchas veces esa gente de la gleba, de la fiesta compartida con generosidad jamás presente en mesas elegantes, no conocen sino de paso a quienes se les unen y los saludan con afecto.

Porfirio Barba Jacob gustaba acercarse a mostradores finos y a los astillados por el paso del tiempo. ¿lo conocían esos pobres, presentes en el sepelio...?

Era notorio por su figura, su nombre y el ardor en los ojos que identifica a quienes vibran “por la vaga poesía del mundo...”

Aquel 14 de enero en 1942 (un mes antes del suicidio de Stefan Zweig en Brasil), al desplomarse la tarde de invierno, plúmbea,

desflecada, friolenta, los menestrales amigos del poeta en retirada, parecían orificar la unión a que empuja la desdicha.

Arrimados a lozas fúnebres abandonadas, ante la voz de dos escritores que significan el adiós que daba la inteligencia mexicana, y la solidaridad de dos invariables amigos, ellos, los pobres, eran otra presencia, menos advertida, de un país que fue del gran poeta de Colombia, entre dolores y zozobras diarias. Representaban el cariño, la lealtad, muchas veces expresadas con más sinceridad, por quienes se humanizan al caer y levantarse desde sus propios abismos...

Posdata

Días después de la muerte de Porfirio Barba Jacob hubo un homenaje en el Anfiteatro Bolívar de la Escuela Nacional Preparatoria. Con las voces de Carlos Pellicer, Alfonso Junco, Raquel Carrión y la del autor de este libro.

Evocamos en escorzo la figura de Pellicer, hombre solar, diciendo que trémolos famosos, que hacía vibrar cristales, que aquellas “sombras largas” que atormentaron a José Asunción Silva en su *Nocturno* sonambúlico y con música de alas, se prolongaban untadas con oros modernistas, afines a ambos, a algunos poemas de Porfirio Barba Jacob.

El poeta de Tabasco, retrocediendo años, supo evocar sus días en Colombia y su estancia en Venezuela donde descubrió a Bolívar, especie de estrella polar que atrajo los pasos del poeta por el mundo.

Junco, menudo de cuerpo, altivo, elegante para expresarse poseído de cierto aire antiguo que a veces llegaba a sus letras, dijo que el nombre del “Cantor de la Vida Profunda”, lo ligaba a la casa del padre del escritor, don Celedonio, caballero al estilo del Norte, en el cálido Monterrey, tierra de Fray Servando Teresa de Mier y de Alfonso Reyes.

Narró la última visión del poeta de Antioquia, rodeado de tubos y bombas de oxígeno; dijo que había sentido que el poeta le agradecía con los ojos haberle llevado un comprensivo confesor que lo preparó para los que creen en eso para ganar el puente colgante hacia la otra vida.

A Raquel Carrión la tenemos presente con una bella voz metálica, espigada la figura, discurrendo entre versos Barbajacobi-

nos como sobre jardines flotantes al compás de bacarolas a golpes de remos irreales.

Jamás volvimos a verla como acaece en estas inmensas ciudades. La habíamos conocido en el patio de la Facultad de Filosofía y Letras, presidido por Fray Alonso de la Veracruz, primer divulgador de *Haggia Sofía* en México.

El rostro atezado de la declamadora se conjugaba con líneas polícromas del mural de Diego Rivera, en el fondo del anfiteatro.

A la velada asistieron el Rector de la Universidad Nacional, Mario de la Cueva, el embajador Zadawski y miembros de la Misión y de la colonia colombiana.

Después vino a México, para hacerse cargo de la Embajada, el excelente escritor Jorge Zalamea, a quien se entregó la urna con los restos de Porfirio Barba Jacob; una comisión en la que figuraba el poeta León de Greiff, llevó la urna a Colombia.

La ceremonia fue en la Rotonda de los Hombres Ilustres, en el Panteón Civil, de Dolores.

Para acompañar a la Comisión, de regreso, nuestro gobierno nombró a Carlos Pellicer, quien viajó a Bogotá.

Allá hubo actos en el cuarto aniversario de la muerte del poeta, 1946, y en su tumba que estaba en el Cementerio Universal, de Medellín, donde una mañana visitamos el mausoleo rodeado amorosamente de hierbas, polvo y hojas secas.

Quisimos indagar en esos días si, como leímos en alguna parte, el primer poema de Barba Jacob comenzaba: “Allá en Cundinamarca la tierra de Nariño”...

Nadie supo la respuesta. Había transcurrido mucho tiempo y “El Hechizado” cambiaba fechas y títulos a su antojo, pero el aire inicial tiene algo del ritmo verbal de Barba Jacob.

¿Está el poema en su primeros cuadernos? ¿Fue “Tristeza del camino” su primera flecha lanzada para medir la altura del castillo de la poesía?

A más de cien años del nacimiento de Porfirio Barba Jacob podemos contemplarlo como uno de los escritores más insondables del Nuevo Mundo.

Su rico anecdotario se fue enriqueciendo con su buen humor y con sus viajes y no oculta, sino completa, la figura del que se solazaba disfrazándose, ayudado por el buril de su charla para imprimir belleza a metales transitorios.

Muchos lo fuimos viendo morir lentamente, cuando “la muerte afina su violín”, como dijo el poeta Salomón de la Selva, amigo de Barba Jacob. El tiempo ha dejado atrás la imagen del lírico más alto de Colombia, haciendo el ademán de pedir limosna en la calle, ante la sorpresa de fieles de la Misa Mayor.

En un extraño archivo que hemos reunido, retratos, dedicatorias, diplomas, colgado todo en un alto muro de nuestro hogar, hay unas líneas autógrafas de Porfirio Barba Jacob. El documento lo debemos a la familia de doña Encarnación Alarcón de Sandoval, de Guatemala, a quien fue dirigida. El viajero de Colombia estimaba a esos amigos, que a su vez nos place recordar cordialmente. (En el apéndice del libro reproducimos el recado). Rasgos enérgicos con letra clara, ¿Qué diría un grafólogo que adivina casi todo al observar características de la escritura?

Es un apunte en un papel que el poeta halló a mano en la redacción de su periódico, en la ciudad de México.

Confiamos que su urna en Angostura, si ha de viajar de nuevo, lo haga al monumento que merece y que le debe Colombia, porque sus poemas seguirán entre vientos de América y ya es hora de olvidar rencores y de tasar el Bien y el Mal en la vida de quien nos dio el presente infinito de la belleza.

México debe a Porfirio Barba Jacob un recuerdo y, además de este libro, hemos de promover el reconocimiento.

Allá en el rincón donde se hallen sus restos y su mascarilla que vimos en Medellín, crecerán rosas no sólo negras.

Para iluminar su sendero encendió el fuego de su palabra predilecta, “Acuarimántima”, que puede evocar ciudades vistas por Marco Polo, Viajes de Simbad o el Sueño de los Sueños de *Las mil noches y una noche*.

También a evanescentes heroínas de *La odisea*.

Hace tiempo que *Acuarimántima* olvidó su nacimiento en un ferrocarril rumbo a Michoacán y que fue jitanjáfora para convertirse, como algunos de los poemas de Barba Jacob, en una inapagable llama al viento.

Anexo I

El poema *Retrato de una mujer*, de Rafael Arévalo Martínez, es un dechado de sencillez; escrito en 1911, posee un original sentido lúdico y una acendrada sensibilidad.

Ella es una muchacha muy gorda y muy fea pero con un gran contento
[interior

Su vida es buena como las vacas de la aldea y posee mi amor

Es llena de vida como la mañana;

Sus actividades no encuentran reposo, es gorda, es buena, es alegre y es
[sana

yo la amo por flaco, por malo, por triste y ocioso.

En mi bohemia cuando verde copa se derramó demasiado henchida

ella cosió botones a mi ropa y solidaridades a mi vida.

Ella es de esas mujeres madres de todos

los que nacieron tristes o viven beodos; de todos los que

arrastraron penosamente,

pisando sobre abrojos, su vida trunca. Ella substituyó a la
hermana ausente

y a la esposa que no he tenido nunca.

Cuando se pone en jarras parece un asa de tinaja cada brazo suyo:
es tan buena ama de casa

que cuando mi existencia vio manchada y helada y destruida, la
lavó, la planchó y luego, paciente, la cosió por dos lados a la
vida y la ha tendido al sol piadosamente.

Como simple curiosidad o coincidencia, anotamos, a propósito de los últimos versos del admirado Arévalo Martínez, las líneas de César Vallejo que terminan:

Cómo no va a poder azucar y planchar todos los caos...

Su título, es VI, de *Trilce*, 1922. O sea, es posterior al del poeta de Guatemala.

Anexo II

Carta de Porfirio Barba Jacob a su tía María del Rosario Osorio de Cadavi, que firma con su nombre de bautizo, Miguel Angel Osorio.

Nueva York, febrero 21 de 1916.

Querida vieja de mi corazón:

En los últimos tres años te he escrito varias cartas y te he enviado varios periódicos en que había retratos y artículos míos, y hasta ahora no he recibido noticia de ninguna clase: tal parece que en vez de escribirles a seres de este mundo, les hubiera escrito a habitantes de la Luna o de Marte. Yo me hubiera desesperado con este horrible silencio si no fuera porque, después de todo, me queda un consuelo: el de creer que las circunstancias de México determinadas por la larga Revolución de aquel país, han hecho que se pierdan mis cartas, o bien que se pierdan las tuyas.

Últimamente escribí de La Habana a Luis Carlos y a Manuel Roberto Vélez, a Luis Felipe Trujillo y a Francisco Jaramillo Medina, en solicitud de noticias de mi familia, pero de esto hace ya cerca de seis meses y hasta la fecha no se ha dignado ninguno de ellos contestar a mi petición. Yo no creo que cuatro muchachos en la plenitud de la vida se hayan muerto. Sobre todo, que si se han muerto no deberían negármelo. (¿No te parece?). Así pues, no se a que atribuir la falta de respuesta.

En fin, yo quiero insistir y allá va esta carta para mi querida vieja, a decirle que no sólo me acuerdo de ella, sino que la llevo en el corazón, como la imagen de mi buena tía Jesusa y de todos los muchachos de una y de otra. Ustedes son mi única familia

en el mundo, y los recuerdos más gratos y más tristes de mi vida están unidos a ustedes de modo indisoluble. Las peripecias de mi existencia son incontables. En general puedo decir que no debo quejarme de la suerte por lo que se refiere a la salud, pero sí por lo que se refiere a la fortuna. Durante siete años estuve trabajando en México con todas las energías que Dios me dio, y logré crearme una buena posición, abrirme crédito y hacer muy buenas amistades; pero vino después la guerra y yo metido en el torbellino de la política, tuve que correr la suerte del país. Al triunfar la Revolución de Carranza y Villa, y después de año y medio de agitación, tuve que salir huyendo para Guatemala. No necesito decirte que en la fuga perdí todo lo que tenía, es decir, mis libros que eran más de cinco mil, que me habían costado tantísimo dinero y que representaban mi tesoro.

En Guatemala me fue mal, pues apenas pude ganar con qué atender a mis necesidades, y determiné irme para La Habana. En esa ciudad permanecí varios meses trabajando con mediano éxito. Me agasajaron mucho, me dijeron "ilustre" en todos los periódicos y me hubieran puesto un trono si yo hubiera ayudado; pero en materia de dinero no andaba bien la cosa y como eso tiene tanta importancia en la vida, determiné venirme a Nueva York. Ya aquí me tienes desde el fin del año último. Estoy trabajando y tengo buena salud, pero me aburro bastante a pesar de las mil distracciones que ofrece esta ciudad a los extranjeros.

No puedes figurarte lo inmensa que es Nueva York. Realmente la sola ciudad tiene tantos habitantes como toda la República de Colombia, es decir, seis millones. La población es larga y angosta: de norte a sur tiene como doscientas cincuenta cuadras o qué sé yo cuantas más y todas las calles están formadas por edificios de cuatro, seis y ocho pisos. Hay casas que tienen setenta pisos a los cuales se sube por elevadores eléctricos. Por todas partes hay tranvías, pero además existen varias líneas de ferrocarriles elevados, que van sobre las casas, y de ferrocarriles subterráneos. Los elevados y los subterráneos tienen rapidez extraordinaria. Yo voy los domingos a visitar a un amigo hondureño que vive en la calle ciento cuarenta y cinco y gasto en el viaje veinte minutos, desde la calle 23, que es donde tengo mi residencia.

Aquí se trabaja mucho y por todas partes se ve un brete y se oye un ruido de cien mil demonios. Todo el mundo gana dinero y hay modo de hacer fortuna en unos pocos años, fortuna grande; pero esto está reservado a los hombres de espíritu práctico. Los que negocian en acciones de bolsa llegan a ganarse hasta tres millones de dólares en un día. Hay también oportunistas para negocios

pequeños, especialmente si se tiene algún capitalito. Y en otros puntos del país se ofrecen muchas facilidades para vivir y prosperar.

En general, esta gente no conoce la miseria, y es gente alegre, de buen humor y que no se preocupa por el miedo de quedarse mañana sin pan: el pan no le falta a nadie en Nueva York.

Yo estoy escribiendo en un periódico que se publica en español, donde me pagan doscientos dólares al mes. Vivo bien pero no estoy contento: y si no logro mejorar es posible que me vaya a vivir a la Ceiba, una ciudad pequeña en la costa norte de Honduras, donde me ofrecen buenas condiciones. Quizá te interesen algunos detalles de mi vida. Tengo un cuarto en la calle Veintitres entre las avenidas ocho y siete; es decir, en uno de los lugares que aquí se consideran como buenos para las gentes de la clase media. La casa se llama Cabanagh. Yo ocupo la pieza cinco en el tercer piso, tengo en la misma pieza un cuartito con el inodoro, el baño y el tocador. Hay agua fría y agua caliente todo el día y toda la noche. Tengo luz eléctrica y sistema de la calefacción a vapor, muy buenos muebles, mi máquina de escribir (que es como mi brazo derecho, pues con ella gano los frijoles), teléfono, etc. Pago diez dólares a la semana. La comida me cuesta seis dólares en el retaurante que hay en el primer piso de la casa.

Ya me voy acostumbrando a las comidas, pero te aseguro que suspiro cuando me acuerdo de nuestros caldos de arracachas con tortilla, de nuestras frituras de cebolla, de nuestras rellenas con cogoyitos de mafafa y de tantas otras cosas. Voy a decirte lo que me dan de desayuno y así te formarás idea de la alimentación que se usa por acá.

Primeramente sirven un dulce de ciruelas pasas, o bien una fruta parecida a la toronja, pero muy dulce y muy sabrosa. Después viene un plato de trigo cocido con sal, azúcar y leche, muy sano y nutritivo, a continuación un par de huevos fritos o revueltos, y dos cosas que aquí llaman chorizos y que se parecen tanto a los chorizos de allá como se parece una albóndiga y un ovillo de hilo blanco. En fin, esto no sabe mal. Después dan unos panes calientes que tienen forma de hojaldres pero que no son tan indigestos; esto se toma con mantequilla y miel de caña de maíz y es muy sabrosa. Por último, una taza de café y un poco de crema, es decir espuma de leche. Queda uno reverendo con semejante desayuno y en condiciones de esperar hasta la una y media de la tarde hora de almorzar. El almuerzo en Nueva York es más ligero con el objeto de que deje un huequito para la comida que se da a las siete de la noche. y que es más abundante.

Lo que es arracacha, yuca, plátano, mafafa, frijoles, maíz en forma de arepa o mazamorra, guagua, tatabra, venado y demás aves, no se conocen por aquí. En cambio se come mucha gallina, mucho pisco, mucha torcaz, mucho pichón de paloma y demás cuadrúpedos de pluma. (textual).

Con respecto al clima tengo mucho que decirte. No me ha tocado en este país la primavera, sino el fin del otoño y tres meses de invierno. Ahora mismo, mientras de escribo, veo caer por mi ventana la nieve que dentro de poco habrá cubierto la ciudad. Y los campos vecinos. La nieve es una de las cosas más bellas que hay en el mundo. Cuando está cayendo parece que estuvieran desplumando allá arriba unos setecientos mil trillones de billones de palomas blancas y dejando caer las plumitas, o que unos cien mil trillones de millones de ángeles se hubieran puesto a raspar la luna con una garlopa y a dejarnos caer las virutas. Estos copos blancos, despaciosos, van formando poco a poco una capa que a veces llega a tener hasta una vara de espesor, cubren los techos de las casas, cubren las escaleras, las cornisas, los aleros, el techo de los tranvías. Los árboles quedan como forrados con un raso blanco, tan lindos que cuando uno los mira dan ganas de llorar... La nieve es blanca como debe ser el alma de la Virgen María, pues no hay otra cosa con qué compararla. Es como un serrín de luna. Es blanca cuando acaba de caer, tan blanca como un colchoncito de querubín enfermo. Produce por la noche un resplandor muy suave.

Vista en el campo, es una llanura, presenta una superficie tan tersa que ciega los ojos. Salir a la ciudad después de una gran nevada, es lo más admirable. Le parece a uno que es un día de Corpus y que todos los vecinos se han puesto de acuerdo para engalanar sus casas forrándolas con raso de seda blanco.

Después la nieve comienza poco a poco a endurecerse y a convertirse en hielo: viene el tráfico de las gentes y la nieve que está abajo se ensucia y se pone fea. Todo el mundo está atareado quitándola con azadones y escobas, de las cornisas y de las puertas, de las escalas y del frente de su casa. Aquí en Nueva York, el municipio pone doscientos cincuenta mil hombres con carros y tranvías a quitarla de las calles para que la gente pueda caminar. Cada nevada le cuesta a la ciudad tres o cuatro millones de dólares. El frío atormenta mucho y tiene uno que ir forrado por dentro con lana. Yo me pongo dos interiores gruesos, dos calzoncillos, una camisa gruesa, el saco y el chaleco bien abrochados; un sobretodo que pesa como dos arrobas, según creo, unos guantes de piel forrados de pura lana, medias adecuadas, unos zapatos especiales y unos cauchos; Me tapo las orejas con orejeras de piel

de nutria y me tomo un trago de brandy y te aseguro que tiritó más que con tercianas para ir de mi casa a la estación del ferrocarril elevado, que queda a cuadra y media.

Una cosa que al principio me molestó mucho fue el idioma. Lo que sabía de inglés era tan poco que no me sirvió de nada y por más de un mes estuve como mudo. Poco a poco he ido dominando las dificultades; ahora hablo inglés, si no muy bien, por lo menos lo bastante para hacerme entender. Espero que dentro de seis meses, si es que no me voy a Honduras, habré dominado el idioma casi por completo. En cuanto a escribirlo correctamente, lo creo imposible: estoy ya muy viejo para cabrero.

No creas, sin embargo, mi querida vieja, que soy feliz. Me hacen falta afectos, pues he permanecido soltero y yo creo que moriré solterón. Paso días de una soledad terrible y por la noche me asaltan pensamientos desolados. Comprendo que me voy envejeciendo. Muchas veces, innumerables veces sueño como mi mamá Benedicta y despierto llorando.

Se me quedan muchas cosas por decirte: pero creo que estarás cansada de leer esta carta tan larga. Adiós. Recibe un apretado abrazo, y ruega al Ser Supremo por mí y no desesperes de volver a verme, porque no es difícil que dentro de uno o dos años, o quizás antes, vaya a establecerme y a vivir a Medellín.

Si puedes mándale esta carta a mi tía Jesusa para que ella llore otra vez por mí y vea que nunca la olvido y que su amor está vivo en mi corazón. Ella y tú son las personas a quienes más quiero en el mundo después de aquel 2 de diciembre en que se fue para siempre la que fue madre común de todos nosotros.

Ahora voy a llorar por ella, por ti, por mi tía Jesusa y por todo lo que está allá lejos. Miguel Angel Osorio.

(Tomada del magazín dominical de El Espectador, Bogotá 2 de diciembre de 1989).

Bella, ilustrativa carta. Confirma el cariño del poeta por su abuela madre Benedicta, por sus tías, por sus amigos y su tierra.

Hace invocaciones religiosas: dato comentado en el libro.

La descripción de cuando cae la nieve es muy poética.

Habla de su gran soledad y de envejecer y no tenía entonces ni 35 años de edad.

Alude a la fiesta del Corpus, entre sus recuerdos.

Cuando describe su régimen alimenticio aparece su nostalgia por la mesa y las chucherías colombianas.

¿Quién era el hondureño a quien visitaba los domingos? Probablemente el escritor Froylán Turcios.

Sí viajó el poeta a la Ceiba, como se lo proponía. Con su máquina de escribir y pinta muy bien Nueva York, de 1916, aunque asegura que hay pan para todos, hecho dudoso.

Es grato imaginarlo como se describe vestido para el frío con doble ropa, abrigo grueso, guantes, orejeras y “polainas” sobre los zapatos.

Solo, en medio de la gran ciudad, ensayando el inglés, con su infalible botella de brandy y su portátil “brazo derecho” con la que recorrió parte de América.

Bibliografía

- AREVALO MARTINEZ, RAFAEL. *El hombre que parecía un caballo y otros cuentos*. Colección Contemporánea. Octava Edición. Ministerio de Cultura. San Salvador, 1958.
- AREVALO, TERESA. *Rafael Arévalo Martínez (De 1884 hasta 1926)*. Talleres de la Tipografía Nacional. Guatemala, 1971. *Antología de la poesía mexicana contemporánea*. Ed. Contemporáneos, México, 1929.
- BARBA JACOB, PORFIRIO. *Poemas intemporales*. Ediciones Acuarmántima, México, 1944.
- B. JARAMILLO MEZA. *La canción de la vida profunda y otros poemas*. Imprenta Departamental. Manizales, Colombia, 1937.
- CARRERA, MARIO ALBERTO. *Breve biografía de Rafael Arévalo Martínez*, Universidad de San Carlos de Guatemala, Edición sin fecha.
- CARDOZA Y ARAGON, LUIS. *El Río, una novela de caballería*. Ediciones del Fondo de Cultura Económica. México, 1987.
- GIL JARAMILLO, LINO. *El hombre y la máscara*. Ed. El Gato, Cali, Colombia, 1952.
- GONZALEZ MARTINEZ, ENRIQUE. *La muerte del cisne*. Editorial Porrúa, MCMXV. México.
- JUNCO, ALONSO. *El trato con escritores*, Ediciones INBA, México, 1962.

- LEZAMA LIMA, JOSE. *Paradiso*. Ediciones Cátedra, Madrid, 1980.
- LECUNA, VICENTE. *Obras completas de Simón Bolívar*. Ed. Lex, La Habana, Cuba, 1950.
- MAGDALENO, VICENTE. *Antología de Rubén Darío*, Ediciones "Pensamiento de América", México, 1967.
- MANN, THOMAS. *Goethe y Tolstoi*. Ed. Toor, Argentina, 1947.
- MAYA, RAFAEL. *Obra crítica*. Presentación y Selección de Cristina Maya. Ed. del Banco de la República. Bogotá, 1982.
- MORON, GUILLERMO. *Historia política de José Ortega y Gasset*. Ed. Oasis, México, 1960.
- NIETZCHE, FEDERICO. *El origen de la tragedia*. Col. Austral. Ed. Espasa-Calps. Séptima Edición, Madrid, 1980.
- POE, EDGAR ALLAN. *La filosofía de la composición*, Ed. Losada, Argentina, 1955.
- REYES, ALFONSO. *La experiencia literaria*, Ed. Losada. Col. Contemporánea, B. Aires, 1952.
- REVISTA DEL CENTENARIO DE PORFIRIO BARBA JACOB. 1883-1993. Santa Rosa de Osos, Colombia, 1983.
- VERLAINE, PAUL. *Poesías selectas*. Traducción de A. Teja Zabre. Ed. Botas, México, 1947.



Porfirio Barba-Jacob

Grabado en madera, de Leopoldo Méndez.

Señora y amiga:

Vine a saludarla y a presentarle mis respetos a Ud. y a sus dignos acompañantes de excursión.

Ojalá pudiera comunicarme con Ud. - Por la mañana, hasta las 10, estoy en el Hotel Bucareli; por la tarde, de 7 a 8, en la Redacción de "El Universal".

Un amigo muy atento y fervoroso,

Rosendo Barba-Jacob



Monumento a Barba Jacob hecho por el artista Federico Cantú en el Parque dedicado al Poeta en la ciudad de Monterrey, Nuevo León.

Índice

Hacia la historia de este libro 9

Primera Parte

El Hechizado 15

“Bruñó mi lira” 23

Erigí mi lema 33

El cantor de la vida profunda 41

Algo más sobre el poema clásico de Barba Jacob 45

El encuentro de Barba Jacob con un joven Echeverría 57

Segunda Parte

El perpetuo itinerante 65

Era un genio pero era un hombre difícil 77

Las noches en el Palacio de la Nunciatura 83

Asturias, Barba Jacob y las jitanjáforas 91

Barba Jacob, inspector de jardines 101

Crónica del barrio de Barba Jacob 105

El final 111

Posdata 119

Anexo I 123

Anexo II 125

Bibliografía 131

Barba Jacob el hechizado se terminó de imprimir por Talleres Gráficos del Estado de Tabasco y Herrero Hnos. Sucs., S.A. en febrero de 1992. La edición consta de 2 000 ejemplares, más sobrantes para reposición. [jjsr editor]

Cuidado de la edición:

Ma. Esther López Aguado
Magín Fuster

Portada:

Argelia Ayala/Nicolás Moreno

Fotografía de la portada:

Javier Hinojosa

Representando una forma que conjuga el dato histórico, la añoranza y en algunos casos la génesis de un poeta, Fedro Guillén nos hace partícipes de su experiencia: en ella podemos enterarnos de las circunstancias diversas —y adversas— que rodearon la vida de Porfirio Barba Jacob; de su apego ilimitado a la amistad y a los devaneos de la noche; de sus incursiones por caminos vedados; de cómo sufría la distancia de su tierra y de los lugares de su infancia que regresaban a él como la imagen de su madre por las noches.

Barba Jacob El Hechizado es una invitación para recorrer los senderos frecuentados por el poeta: su refugio en otros nombres, sus obsesiones y sus viajes desfilan en este libro como en una galería de instantes rescatados del olvido.

En esta obra el colombiano vive con sus mundos y los fantasmas que lo acecharon. En ella convive, pese a todo, el tiempo que fue modelando su figura de poeta.



icé
Ediciones

NT: 16022

CREACIÓN / ENSAYO